

00462
2ej.
11



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales

La Organización Militar: Un Enfoque a partir de sus Mecanismos de Adiestramiento

T E S I S

Que para Obtener el Título de:

Maestro en Ciencia Política

Presenta:

ROBERTO TOCAVEN MONTEJANO

MEXICO, D. F.

1987

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PROLOGO

I

En el principio existió el caos, hasta que un día la rebeldía de un ángel trastornó todo. Luzbel expulsado queda abajo y Jehová arriba. Desde entonces un valor alto es un valor bueno y la vivora que se arrastra el símbolo de lo maldito. Así que, todo lo que ilumina el firmamento expresa los valores bondadosos y abajo contemplándolos quedó el hombre.

Mi intención en este trabajo es aborder desde muchos ángulos el fenómeno del militarismo, para ese fin he recurrido a casi todas las disciplinas que hablan sobre el hombre, ya que en ellas está la raíz de todo lo que nos acontece.

Diría para tratar de ser "científico" que juego a la interdisciplina usando indiscriminadamente conceptos y categorías (recordar su raíz que quiere decir: separar, excluir) que van de la Etnología, a la Historia, la Psicología, la Filosofía, sin dejar de dar referencias -cada vez que se puede- de índole humanístico o de otras disciplinas de la llamada "ciencia social". Tal vez sea un abuso, -en tratándose de una tesis de "Ciencia Política" pero nos parece -que estamos estrictamente en lo correcto, ya que, ¿cuál sería el objeto de estudio de la ciencia política?, los más contestarán de inmediato ¡el poder!, otros tantos dirán ¡las formas de gobierno! y en realidad podemos tomar en cuenta a todos ellos, sobre todo el ocuparse de un tema que despierta tanta polémica entre los detractores del statu quo y desde luego, que no habrá quien dude del papel tan extraordinario que ocupan los militares en los Estados modernos, sobre todo, en lo que a mantener el poder se refiere. Pero, ¿qué nos interesa a los politólogos de los militares, únicamente: ¿sus relaciones con el poder?, ¿con el Estado?, ¿con otros grupos militares? ¿un análisis de caso?, ¿sus vínculos con otros grupos de presión?-

Creo que nos interesa todo lo que acabo de mencionar, pero siempre llamó la atención, el hecho de que en la mayoría de estos análisis —que en muchos casos ya existen— siempre faltaba un enfoque que estudiara a los militares de una forma muy totalizadora, partiendo de sus estructuras mismas de funcionamiento, y con un objetivo multidisciplinario.

A la "Ciencia Política" le haré mucho bien, para poder revitalizar su discurso, el recurrir a estos métodos de investigación, ya que —desde mi punto de vista— se enfatiza demasiado, hoy en día, —los aspectos relacionados con la ideología y se exige severos enfoques a partir de esta.

Pero decíamos que nuestro estudio intenta abrir un espectro de análisis más amplio, ya que lo mismo tomamos datos o informaciones de la economía que de los elementos religiosos o sociales o por qué no, literarios. La ciencia política puede considerarse —grosso modo— como el estudio de las distintas relaciones de poder y con ello de dominio, que establecen los hombres entre sí con el afán de perpetuar cierto tipo de gobierno o de estructura de control social. — Esta simplísima definición considera por supuesto la existencia de individuos a quienes corresponde sufrir ese dominio y a quien le toca ejercerlo. Pero el poder tiene como características que no solo se ejerce en el plano de las llamadas "relaciones políticas" sino — que tiene implicaciones y aplicaciones en todos los niveles, desde el individuo, pasando por la familia hasta el conjunto de esa abigarrada y heterogénea suma de individuos llamada sociedad.

Bertrand Russell solía decir que "el poder es el objeto de estudio de las ciencias sociales" (1), el poder está en todas partes. No sólo en los militares que ahí es harto evidente, el poder ocupa muchas veces un primerísimo lugar en el conjunto de todos los problemas sociales y permea las finas fibras del inconsciente de cada individuo. Robert Dahl nos asegura que "la historia de la humanidad se

ha desenvuelto invariablemente como una tenaz lucha por el poder. - La fatalidad de esa lucha ha venido determinada por la egoísta condición humana" (2).

Atendiendo a la historia del poder, observamos que sobre este opera el principio que dirige y campea en las relaciones económicas, -- que consiste en la racionalización del aparato productivo esforzándose por dirigir, tratando de obtener el liderazgo económico y de detentar un mayor prestigio que los demás, con afán de dominar el conjunto de competidores existentes. El mismo Dehl nos explica que: "con el poder se puede adquirir: fama, reverencia, seguridad, respeto, afecto, riquezas y muchos otros valores. Por lo tanto no es de extrañar que los hombres busquen poder; ni necesariamente debemos suponer que buscar poder es anormal o patológico. En su carácter instrumental el poder es como el dinero" (3).

Es importante que expliquemos lo más posible todo lo concerniente con el problema del poder, ya que nuestro trabajo sobre los militares esté íntimamente relacionado con él, el asunto esté --desde mi particular óptica-- en que el problema de los militares hay que estudiarlo desde todos los ángulos posibles no sólo en sus vinculaciones con el aparato político. Este trabajo no pretende estudiar la realidad "concreta" de un país, se trata de un esfuerzo de estudiar el fenómeno del militarismo moderno como un todo prescindiendo de las particularidades específicas que adopta en cada país. Pienso que esto es posible ya que los militares hoy en día se comportan casi de igual manera, siguiendo los mismos patrones de comportamiento tanto en México como en China.

Tenemos entonces que ahondar sobre el problema del poder y encontrar sus afinidades que nos permitan explicar que el militarismo o bedece a la misma lógica de dominación tanto aquí como allá.

El poder será para nosotros la fuerza que cohesiona --hoy en día-- al conjunto de toda la sociedad e impide que se disperse por otras

vías que no sean las del poder constituido legalmente. Parece que existe en el hombre un impulso natural a sobressalir en relación a los demás, esto lo lleva a imponerse sobre los demás. Este animus-dominandi se manifiesta en todos los hombres independientemente de su raza, de su religión o de su credo político; Kent hablaba de un imperativo categórico que habita en nosotros, un mandato de obrar de tal manera que la máxima de nuestro obrar sirve como principio de una legislación universal (4), pero este obrar debe más que imponerse por la fuerza, ser sugerente, de tal modo que la gente se decide a intentarlo por convencimiento o gusto y no como una imposición que es el caso del poder estatuido que a falta de convencimiento actúa represivamente.

Poder y sociedad aparecen profundamente ligados, pensar el poder significa pensar la sociedad y a los individuos como parte de ésta.

El Estado es el contenedor de todos los instintos agresivos de los individuos y cohesionador de su tendencia dispersora, que tiende al desorden y al desmembramiento del todo social, para tan titánica tarea requiere de un brazo armado: al ejército, que se encargaría de convencer a los remisos y a los duros de entendimiento, de que hay que respetar la ley, este es el argumento de los estatólogos que tanto abundan hoy en día.

Los hombres entonces, desde el principio de los tiempos, intentamos actuar según nuestro libre albedrío, soñando con ese reino de la abundancia y de la libertad que nunca llega, mientras tanto el poder dicta su voluntad y los hombres no tenemos mejor tarea que la de someternos a sus dictados. "¡Pobre hombre; comenta Alan más hábil que todos los otros animales, capaz de pensar en el tiempo, de conocer el futuro en abstracto, muere antes de morir. Se encoje entre los dientes del tiburón antes de que éste muerda, y teme el germen feroz mucho antes de que la enfermedad inicie su cultivo".

Mientras los hombres viven temerosos, la mejor opción siempre será someterse al poder, dominar e la sombra de la tiranía.

Pero me parece necesario ahondar un poco más sobre la naturaleza y la estructura del poder ya que de no hacerlo no se entendería cabalmente todo lo relacionado con el mundo militar, que como ya he dicho se trata del brazo armado de quien ejerce el mayor poder sobre la sociedad, esto es, el Estado.

Este asunto de la autoridad y el Poder necesita explicarse más ampliamente. Recurrimos al diccionario: "El poder suele confundirse con la autoridad, se le explica a este como cualquier poder -- ejercido sobre un hombre o grupo humano por otro hombre u otro grupo. El término es muy general, y no se refiere solamente al Poder político... La autoridad es, por lo tanto, cualquier poder de control de las opiniones y de los comportamientos singulares o colectivos, a quienquiera que pertenezca" (5).

Por lo que se observa parece que no es concebible un Poder sin - autoridad en los términos antes expresados. Jouvanel escota que él "denomina autoridad a la facultad de lograr el consentimiento de - otro. O, lo que es lo mismo, la cause eficiente de las asociaciones voluntarias. Cuando percibo una asociación voluntaria veo en ella la acción de una fuerza que es la Autoridad" (6).

Para Erich Fromm la autoridad se funda básicamente en las relaciones interpersonales, en donde un ser se supone superior a otro y se siente obligado a asumir el mando.

El sistema político organizado necesita según Bentham, por fuerza, de una autoridad que dirija haciendo abstracción de cualquier forma de gobierno "hay y debe haber en todas ellas una autoridad - suprema, irresistible, absoluta e independiente, en que residen -- los iura summi imperii o derechos de soberanía" (7).

Para Jouvanel la noción de autoridad que hoy vivimos no siempre fue la misma a través de la historia y asegura que "se podrían acumular cuantiosas citas demostrativas del hecho de que la autoridad establecida, tal como la entendemos, ha debido aparecer en el marco de la historia de la Humanidad, en épocas relativamente recientes" (8). Y es que para ejercer su autoridad el político trata - de usar la razón pero siempre escondiendo el futuro engaño. De hecho, el poder y la razón "formen una extraña pareja... Desde que-

Platón trató de legitimar la pareja razón-poder, sus relaciones -- hay que confesarlo, no han cesado de ser extraordinariamente difíciles. Todo parece oponer al filósofo y al político. El primero aspira a la razón, al diálogo... El segundo, necesita del engaño y de la ilusión para mantenerse" (9).

Ese temor a la autoridad, al autoritarismo, se traduce buscando su antídoto, esto es, el Poder mismo. "De igual forma que la pobreza se insinúa como un terrible peligro para quienes viven en la opulencia y no lo es para el pobre, cuanto más se aferra el hombre al Poder y a la gloria, mayor es el temor al derrumbamiento. La ambición de dominio y su realización plantean constantemente la ambivalencia de sentirse a la vez dueño e inseguro" (10).

Poder y autoridad en la era moderna constituyen una dualidad indisoluble. Los hombres quieren el Poder porque desean autoridad. "Resulta pues que hay dos clases de hombres; los que se someten al Poder y los que buscan el Poder para sí. Quienes buscan mantenerse al margen de la lucha para evitar los conflictos del Poder actúan en vano. Es más se engañan incluso en lo que respecta a la pureza de sus propios motivos" (11).

Por lo visto nada queda al hombre que no sea o participar en el Poder o sufrirlo. ¿Existirá quien haya convivido en grupo e individualmente al margen de la influencia del Poder? Es dudoso. Aún si tomamos en cuenta experiencias marginales deseosas de no sufrir los embates del Poder que por supuesto vivieron efímeramente: los comunes hippies, los barrios de artistas, barrios negros, etc.. No pretendemos llamar a engaño, fueron circunstancias efímeras muy bellas que cuestionaron de fondo las estructuras de poder al enfrentársele incluso violentamente, triunfaron todo el tiempo que duró su lucha y sucumbieron ante lo inevitable: el celo expansivo del Poder. Nadie ha vivido con independencia absoluta el Poder, pero sí con cierta autonomía con respecto a éste. El Poder afectará a cualquier grupo que pretenda pasar por marginal, basta con --

que tome medidas que afecten al todo social, por ejemplo: nacionalización de la banca, o afectación de la propiedad urbana o rural con el recurso de "utilidad pública". Se necesitaría vivir bajo la tierra para suponer que el poder del Poder no lo tocará a uno.

Sentir en carne propia el autoritarismo es propio de quienes se niegan a conquistar su parcela de poder que les corresponde y -- prefieren la muelle "seguridad" de la subordinación voluntaria. Reos de la colonia penitenciaria Kafkiana: "De todos modos, el condenado tenía un aspecto tan caninamente sumiso que parecía que se le habría podido dejar correr libremente por los riscos circundantes y que un simple silbido habría bastado para hacerlo regresar a la hora de la ejecución", (12).

Para estos "perros" Kafkianos la debilidad es su divisa "son débiles y por lo tanto veneran el Poder. Rebelarse contra el sistema político es psíquicamente fútil. El mundo real está poblado por seres que no pueden vivir fuera de la seguridad que les proporciona una cultura coercitiva" (13). Por eso se dejan encerrar gustosos, -- la cárcel es un modo de evitar lo azaroso de la vida, para entregarse de tiempo completo a sufrir el Poder. "Se los invitó a optar entre ser reyes o correos de los reyes. Como verdaderos niños, todos quisieron ser correos. Es por eso que no hay más que correos, los que galopan por el mundo y, como no hay rey alguno, se griten unos a otros sus mensajes que ya no tienen sentido. Pondrían fin con -- gusto a su mísera existencia, pero no se atreven a hacerlo por el juramento que empeñaron" (14).

Cuando nos referimos al poder tenemos que hacerlo no sin cierta -- precaución y con alguna vaguedad ya que es un concepto altamente metamorfosable. La palabra Poder proviene del latín potere, derivado del latín arcaico posse (Poder). La conjugación de este verbo -- (posse) --según Coromina-- resulte de una complicada combinación de reacciones análogicas entre las formas de un antiguo verbo simple-

potere, conservadas en lengua toscas, y la combinación potis esse, -- ser capaz.

La Real Academia de la Lengua Española nos vierte los siguientes-significados: Dominio, imperio, facultad y jurisdicción que uno tiene para mandar o ejecutar una cosa: fuerza, vigor, capacidad, posibilidad, poderío; Suprema potestad rectora y coactiva del Estado - (15).

Existen individuos que ejercen el poder sometiendo voluntades ajenas que es desde luego una de las formas más eficaces de ejercerlo. Un ejemplo de esta concepción es Max Weber, para él, el poder, significa "la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de -- una relación social, aún contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad. Este poder --según Weber-- es amorfo. Todas las cualidades imaginables de un hombre y toda su -- suerte de constelaciones posibles pueden colocar a alguien en la posición de imponer su voluntad en una situación dada" (16). Pero -- existen a su vez individuos y grupos que ejercen su poder sin dominar a nadie, simplemente evadiéndose del espacio del ejercicio e influencia del poder (lo cual es sumamente difícil de lograr). Casi podríamos afirmar que el poder tiene su fundamento en sí mismo y va adoptando distintos tipos como son: la familia (que sería un tipo -- de poder no tiránico en apariencia), el Estado, la guerra, etc., Hegel decía que: "la familia y la guerra son tarjetas de presentación del poder en su máximo esplendor".

El poder se nos presenta en casi la totalidad de las prácticas humanas posibles. Cuando intentemos conceptualizarlo simplemente sentimos que lo estamos reduciendo de su verdadera magnitud a la vez -- que le quitamos aunque sea en apariencia algo de su verdadera fuerza. Aún así, es imprescindible acercarnos lo más posible a los intentos de definición que se han hecho, pues ello redundará positivamente para los propósitos de esta investigación.

Para Jouvenel el Poder es "como un cuerpo social permanente cuml se tiene costumbre de obedecer; que tiene los medios materiales de obligar, y que está sostenido por el concepto que se tiene de su fuerza, la creencia en su derecho de mandar (su legitimidad)- y la esperanza que se pone en su aspecto benefactor" (17).

Para Touraine el Poder no sólo se limita a influir sobre las voluntades de los demás, sino, a "la capacidad de fijar e imponer -- ciertos objetivos y ciertos medios de acción" (18).

No se pierda de vista, que la totalidad de los individuos no piensa en que el Estado es capaz de obligarlos a obedecer sin que exista algún medio material para hacerlo y cuando piensan que el Estado los puede obligar, piensan en la fuerza y el pensar en ello no piensan en fórmulas mágicas o exordios convincentes piensan sencillamente en la capacidad que este tiene de encerrarlos o golpearles.

El poder actúa a través de nosotros mismos como individuos sujetos a determinadas relaciones sociales y "los pensadores que están en contra del poder, penetran a duras penas en su esencia. La averción que les produce es tan grande que prefieren no ocuparse de él; temen que los contamine" (19). Corramos el riesgo conscientes de que si no se explicita la idea de poder, éste existirá siempre conservando su espíritu destructivo y violento, relegando, tal vez, la posibilidad de encontrar en él un sesgo no necesariamente demencial.

Para Canetti son poderosos los que sobreviven, pero ¿que quiere decir sobrevivir?. Existe el deseo de la sobrevivencia a sí mismo, el deseo de no morir o dejar de ser. Y es que no existe un miedo mayor que el miedo a la muerte.

Mientras el hombre no ha caído en la desintegración moral y física, su más grande deseo es vivir y su más cruel desolación: la muerte. A nada teme más y con mayor fuerza.

La muerte es uno de los elementos coercitivos más sobresalientes-

de todos los tiempos. Le hemos asignado a la muerte un poder cultural extraordinario sin reparar que ésta es la aliada más importante del poder.

El muerto es el perdedor, el vivo es el ganador. Aunque este sentimiento de superioridad, del vivo sobre el muerto haya sido obnubilado por la civilización. Fromm nos asegura que: "... el poder ejercido sobre los individuos constituye una expresión de fuerza en un sentido puramente material. Si ejerzo el poder de matar a otra persona, yo soy el más fuerte. Pero en sentido psicológico, el deseo de poder no se arraiga en la fuerza sino en la debilidad" (20).

También el poder tiene un inmenso atractivo para buena parte de los seres humanos, tiene por decirlo así, un atractivo erótico directamente imbricado con las pasiones humanas. "En la lucha por la conquista del poder surgen por doquier entre los múltiples candidatos, sentimientos y emociones muy dispares: las ilusiones y esperanzas por salir triunfantes; el recelo, animadversión y hasta odio en ocasiones, entre los distintos contendientes; el temor a perder las elecciones; la emulación y la envidia de las presentes cualidades del rival; el sentido de frustración y la angustia de la derrota. - La atracción del Poder, se caracteriza ante todo, por no dejar indiferente al ser humano. El Poder ejerce pues, una especie de erótica que arrastra al aspirante de Poder" (21).

Convendría ampliar los estudios relacionados con la sexualidad y el Poder. Estoy convencido de que muchas frustraciones ante la vida surgen de conflictos de orden sexual. Sé que es muy difícil demostrar la relación Poder-sexo, ya que, no creo que hombres que se han situado en altas jerarquías de Poder, acepten confesar que muchas de sus frustraciones en la vida efectiva, fueron canalizadas hacia la búsqueda y obtención del Poder.

Pero, junto a esta erótica del poder también se haya el castigo para todos aquellos incapaces de controlar sus instintos agresivos.

El poder se encarga de aplicar castigos que van directamente al -- cuerpo, que como veremos en el caso de los militares, es ahí, en donde los altos mandos trabajan con mayor fruición.

Por otra parte, es muy difícil separar la dualidad: Poder y castigo que son conceptos muy asociados. No siempre el Poder tiene -- que traducirse en la praxis de su ejercicio, en pura y terminante sanción. Sucede que el poder necesita de la amenaza del castigo, -- como espada preventiva que conjure el riesgo de conductas desobe--dientes. Pese a todo, el Poder es desobedecido; quiere ello decir, que si existiese un Poder sin coerción, sin posibilidad de sancio--nes, ese Poder terminaría por ser barrido.

Todo poder busca no sólo el dominio, la imposición de una volun--dad de uno sobre otros, sino busca también mantenerlos a la distan--cia. El poder sirve para protegerlos de ese temor que nunca desapa--rece, del contacto con los otros.

Matar es la última y más eficaz manera de mantener al otro a dis--tancia y por eso la muerte, el muerto, es un factor tan importante--para los vivos; modernos y arcaicos: "Ya no respira ni se mueve. Es--tá realmente muerto. Y entonces nos invade el terror ante el hecho real de la muerte... La confrontación con el muerto es una confron--tación con la propia muerte, inferior a ésta porque en realidad no nos la causa, y superior a ella pues estamos, de hecho, ante otra--muerte" (22).

Matar para sobrevivir, aunque sólo sea con el pensamiento. Sólo--la guerra le permite al ciudadano común matar, ahí --dice Canetti--, --tiene la posibilidad de dejar de ser masa y de convertirse en héroe. Puede matar sin remordimientos, tal es la eficacia de las ideolo--gías. "El terror que un muerto yacente produce en el ánimo de ---quien lo mira, es sustituido por una satisfacción: el observador no es el muerto" (23).

Para no morir el hombre tiene que someterse a la orden, que como veremos en el caso de los militares alcanzará rasgos verdaderamente patéticos.

"En toda orden si no haces lo que te dicen, te ejecuten, como al que estás viendo" "toda condena a muerte es el cumplimiento de un mandato, es la derivación de una orden no escatada". Toda ejecución se dirige a aquel que no va a ser ejecutado para que aprenda. "La orden puede dividirse, de un lado su energía motriz que lleva a cumplirla, las pulsiones de nuestro propio aparato psíquico o de la sociedad que impone órdenes a los demás, ante ese hecho, hay una determinada energía motriz que podemos traducir en impulsos instintuales. Por otro lado, lo que llamo agujas, que tienen exactamente la forma de una orden. Aunque la orden se cumpla, el aguijón queda adentro".

Pocas veces alguien ha definido de un modo tan claro el problema de la autoridad; "el deseo de subordinarse queda adentro".

Algunos autores insisten en que la violencia puede soslayarse apelando a la razón de los individuos y así evitar aquello de que: los hombres son buenos, pero por la mala (Maquiavelo). Esta vía razonable sobre la cual se evita la violencia, es la política. "La labor impostergable de la razón ha sido superar las fuerzas del caos y de la disolución, domesticar las violencias que amenazan a la comunidad desde dentro. Este esfuerzo es todavía materia fundamental de acción política, cuyo primer objetivo -dice Duverger- es el de eliminar la violencia, sustituir por formas de lucha menos brutales -- los conflictos sangrientos. De hecho se puede afirmar que no hay política mas que cuando los integrantes de una comunidad han logrado reducir la violencia privada a criterios normativos, cuando la han domesticado". Mas adelante agrega: "cabría imputar a la política la tarea nada envidiable de transar con la violencia e incorporarle a su quehacer, a las estructuras e instituciones que la in

tan formalmente en la relación social. También este fuera de duda que en todo poder hay violencia, pero el Poder como tal, no puede ser reducido a la violencia o dejaría de ser Poder" (24).

El poder se manifiesta como fuerza y violencia, en un primer momento, después se puede manifestar como una forma de consenso por parte de los que han "cedido" el ejercicio del Poder propio. El concepto de valor y a la vez de valentía, se ha utilizado en todas las épocas ya que de esta manera se refuerzan las ideologías, medios de cohesión y sometimiento social. Podríamos citar el ejemplo de los héroes patrios en donde el valor, el arrojo, etc., son más importantes que el proyecto mismo de sus luchas.

Como no siempre existen guerras "legales" (autorizadas por el Estado) los hombres deben cuidar su arrojo y su espíritu de heroísmo patrio, conteniéndose de matar al prójimo, puesto que de lo contrario, un comité de salud pública lo pondría fuera de la circulación humana encerrándolo en la cárcel; y si fueran muchos que quisieran demostrarle a la Patria que son buenos combatientes en tiempos de "Paz" el Ejército cumpliría perfectamente su papel de normalizador de la vida social, sosteniendo en su cargo a los elegidos democráticamente para comandar las Instituciones, al Estado y pasando a masacrar a todos aquellos que se opusieran.

Los militares son entonces el instrumento más efectivo para la defensa del Poder establecido, no importa que dicho poder sea magnético o auteritario. Los militares tienen la obligación de defender el statu quo independientemente del grado de influencia que tengan sobre el aparato político.

La relación de los sujetos con el Poder establecido, importa a los militares en la medida en que sea respetada la legalidad establecida de la que ellos son -supuestamente- fieles garantes.

El poder político es ejercido y manipulado por la casta dirigente hasta que el descontento social haga imposible dicho tratamiento, -

para lo cual se recurre al uso de los Ejércitos que se encuentran -
sacismente encerrados en cuarteles, preparándose asiduamente para -
la guerra.

Cuando el uso de la Ley ya no resiste la vía negociadora, entra -
en acción el Poder de la violencia: el Ejército.

BIBLIOGRAFIA PROLOGO

1. Russell, Bertrand: El poder en los hombres y en los pueblos. Ed. Losada. Buenos Aires, 1968.
2. Dahl, Robert A.: Análisis político moderno. Ed. Fontanella. Barcelona. 1976 p.212.
3. Ibid. p. 219.
4. Horkheimer, Max.: Sociedad en transición: estudios de filosofía social. Ed. Península, 1972.
5. Abbagnano, Nicola: Diccionario de Filosofía. Ed. FCE, México 1963, p. 116.
6. Jouvenel, Bertrand: La Soberanía. Ed. Riop. Madrid 1957. p.71
7. Bentham, J.: Fragmentos sobre el gobierno. Ed. Aguilar 1973. p. 108.
8. Jouvenel, Bertrand: La teoría pura de la política. Revista de Occidente. Madrid, 1965. p. 180.
9. Quelquejeu, Bernard: El poder y sus peligros. Tribuna Médica. No. 670, julio de 1976. p. 2.
10. Salgado, E.: Ética del Poder. Ed. 29. Barcelona 1975 p. 52.
11. Sampson, R. V.: Igualdad y Poder. Ed. FCE. México 1975. -- p. 38.
12. Kafka, F.: En la Colonia Penitenciaria. Ed. Emecé. Buenos Aires 1952.
13. Sampson, R. V.: Ob. Cit.
14. Kafka, F.: Consideraciones acerca del pecado, el dolor, la esperanza y el camino verdadero. Ed. Alfa, Buenos Aires, 1975.

15. Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española. Madrid 1970. pp. 1041-1042.
16. Weber, Max: Economía y Sociedad. Tomo I. Ed. FCE. - México 1944. p.53.
17. Jouvencel, Bertrand: El Poder. Ed. Nacional, 1956, p. 41.
18. Touraine, Alain: Sociología de la acción. Ed. Ariel, 1965 p. 210.
19. Canetti, Elias: La conciencia de las palabras. Ed. FCE. México, 1982.
20. Fromm, Erich: El miedo a la libertad. Ed. Paidós. -- Buenos Aires, 1968.
21. Salgado, E.: Crítica del Poder. Ed. 29. Barcelona, - 1975. p. 220.
22. Canetti, Elias: Ob. Cit.
23. Canetti, Elias: Ob. Cit.
24. Barbeito, J.: La violencia y la política. Documentos del Centro de Información y Documentación para América Latina (CIDAL), Caracas, Venezuela, p. 17-18.

INTRODUCCION.

I

Este pequeño trabajo habla de las preocupaciones como la muerte, la vida, el amor, la fuerza, etc., inscritos dentro del ámbito de lo que llamamos "vida militar". Es obvio que no siempre estaremos dentro de la vida castrense: más bien daremos un amplio paseo por una serie de terrenos que son, a veces propios, de la antropología, así como de la Psicología, la Filosofía y la Historia: ello para permitimos entender, desde distintos ángulos, lo que a infinidad de investigadores sociales les preocupa de muchos modos: el porqué de las guerras, las razones de la tremenda violencia inhumana que hoy nos azota con más fuerza que nunca, averiguar de alguna forma quiénes son los más interesados en que esta situación nunca cambie, o, por el contrario impulse y promueva la belicosidad humana.

Sostenemos la tesis de que el actual aparato militar apunta a mantener un estado permanente de guerra entre los hombres, y no desconocemos el hecho de que las guerras tienen distintos orígenes: religiosos, imperialistas, vindicatorios, etc., lo que creemos es que son los militares, con su muy particular sistema, los que propician en mayor medida el desenlace siempre violento de los conflictos, empujados o suscitados por sus respectivos Estados.

Hemos arribado a un punto, en la historia de este planeta, en que no existe el más mínimo conflicto que no se resuelve por la vía de la fuerza, esto es, recurriendo, al cada vez más complejo aparato militar. Y son ellos los militares, los que procuran un modelo social lo más parecido que se pueda a la rígida vida castrense desde luego siempre lo intentan, pero sólo lo han conseguido durante fugaces momentos históricos: parece que el hombre acaba, a la postre por rehuir todo aquello que tiende a someterlo totalmente.

No se encuentra actualmente un sólo país en todo el orbe, excepción hecha de conocidos casos como Suiza y Costa Rica, en que los respectivos gobiernos no ostenten un cada vez más creciente ejército. Los hay tecnológicamente desarrollados, pero siempre existen quienes no siéndolo, logran hacer un esfuerzo y tienen en su haber algún "detalle" militar que los enorgullece. Cientos de países -- "invierten" sus presupuestos en la modernización de sus ejércitos dicen que es, para "preservar la paz". Lo cierto es que los militares no sólo son "efectivos" encubridores del Status quo, sino que de algún modo se tiene que mantenerlos en forma, ya sea mediante continuas prácticas militares o en intervenciones más o menos empujadas dentro de otros países; y de esta situación no escape ningún país, desde el que posee un capitalismo burocrático total (socialista), hasta el que tiene un capitalismo parcial (países occidentales). Si se observa con atención cómo son constituidos, organizados, estructurados y educados los ejércitos modernos, cabe pensar que dicha preparación se realice sobre un modelo único (me refiero al modelo de vida castrense); se notará la diferencia por el color del uniforme, el tipo de insignias, algunas costumbres -- folklóricas, pero, fuera de eso, la Institución Militar funciona en todas partes con características muy similares.

No pienso que los militares tienen el monopolio de la maldad humana: lo que pienso es que son la organización que mejor puede, -- hoy en día aplicar los aspectos malignos de la vida humana, ya que toda su conformación está dada para hacer del soldado una máquina de "obedecer órdenes", ésto es, auténtico autómatas capaz de obedecer cualquier cosa que se le diga, incluso matar. Por ello --siendo como son: los mejor equipados para causar la muerte-- debe considerarse a los soldados como perfectas máquinas de matar. Los soldados se elevan por encima de las razones que puede llevarlos a -- una guerra y lo mismo combaten a un ser de color y credo distinto-

a los suyos, que apuntan sobre uno de los suyos juzgado por traición, y al cual un tribunal (militar) le ordena que dispare sobre su propio corazón por habersele encontrado culpable.

Lo peor de todo es que se ha edificado todo un mito (moderno) acerca del servir a las fuerzas armadas; no existe un solo gobierno que no haga una apología de los soldados y de la vida castrense: se ha erigido como razón de orgullo nacional el pertenecer a cualquier cuerpo de destrucción, ser soldado es lo mejor a lo que puede aspirarse en esta vida (para el Estado, claro). Desde luego la población en su conjunto no acede por tratarse totalmente al mito, y los individuos lo demuestran con miedo y/o rechazo cuando se tratan de comparárselos con un soldado.

Este trabajo habrá logrado su objetivo si, al final de su lectura, surge alguna duda respecto a la necesidad de la existencia de dichos cuerpos armados. Lo que queda en claro es que son los Estados que los mantienen, los principales interesados en que esto no ocurra, ya que, como fácilmente se inferirá, de ellos sigue dependiendo el que toda la vida humana de este planeta no use su derecho a la violencia y a su libertad de elegir entre ser cordero o lobo: una sencilla ecuación nos lo explicará más claramente: Estado + milicia = mantenimiento de las condiciones opresivas de los hombres. Y por consecuencia imposibilidad para vivir en un mundo efectivamente pacífico. Ya que los hombres, viviendo en comunidad desde la sociedad primitiva, han demostrado hasta la sociedad que no es necesario mantener cuerpos represivos para evitar que los hombres se destruyan, sino que son justamente estos aparatos de represión los que han logrado edificar el mundo demencial en que vivimos.

Clarificar de algún modo estos aspectos corresponde al objetivo al que van dirigidas las siguientes palabras:

"¿Ha visto usted fusilar a un hombre alguna vez? -pregunta uno - de los personajes de la peste de Camus- No, seguramente eso se hace en general por invitación y el público tiene que ser antes elegido. El caso es que usted no ha pasado de las estampas de los libros. Una venda en los ojos, un poste y a lo lejos unos cuantos soldados. Pues bien, ¡no es eso; ¿Sabe usted que el pelotón se sitúa a un metro y medio del condenado? ¿Sabe usted que si diera un paso adelante se daría con los fusiles en el pecho? ¿Sabe usted -- que a esta distancia los fusileros concentran su tiro en la región del corazón y que entre todos, con sus balas hacen un agujero donde se podría meter el puño? No, usted no lo sabe porque son detalles de los que no se habla. El sueño de los hombres es más sagrado que la vida para los apesadados. No se debe impedir que duerman las buenas gentes. Sería de mal gusto: el buen gusto consiste en no insistir, todo el mundo lo sabe. Pero yo no he vuelto a dormir bien desde entonces. El mal gusto se me ha quedado en la boca y - no he dejado de insistir, es decir, de pensar en ello" (Camus A. - La Peste).

CAPITULO UNO

EL INSTITUTO MILITAR

En el Instituto Militar se admira la fuerza, la agilidad y la potencia físicas, en un sistema caracterizado por rígidas jerarquías. Una organización, donde obtener los máximos grados significa el acceso a un poder casi omnímodo solo sustituido por la fuerza y la habilidad para golpear; a falta de un grado dentro de la jerarquía, basta con poseer dotes físicas y habilidad para la contienda. Siempre y cuando no se abuse de él, este arte constituye la garantía de la tranquilidad personal. Sin embargo, los que no poseen esa "virtud" se esfuerzan continuamente por ganar un fingido lugar, manifestando una falsa valentía, alardeando de un poder inexistente y tratando de afirmarlo ante el reto de cualquiera; -- los que son débiles se mantienen de manera permanente, en un enfervorizado estado de guerra, situación en la que no se toleran ni una broma, pulla o juego de palabras: nada que menoscabe la "valentía" frente a los demás. No se permite la más mínima insinuación de una posible cobardía, se mantiene constantemente la imagen de que no se puede abusar impunemente de cualquiera, de que no se es un bocado fácil y de que se puede contestar con fuerza y agresión la agresión y la fuerza de otros. Para quienes no saben golpear, la guerra es el estado cotidiano; más para los que mediante los combates logran hacerse de una buena fama, existe una reputación en el terreno secreto de los golpes: ser campeones con un título inexistente, pero de un gran valor en la lucha por no ser aplastados.

Vivir en el Instituto Militar es una experiencia elucida, degradante y, las más de las veces, desgarradora. La presencia de exclusivamente hombres, implica una forma de trato personal que no es igualable a las experiencias cotidianas usuales; el simple hecho de que existen en él puros "machos" desarregla los mecanismos de relación natural. El estar rodeado por cuatro paredes que no se pueden evadir, por muros inexpugnables que hablan acerca de una situación de encierro parangonable a la de la cárcel, constituye la sensación física de pérdida de libertad; a lo lejos sólo se

distingue el rumor sordo de la ciudad por las noches, luces intermitentes recuerdan a los conscriptos que se encuentran situados -- fuera de la experiencia normal de una sociedad. Quién está encerrado desarrolla un sistema de alteración psíquica lo suficientemente eficaz para reprimir la agorafobia y aceptar la claustrofobia. -- Cuando se acepta el estrecho reducto en que se mueve, el mundo se torna microscópico, los menores rincones, las más escondidas fisuras, los más leves tonos en la pintura son descubiertos con una -- precisión inigualable. A muy pocos enloquece el encierro, de hecho una megalópolis puede vivirse como un encierro: el hombre de -- las sociedades modernas subsiste en un entorno demasiado reducido y explosivamente asfixiante, sin las ventajas relativamente estimables de la prisión, por eso es explicable que exista un gran porcentaje de presos que prefieren no salir, aunque se les concede la libertad.

El Instituto Militar y la prisión tienen una organización muy parecida, ambas poseen colores secos, tristes, lugubres, que ayudan al individuo a sumirse en consideraciones siempre pesimistas, muy ad-hoc con una alma encadenada. No puedo imaginar que un hombre -- sufra un castigo en medio de flores, recolectando miel para volver al albergue campestre en donde le espera un afable guardián que le pase lista y le dé una amigable palmada en el hombro. Sé que los sistemas penitenciarios y militares han mejorado bastante, pero resultan no muy auténticos comparados con la noción clásica de lo -- que era el castigo. De hecho, antes quien infringía la ley se exponía a la muerte, y aún así, muchas veces, el delincuente amaba -- el delito, apuraba la transgresión y la violación del interdicto: -- se era delincuente por vección y por convicción (1).

En la Edad Media sólo se conocían los extremos: la plenitud del castigo cruel o la gracia. Existía un placer en las ejecuciones -- públicas, y al menos éstas dejaban la sensación de que se había --

hecho justicia. Hoy, los deseos de venganza han sido reprimidos - por las costumbres y la ley, aunque persiste una desagradable sensación de que, aún encerrado el transgresor, la justicia no se aplica completamente. Los castigos, elaman sus predicadores, tienen que ser crueles, tiene que torturar el alma de quien ha violentado la ley.

Los inquisidores del medioevo nos han legado un magnífico tesoro en cuanto al apremio físico y psíquico. Quien dice que la historia no enseña nada, nótese el carácter didáctico del siguiente mensaje: "Cuando se hubiere dado sentencia al tormento, mientras se prepara el verdugo a ejecutarla, el inquisidor, y los sujetos graves que le asistieren harán nuevas tentativas para persuadir al reo a que confiese la verdad. Desnudarále los verdugos y sayones afectando desasosiego, prisa y tristeza, procurando meterle miedo y cuando ya esté desnudo le llevarán los inquisidores aparte exortándolo a que confiese, y prometiéndole la vida con la condición de hacerlo así, á menos que sea relapso, que en tal caso no se le puede prometer ésta.

Quando todo ésto sea inútil se le pondrá a cuestión de tormento, y en ella se procederá al interrogatorio, empezando por los puntos menos graves de que está sindicado, porque antes confesará las culpas leves que las graves. Si porfía en negar se le demostrarán -- los instrumentos de otros suplicios, diciéndole que todos los sufrirá, si no confiesa la verdad. Per fin si no confesare todavía -- podrá continuarse el tormento...". (Rymeric Nicelsu, Manual de Inquisidores). Estos manuales de tortura se continúan empleando en versión modernizada por todas las instituciones dedicadas a la represión.

El color de los muros del Instituto es lo bastante cruel para -- saberir el espíritu y producir sentimientos de angustia, que obligan a una cesación dentro del ser, a un repliegamiento ohogado y --

vaseo sobre ellos mismos, que obligue a aceptar su calidad de seres privados de libertad.

El Instituto que forma a los militares, al igual que la prisión, debe respetar esa rígida jerarquización que imposibilite cualquier brote de solidaridad y compañerismo entre los internos. Los grados son tomados muy en serio y quien pretende, por estupidez, burlar ese sistema que marca las diferencias y los privilegios, es severamente castigado. Las jerarquías son iguales a las que existen en la sociedad, lo que pasa es que su aplicación más sistemática y violenta dentro del juego militar, las hace más evidentes. Una sociedad en miniatura... sin mujeres.

Se ingresa al Instituto para hacerse "hombrecito", con todo lo de ambiguo y la carga sexista que guarda esta acepción. Ser "hombrecito" es no ser coyón, no ser marica, ser muy macho, respetuoso, inteligente, valiente, arrojado, cultivado, etc.. El eje sobre el cual gira el común denominador educativo es el castigo, la sanción: este es el medio más eficaz para recordarle a los hombres que no son dueños de su cuerpo, ni de su voluntad, ni de sus acciones. Curiosa acepción la de "hombrecito" quiere decir: hombre pequeño.

Las instalaciones del Instituto están bien diseñadas para la aplicación de específicas actividades relacionadas con la represión: existe una funcionalidad en el ejercicio de la represión. Recuerde el Panóptico de Bentham, un auténtico laboratorio de conductas: en el que "sanadores" de todo tipo: criminólogos, pedagogos, psiquiatras, etc., pueden ensayar sus refinadas formas de control. Principio de funcionalidad elemental: las cosas sirven para lo que fueron hechas, y no para otra cosa. (Ya Lenin nos explicaba el elemental principio pedagógico de las bayonetas, que sirven para todo menos para sentarse en ellas). Así pues, la tarea consistió en observar, vigilar todos los movimientos del cuerpo; el instituto no presenta accidentes sobre su terreno y es supervisable en unos cuantos segundos.

El corneta llamaba a "formar filas", los sargentos comunican los faltantes al oficial y se tiene de inmediato el nombre de los ausentes. Espacios abiertos y delegación de la delación. Resultado: todos se vigilan entre todos... y el poder, de plácemes. Así muchos aprenden a manipular personal de empresas. El instituto, en este sentido, cumple perfectamente su papel normalizador y adiestrador de profesionales del control.

En el interior del Instituto se inventan los propios mecanismos adaptativos a un medio profundamente hostil y sumamente aniquilador. Existen muchas formas de adaptarse al medio. Una es temer la coloración del medio, ésto es, mimetizarse a tal grado que uno se confunde con el montón, hacerse invisible a los ojos de los encargados de la disciplina, y éste se logra sólo adaptando al máximo los movimientos corporales a los imperativos de la disciplina: "Cuanto más perfecto reproduzco la orden, menos posibilidades tengo de resaltar. Así confundo todas mis acciones y operaciones corporales, a tal punto que pasaré inadvertido" (2).

Otra forma de atenuar la agresión constante del medio es "haciéndose el débil", se despierta así la compasión de todos y se suspenden los ataques; una variante de esta forma es el "enfermarse", -- así se la pasa hospitalizado hasta que se cura. Huelga decir que muchos son de una efectividad tal que siempre hallen la forma de estar en cama.

Los que mejor se adaptan tienen asegurado su tránsito ascendente hacia la esfera de los dominadores. Ciertamente que esta circunstancia debe de garantizar en mucho el statu quo interior, intensificando el deseo de explotar y avasallar al prójimo: cumplir la aspiración secreta de todo ser humano, que consiste en que después de que se ha sufrido el oprobio, se impone ejercerlo sobre los demás.

Al ingresar al Instituto, uno se halla en la categoría de "perro" es curioso que los "mejores amigos del hombre" sirven como ejemplo de la condición humana más abyecta y oprimida, por lo visto las hembras demuestran mejor a quienes les sirven con mayor fidelidad. - Las novatadas tienen una función vital de carácter corporal: marcar el cuerpo y prepararlo para la aceptación del denigramiento interior, acondicionarlo para la aceptación de la voluntad ajena; de otra forma no se explica la existencia -casi universal en todo tipo de institución- de estos ritos iniciáticos. Las novatadas preparan al bisefío para que acepte claudicar de su soberanía; sólomente así se explica el hecho de que el sargento escupa la sopa porque "no le guste", y lo haga ante el mutismo de todos, y los cientos de "lagartijas" y "sentadillas" forzosas que van más allá de la tolerancia de cada sujeto. El novate es cualquier principiante que empieza a conocer el mundo que le rodea. ¿Cómo enseñarle a meterse a las reglas del juego?. El método no es sencillo, pero mediante la tortura sistemática disfrazada de inocentes juguetes se aprende a aceptar la humillación. Ese acto, que contiene toda una carga negativa como símbolo de la claudicación humana, se asimila desde la más tierna infancia, cuando se acepta ser humilde ante los padres, que son quienes más interesados se muestran en ver aceptada su autoridad. De la humildad a la humillación media un paso. Quien se humilla deja a un lado todo acto de rebeldía, supone que la insubordinación contra quien le aplasta no conduce a nada; el humillado acepta su condición de sometido y, ante la perspectiva de ser destruido, acaba por valorar con más ahínco su vida que su ánimo rebelde; ni siquiera se cuestiona si perderá o no su libertad, trata de preservar su cuerpo del dolor, y antes de sucumbir, se somete. (3).

El hombre está dispuesto a perder su libertad y a ganar su humillación: ¡Atención!, ¡cerra veinte vueltas al patio!, ¡arrastra esta moneda con la lengua!, agáchese para cintarsearle las nalgas!,-

¡ponga las palmas de las manos para apagar un cigarrillo;; golpes- y más golpes sumados a expresiones de autoflagelamiento.

La degradación corporal -y su aceptación- es la clave del sometimiento; plantones interminables en posición de "firmes", el cuerpo rígido, imperturbable, la mirada fija que ni siquiera debe ver: ningún movimiento, o de lo contrario un sorprendente golpe en el riñón pone fuera de combate (¿?) al incauto que se atrevió a sacudir un poco su propio cuerpo. Sólo así se explica también la selicitud con que después se obedece a una orden: "Céame un betón; ¡limpie las insignias de mi uniforme; ¡hege mi cama; ¡ilustre mis zapatos; ¡deme su comida;". Se abren filas y entre ellas tiene que pasar, recibiendo golpes de todos tipos, el imbécil que se atrevió a violentar la disciplina: una senda interminable de golpes que tratan de afirmar el hecho de que la educación y la sangre son hermanas.

Todo es un proceso que tiende a educar al cuerpo para la insensibilidad. No sentir es la condición natural para la sobrevivencia: despojar al yo de cualquier llamada de peligro que ponga sobre aviso los nervios y los músculos. Quien no siente, vive de algún modo despreocupado del peligro; es posible que nada más no sienta la agresión, pero con ello sucumbe la virtud natural de todo animal, ésta es, la capacidad para defenderse del peligro. No responder al peligro es tener destruidos los mecanismos más íntimos de valoración personal. Quien no se defiende es una marioneta, no precisamente un cordero: quien teme, huye. Pero en este caso queda clausurado cualquier mecanismo de autodefensa, ni siquiera se desea huir. La insensibilización, producto de la sistemática represión, produce sujetos innanes incapaces de defenderse así mismos.

Pero se trata de una agresión prometedora, dado que un día, con un poco de buena suerte, se ascenderá al ejercicio y aplicación del castigo; se pedrá actuar como verdugo.

NOTAS:

(1) "Despejados de ornamentos sacros, veo la prisionera desnuda, y su desnudez es cruel. Los presos no son más que unos pobres tipos -- con los dientes carcomidos por el escorbuto, encorvados por la enfermedad, que escupan, gargejen, tomen. Van de la galería al taller con enormes, pesados y sonoros zuecos, se arrastran en zapatillas de erillo, agujeradas tizas de una refinada mezcla de pelve y sudor. Apestan. Son ceberdes frente unos bequis (guardes), tan ceberdes como ellos. No son más que la ultrajante caricatura de los hermanos criminales que ahí veía yo cuando tenía veinte años, y de aquella en que se han convertido no develaré nunca las caras, las fealdades para vengarme del daño que me han hecho, del tedio que me ha causado la vecindad de su inigualable estupidez".

(Jean Genet, Milagro de la rosa; subrayados míos).

(2) Es conocido el hecho de que muchos animales, aún los más inferiores, como los insectos, reaccionan ante un peligro o agresión -- con una inmovilidad total: de esta manera pretenden hacerse invisibles ante sus agresores. Es cuestión de ajustar el cuerpo al peligro.

(3) "Es sabido que algunas bestias mueren tan pronto como son apresadas. Al igual que el pez pierde la vida cuando se le saca del agua, muchos animales se dejan morir para no sobrevivir a su natural libertad perdida.

(Etienne de la Boétie, El Discurso de la servidumbre voluntaria). Los hombres por el contrario parece que hacen suya la condición -- de dominados, extravían por sí solos su libertad, ensajenándola o hipotecándola.

CAPITULO UNO
EL CASTIGO

El cuerpo debe hacerse receptivo a la orden. Mientras más sensible sea a la orden, mejor elemento será: un dócil mastín que algún día dirigirá a otros futuros mastines. La expectativa de recibir algún día la licencia para estrangular a otros es de una efectividad impresionante: "Algún día no muy lejano me habré redimido conmigo mismo". Se sueña entonces en convertirse en el agrorero, en el verdugo, y mientras tanto cada orden es un agujijón que se clava en lo más profundo del cuerpo.

La condición sustancial de la orden, la manera en como la orden se hace cuerpo, es mediante la voz de mando; ésta va siempre dirigida a un conjunto indefinido de hombres de los que se espera una actitud sumisa. La "voz que manda" se manifiesta por medio de gritos. Nada hay más imponente que alguien que grite; el grito es el símbolo por excelencia del poder, quien grite tiene poder. Quizá por esto en todas las órdenes castrenses se usa el grito como la forma normal para activar los operativos militares; quien grita expresa con ello su voluntad de poder, su capacidad para dominar.

Pero el grito es altamente contradictorio; quien lo usa puede intimidar a otros, pero también los intimidados pueden recuperar su propia voluntad mediante el grito. Este representa, para el oprimido, un signo de rebeldía, de asunción y deseos de libertad, un deseo que permite recuperar la palabra perdida: el que reclama a gritos incurre en un acto sublevatorio que lo vuelve potencialmente peligroso. Grita también -por supuesto- el que tiene miedo, aquel ser aterrizado por el temor, pero su grito es doleroso, --grita para huir. El grito militar es la voz natural de mando, grita sin miedo, grita con enojo.

El gritar es, por tanto, un acto de dominio e un acto de liberación. Cuando las masas gritan a sus gobernantes se siente de inmediato el tono reclamante de su vociferación: cuando el general grita se espera de él una orden, algo que tiene que ejecutarse, que -

debe obedecerse con prontitud y que no admite réplica alguna en su realización. El que grita adquiere poder, recupera para sí el tono adecuado de su fuerza. Es por ello que el arquetipo más representativo de la debilidad es el mutismo: el que calla, otorga. ¿Por qué otorga el que calla?. Porque no es capaz de reclamar y disentir. El silencio es hijo de la dominación: sólo calla aquel que no es capaz de hablar, y mucho menos de gritar. Pero con el silencio también se obtienen otros valores no necesariamente relacionados con la dominación: el silencio es recogimiento, paz interior. Quien calla, muchas veces esconde profunda sabiduría, su hermetismo es protección ante la banalidad imperante y calla porque se abstiene voluntariamente de decir tonterías, no tiene un cerrojo en la boca, sino un candado en el cerebro y en el corazón. No todo el que calla es digno de descrédito; no todo el que guarda silencio es un cobarde. El silencio permite la reflexión interior, pero sólo el que sabe usar en su momento el silencio, o la palabra, o -si se quiere- el grito, es quien puede afirmarse en su poder.

El caso es que en la comunidad castrense, todo el que grita detenta un poder, por pequeño que sea y los demás callan no porque expresen con ello un deseo sabio, sino porque en su silencio habita la aceptación pasiva del discurso vociferante. El silencio es entonces en la óptica de quien se ha sometido, el medio natural para liberarse del castigo.

Contrasta esto con el concepto oriental tradicional de los artes guerreros orientales -hablamos de guerreros no de militares- en el que el grito adquiere otra dimensión: se grita al vivir y al morir en la victoria o en la derrota, no por éstas en sí, sino con una afirmación del impulso vital.

Para el guerrero no importa la competencia, la victoria o el aniquilamiento del contrario, importa eso sí, el enfrentamiento del hombre consigo mismo. Los resultados finales, externos podríamos

decir, no cuentan. Por eso el guerrero grita al dar o recibir la muerte, por eso se grita en las artes marciales orientales en la defensa y el ataque. "El arte es la vida, entre el aullido de la fiera que sufre y el gorjeo del ave que goza, no hay, desde el punto de vista de la naturaleza, ninguna diferencia. El Kiai es el canto del Karate (refiriéndose al grito tradicional). Con tal que el grito salga de un pecho sincero, lo mismo da que sea bello u horrible. De lo que se trata es de encarnar un sentimiento, una verdad". (Karate y Kung Fu, Héctor Chavarría).

Occidente ha creído ver en el ruidoso guerrero oriental un reflejo del escándalo castrense, pero para quienes siguen "el camino -- del guerrero", el grito no es imposición sino afirmación del yo.

En la insistencia en el uso del cuerpo, en su continuo y machacante utilización se encuentra la clave de la dominación sobre los -- hombres: es en el ejercicio y uso sistemático del cuerpo, en donde quedan grabados todas las experiencias del pasado de cada hombre, -- la memoria de lo que es orden o desorden, voluntad libre o sometimiento servil, libertad o exclusividad. Ahí, justo en el cuerpo, -- queda impregnado lo que el Uno entiende por bienestar colectivo, -- justamente ahí en el cuerpo es donde el poder tiene que trabajar -- con mayor empeño, para que con su adiestramiento los hombres aprendan a profesar una voluntad servil. A este uso del cuerpo para en señarlo a obedecer se llama "educación".

Las universidades y escuelas deben enseñar al cuerpo a aceptar todas aquellas acciones punitivas que se le infligen. Se le enseña a capacitarse en el ejercicio y la aplicación del castigo; debe aprender a ser fuerte en el arte de tolerar y aceptar el mandato. Todo ello se logra con el castigo, que es el vehículo, el instrumento, el arma más eficaz para educar al cuerpo al sometimiento. (1)

Los Institutos Militares están impregnados, empapados de una et-

médica de castigo; si no fuere así no podrías reinar el temor, - conditio sine qua non de la vida cotidiana. El que no teme se torna altanero, vociferante, rebelde. Quien no teme no acepta que lo dominen, es demasiado impulsivo para mantenerse quieto, y es necesario un freno, un dique que contenga toda esa carga liberadora, - toda esa potente autosuficiencia. Es importante que el temer se respire, que nadie esté seguro del momento y la circunstancia en que el poder se abalanzará con su potente rayo destructor sobre -- cualquiera. Es importante que nadie se sienta a salvo, que todos duerman intranquilamente; se debe esperar el castigo por cualquier razón en el momento en que éste se presenta, y aceptarlo sin "regañar los dientes".

Por las mañanas un ensordecedor ruido (banda de guerra) anuncian sus golpeteos y trompeteos que no le es dable a nuestro oído ningún rumor seductor que lo convenga de su sueño, el cuerpo recibe con ruidos infernales el advenimiento del nuevo día. Pero ese ruido, aparte de talear nuestros tímpanos esconde la primera orden: vestirse rápidamente, en menos de cinco minutos, y marchar en formación al patio. A las seis de la mañana todos los sentidos están entre amedrentados y aturdidos, probablemente por eso, esta hora es la más adecuada para los fusilamientos. Habrá quien replique que las seis de la mañana es una de las horas más afortunadas del día, en que se respire con vigor un aire más puro; pero el asunto es que no se trata de una velocidad poética de quienes se encargan de someter: es, sin lugar a dudas, el primer acto de violentación y humillación del cuerpo. No se trata de una espontaneidad personal, sino de la decisión única y autoritaria de los comandantes militares. Quizá lo que aquí se expresaba eran las reminiscencias protestantes que sugirían: "Al que madruga, Dios le ayuda"; - desde luego que puede ser imaginado el interés de Dios por el buen cuidado y reglamentación de la vida de los hombres.

NOTAS:

(1) El oficial de la "Colonia Penitenciaria", de Kafka, explica al viajero el funcionamiento de la máquina para escribir la ley: " -- "Nuestra sentencia no es severa. Se graba simplemente, con ayuda del rastrillo, el párrafo violado sobre la piel del culpable. Se escribirá por ejemplo, sobre el cuerpo de este condenado -- y el oficial indicará al hombre--: Respeta a tu superior". Y el viajero, -- sorprendido de saber que el condenado ignora la sentencia que le afecta, responde el oficial juiciosamente: "Sería inútil hacérselo saber, ya que va a aprenderlo sobre su cuerpo". Y, más adelante: -- "Usted ha visto que no es fácil leer esta escritura con los ojos; -- y bien, el hombre lo descifra con sus llagas. Es ciertamente un -- gran trabajo: necesita de seis horas para ser terminado.

Es sobre el cuerpo que la ley se hará sangre de su sangre y carne de su carne; sobre él hablará durante toda su vida la voluntad del Estado. Para que el cuerpo así lo aprenda tiene que sufrir, -- tiene que infligírsele castigo tras castigo para que quede un -- tatuaje permanente; escribir sobre el alma y sobre el cuerpo: "Debe -- aceptar el castigo".

CAPITULO UNO
LA DESOBEDIENCIA.

Existen noches hermosas en las que las sombras se entremezclan - formando tonos y figuras; noches en que la sola inmensidad del espacio nos induce a diversos estados de ánimo. Las hay deliciosas o sterradoras. El hombre debería tener la libertad de usar el día o la noche como mejor le plazca, pero por edicto o decreto del poder se legitima el uso de sólo ciertas horas del día para el transcurrir del tiempo de los hombres. La reglamentación del cómo, dónde y cuándo emplear nuestro cuerpo es una exigencia del poder, y se impone mediante el castigo.

En el Instituto Militar, el castigo por excelencia lo constituye el arresto; quien es arrestado tiene velada su única posibilidad - para escapar -al menos temporalmente- de esos lúgubres muros. Huelga decir que quien califica el delito es la autoridad, y que ella misma dicta la sentencia. Ser arrestado es la fórmula a través de la cual se efectúa el cautiverio: obligar al cuerpo a permanecer justo en el lugar que aborrece. Es necesario controlar el cuerpo en sus tiempos y movimientos, condicionarlo a otro tiempo que no sea el deseado por él, asignándole horarios, supervisando sus actividades, midiendo la velocidad de sus acciones, reglamentando las horas destinadas al "ocio", pero sobre todo llenando la vigilia - con cualquier actividad. No puede ser permitido que alguien tenga un momento para consigo mismo: sería exponerse al cultivo de ideas rebeldes. Nadie debe guiarse por sus apetitos (1); para los militares los únicos apetitos son la continencia, la severidad con las actitudes curiosas, la serenidad abyecta ante lo estrebilario: todo aquello que expulsa los impulsos nobles del hombre. Así que mediante el arresto se imposibilita ese mínimo escape "catártico" -- que representa el poder salir los fines de semana.

Los individuos, en su vida cotidiana, tienen sus propios sistemas de arresto; sin dar lugar a un régimen militar, tienen su vida rígidamente ordenada y jerarquizada en torno a sus valores que en

ningún momento se han atrevido a cuestionar, y actúan como si la misma ciudad fuera un enorme cuartel.

Pues el encierro no basta, es necesario generar entre encierro dentro del encierro, crear la imagen de que se puede perder un pequeño espacio de libertad. Los campos de concentración tenían "ca labores de castigo": "Si no entiendes que debes hacer todo lo que se te diga y obedecer al pie de la letra las reglas de la prisión, te inflingiremos un castigo mayor para que aprendas a subordinarte" -parece ser la lógica del carcelero y de la autoridad-. Castigo doble, un castigo dentro del castigo, en eso consiste la acción de arrestar. Por supuesto que la sociedad civil también conoce sus mecanismos de arresto.

El quedar arrestado constituye uno de los engranajes más importantes de la máquina de dominar, se compone de horerios rígid^{os} en todas las actividades de la vida cotidiana, con una suprem^a desventaja: se añade una profunda soledad, el martirio de ver transcurrir lentamente las horas como un gotero chorreando ácido que corro^e -- las entrañas, acompañado de un guardián Kefkiano de la cripta, que nada quiere saber de los fantasmas que ahí habitan. Durante el -- arresto se naufraga en el tedio más espantoso que se pueda concebir; las horas son lo suficientemente lentas como para desear un -- estalinismo universal. El castigo cumple su papel; soledad y encierro ayudan a formar una correa protectora para soportar el "tedium vitae", para vacunar e inmunizar el cuerpo contra ese ingrato peregrinar de horas que nada llenan, que nada dicen y que nada expresan.

Preparar al cuerpo para tolerar el castigo es educarlo en la libertad, pero al revés: tornarlo ignorante, llenarlo de insensibilidad, transformarlo en "zombie", en un idiota de pupila fija, alelado, que sólo espere un incidente excepcional para darle algún valor al arresto. Sólo a un "desequilibrado" se le ocurriría come--

ter un desatino; sin embargo existe quien, dentro del mismo castigo, se atreve a violentar, a transgredir su carácter normalizador, también llega a existir quien se niega a aceptar la suerte de contrición que supone el castigo; no falta el que, mientras más aplastan, más se rebela, el que con más furia se defiende, una especie de hoguera que fabrica su propio combustible: mientras más se insiste en apagarlo, más se enciende. Afortunadamente estos espíritus rebeldes y valientes siempre existirán.

Muchos insectos reaccionan ante un peligro o agresión con una inmovilidad total, que podría calificarse como cataléptica: el no moverse equivale la posibilidad de sobrevivir. Y existen hombres -- que reaccionan de manera similar ante el peligro, pero hay otros -- cuyo coraje y rabia contra la agresión les hace doblemente peligrosos: corceles briosos que jamás aceptan el derecho de nadie a castigar. Esta clase de "arrestados" se la pasa urdiendo travesuras y violentando de mil modos a la Institución. Son implacables, pero desafortunadamente no son muchos: "de lo bueno, poco" (2).

Definitivamente la obediencia es un proceso lento e inexorable -- de aprendizaje; el aprender a obedecer le cuesta al hombre el dominio de su propio cuerpo. Quien obedece transcurre por un largo -- sendero de autoflagelación, de autocensura, de autodomínio, por -- una especie de "rigor mortis" en vida; el cuerpo se vuelve rígido -- y por lo mismo se hace torpe, de movimientos mecánicos. Obsérvese a los militares plenamente profesionalizados: voz rasposa y seca, -- mirada fija, cuello inflexible, caminar robotizado, dudosa inteligencia... En este punto ya tenemos seres obedientes, capaces de acatar cualquier aberración que se le ordene. Más esta idea de obediencia no puede concebirse sin la imagen del superior. ¿Quién es el superior? Todo aquel al que consideramos con derechos sobre -- nuestra voluntad y sobre nuestro cuerpo: el superior es como un -- sustituto mítico que tiene capacidad para dirigirnos, que sabe por nosotros lo que nos conviene, que se sobrepone a nuestros actos --

con la intención de suprimirlos, o mejor, de sustituirlos por los suyos propios. Los españoles suelen decir: "el que sabe, sabe, y el que no sabe, es jefe".

Se trata sin lugar a dudas de una palabrita importante. El superior tiene sobre nosotros un poder sin parangón; el superior ordena, el superior dice: "mi voluntad a costa del sacrificio de la tu ya". ¿Cómo someterse a un mandato si no lo dicte un superior?; si nadie manda, ¿Quién es superior? ¿Se concebiría un mando que no acepte la jerarquización: inferior, superior, o un superior que no manda?.

En el Ejército ésta es algo bien natural, que es consustancial al espíritu de esa Institución: tener un superior es algo cuya existencia siquiere se piensa, que se da como un hecho. No se trata de una relación entre personas: el superior es un símbolo; el vínculo se da hacia símbolos que -ya sean una estrella, un águila, una o varias barras, medallas, etc.- hablan por ese sujeto, denotan el grado y la intensidad con la que hay que someterse, el punto de doblegamiento, poder y respeto que se le confiere a esa persona. En el Ejército la idea de superioridad se manifiesta a través de símbolos muy concretos: la voz de mando, suada a uno o varios distintivos.

Desde el ángulo del subordinado, el superior aparece como una instancia que posibilite o no la seguridad personal, como una especie de déspota con capacidad sobre la vida y la muerte. ¿Se han preguntado cómo es posible que un soldado puede estar inmóvil tanto tiempo?, ¿que se mantenga impertérrito frente al agua, viento, frío, -- etc.? ¿que no se mueva frente a la voz tronante de un superior que le regañe?, ¿que no surja una actitud corporal rebelde que mande al demonio al superior? Tal vez habría que buscar la raíz de esta actitud en el ancestral deseo del hombre por formar parte de una comunidad, por tener la certeza de que mientras viva en ella es parte de algo, por sentirse seguro ante el embate de lo desconocido. Porque no se requiere ser militar para obedecer ciegamente: el suicidio --

colectivo de Guyana y la secta de Manson son algunos ejemplos de lo que quiero decir.

NOTAS:

(1) "La tradición canónica distingue tres tipos de apetitos humanos, es decir, tres ámbitos en los que los hombres enhelean apasionadamente: libido sentiendi, libido cognoscendi y libido dominandi - el apetito de los sentidos y las sensaciones, el del conocimiento y el del dominio y el orden. De aquí viene lo que para el hombre vale: verdad, salud, serenidad, ternura, justicia, belleza, curiosidad, inteligencias..." (Savater, Fernando).

(2) Lencastre se quejaba, antes de ser llevado al patíbulo, de no haber podido hacer más daño del que causó.

CAPITULO UNO
HOMO CLAUSUS VS HOMO LUDENS

Los militares nunca son dueños de su tiempo, éste jamás les pertenece. Suprimir el derecho de usar el tiempo como le venga a uno su gana es hipotecar el cuerpo a quien lo organice. Sin la libertad de usar el cuerpo en el tiempo, se cancela uno de los derechos más elementales del hombre: el libre movimiento; que lo digan, si no, los millones de seres humanos que habitan dentro de las fronteras de los países llamados "socialistas".

La libertad para desplazarse nació con el hombre, con el ser primitivo, y su errabundez le conserva de muchos modos: el hombre transmigrante, gitano de su propio mundo y de su propio cuerpo, vege el azar desde hace miles de años, de un lado para otro buscando un sitio inexistente; las tribus nómadas al menos buscaban el sustento, pero hoy es otro tipo de alimento el que se busca: un sitio donde sentirse bien consigo mismo, un sitio que no existe.

La condición del hombre, nos dice Pascal, es la ignorancia, el tedio, la inquietud. Sin embargo de ahí deviene su grandeza, de la conciencia de saberse miserable -un árbol no puede saberse miserable. Y esa inquietud perenne se agita cual barco en la tormenta, moviendo el cuerpo del hombre de aquí para allá, de un rincón a otro del planeta. Siempre me ha extrañado ese espectáculo desquiciante que ofrecen las terminales de autobuses y los aeropuertos, con miles de seres que ansiosos buscan tomar el vehículo que los lleve... ¿a dónde? eso no importa, lo que cuenta es desplazarse, unir el ombligo del mundo con nuestro centro vital.

Para el ser primitivo, desplazarse nunca fue una huida angustiada hacia la nada; para él los días no eran más que un pesatiempo (1). Moverse, por las razones que sean, siempre ha sido un imperativo del cuerpo; hay quien se traslada por curiosidad, porque así siempre tiene que hablar al conocer otras costumbres, otras formas de vivir. Se lo pueden desplazarse quienes no tienen nada o tienen mucho en distintas partes del mundo. Recorrer los cimientos de nuestro mundo es

un modo de romper con el sedentarismo anquilosante, una manera de ir en pos de la aventura que nos depare las sorpresas que la rutina nos arrebató.

Por el contrario la condición natural de la vida militar, lo constituye el encierro, es en él, que los militares guardan el cuerpo de los avatares de la vida cotidiana. Quien quede encerrado pierde contacto con el mundo con sus seducciones y perversiones. Es como si se aislara a un grupo particular de células para evitar su contagio con virus peligrosos. A los soldados se les mantiene permanentemente enclaustrados, se les exige que guarden su cuerpo de las sacudidas y malas influencias de los cuerpos que pululan libremente. Así se les asigna siempre lugares especiales donde se pueden preservar de la ominosa amenaza del trato mundano y con ello de cualquier tipo de ideas que cuestionen su condición.

Existen balnearios castrenses, casinos militares, zonas habitacionales exclusivas para ellos, tiendas especiales con precios especiales, para que no sufran de la angustiosa inflación que vive la población entera y así se evitan cualquier sentimiento comprensivo y solidario hacia el mismo pueblo que con sus impuestos les confiere existencia. De esta manera siempre viven aislados de la sociedad y llegado el momento tienden a considerar necesario su modo de vida y los pequeños o grandes privilegios de que gozan, acaban por decirlo así, amando su encierro que les otorga una relativa estabilidad y seguridad con respecto al mundo en el que viven.

En filmes y en algunas novelas (Chaplin, O'Henry, por citar algunos) son conocidos los argumentos en que el personaje central no teniendo un lugar para pasar la nevada o simplemente para comer, eligen la cárcel, éste es, el encierro, como un medio para paliar su angustiosa situación. ¿No será el mismo caso de quien decide ingresar en el ejército?

Sometido a castigos inhumanos por una falta nimia, el protagonista

de la película An officer and a gentleman (Reto al destino, en español). Richard Gere, responde a su torturador Foley (Louis Gossett, Jr.) que lo insta a dejar por siempre la carrera militar: "no tengo a donde ir, fuera de aquí no soy nadie". El sentimiento de "pertenecer a algo" que proporciona el instituto armado logra generalmente anular la identidad del ser humano, destruye el yo para sustituirlo por un torcido nosotros.

Mover el cuerpo es regalar a nuestro espíritu una prueba más de -- que no es sólo el entorno lo que se agita, sino nuestro propio plante interior. Mover nuestro cuerpo es mover nuestro mundo en el mundo, y encontrar en ambos casos su pequeñez y su excelcitud. Mover el cuerpo es una expresión inequívoca de libertad, el menos corporal. Fraccionar el mundo, hacer de él lotes privados y llamarlos Estados-Independientes, es --desde siempre-- tarea infructifera de los que -- sienten este planeta como propiedad particular: de los suantes del -- castigo.

NOTAS:

(1) "Nunca tienen prisa. Muy al contrario de nosotros, que nunca podemos hacer nada sin apuro y sin inquietud". (M. Shalins, Economía de la Edad de Piedra).

CAPITULO DOS
EL SOMETIMIENTO

¿Quién se rebela y por qué?. No cabe duda de que nos encontramos ante uno de los resortes más difíciles de explicar de la naturaleza humana. ¿En qué consiste ese acto de violentación ante todo lo que subyuga sin importar las consecuencias?, ¿Cuándo se sobrepone al individuo la intención de sublevarse?, ¿Cuándo aparece ese venenoso germen que corroe la voluntad de servir?; ¿Por qué aparece en unos pocos y no en la mayoría?; ¿por qué la historia del hombre sólo registra unos cuantos espíritus rebeldes?, ¿Será que la línea del menor esfuerzo indica someterse, más no sublevarse? Misterio.

Lo normal es obedecer. En el ejército se da por supuesto que la celeridad con la que se obedece no es más que el resultado de la buena capacidad de mando de quienes dirigen, ni siquiera se piensa que la disciplina imperante es el correlato necesario de la eficaz voluntad de obedecer de los miembros del cuerpo armado; quien desobedece se expone a recibir en su cuerpo los castigos más ejemplares, pues nada hay más castigado que la desobediencia: todo el rigor y el peso de la disciplina militar se encargarán de splastear a ese delincuente de esa comunidad. La indisciplina es una de las peores transgresiones -si no la peor que se pueden cometer dentro del Ejército. La in subordinación, la desobediencia, habrá que tomarla como un acto inte gradador, recuperador del cuerpo y la soberanía de un hombre: se trata de desclavar esas agujas que vulneran la biofilia de los seres humanos; el rebelde es un conquistador de sí mismo, alguien que rescude esa intrincada telaraña de dominios que manisten su cuerpo: el rebelde es siempre el héroe, aquél que inflama en el cuerpo de otros el deseo de libertad, aquél que se rehace de sus despojos e incita a otros con su valor para que se rebelen. El rebelde es siempre un loco cuyo cuerpo revienta de ansias libertarias; se levanta por encima de los otros y reta su autoridad, su heroicidad no mide las consecuencias, no piensa si con ello le va la vida: está dispuesto a todo. El arrojo es su distintivo por excelencia.

Así pues, la des-obediencia, la in-subordinación, es un acto pro--

fundamente violento que arraiga en cada una de las células del cuerpo, el enervamiento es tan poderoso que nada importa de las consecuencias. El insubordinado se rebela contra el Todo, jugándoselo todo. No se piense que cualquier acto rebelde es libertario: lo es sólo lo aquél cuya intención definitiva no pretende subordinar a otros a su vez y que apunta a la conformación de un orden de relaciones más democrático, humano y vital.

El hombre, a través de la historia de sus sociedades, ha inventado cientos de formas de contención para no destrozarse mutuamente: ha formalado las leyes. La ley nos ha convertido en seres medianamente pacíficos; gracias a ella aprendemos a moderar nuestros instintos. - Atemperar nuestra beligerancia, es la labor de la ley: Si quiero vergerme, tengo que recurrir a los tribunales, no puedo desatar mi cólera so riesgo de ser castigado. Pero el problema no es que el hombre se vea obligado a asumir la costumbre, la ley o la moral; sino que éstas no constituyan una barrera infranqueable a sus deseos. Mi deseo no puede desear lo mismo que otros deseos, por ello busco el momento y el punto de su realización: mi deseo será logrado justo cuando se pueda realizar, y ello no puede ser obstáculo a la consolidación de la comunidad como tal; si mi deseo se interpone al deseo de la comunidad, tendré que ser liquidado. El asunto es que, en nuestras civilizadoras sociedades, ¿quién es el que determine la voluntad general, el deseo colectivo?: el Estado, obviamente. Mientras éste atiende al interés de su voluntad, de su deseo -que casi nunca atiende al interés colectivo, sino a su muy particular vocación de poder-, tendremos que dominar con la espada desenvainada.(α).

(α) Confieso que la lectura del extraordinario ensayista René Girard aportó innumerables apreciaciones novedosas a la naturaleza del deseo y la violencia tan relacionadas ambas con lo sagrado. Lamentablemente cuando este trabajo fue elaborado desconocía la obra de tan brillante escritor, esto no es óbice para alterar de manera radical el sentido general de esta obra, la cual, estoy seguro, mantiene su coherencia pese a no incorporar los elementos tan significativos aportados por Girard al estudio de la comunidad humana.

La ley, la norma, las costumbres, siempre me inducen a que obedezca; nunca me preguntan por mi bien, siempre exigen que "esté bien" - que obedezca. Al poder no se le acepta de buena gana, se le asume y ya; si violento al poder y trato de manifestar mi voluntad, el poder se encargará de recordarme que en mí no mando yo, sino él. Mi poder no puede ir en contra del Estado; cualquier Estado no importando su naturaleza ni sistema social, abatirá a cualquier poder que trate de ir contra el de él, sea particular o colectivo. Pero no todo es trágico. Yo puedo querer lo que la sociedad quiera, la comunidad puede desear lo que yo deseo, más aún: la puedo convencer de que lo que yo deseo es bueno para ella; de este modo la sociedad aceptará mis deseos, mi programa y, en ciertas formas, mi voluntad. A esto se le llama democracia. Muchos pueden esportarme y querer lo que yo quiero; -- aun que yo desee el suicidio colectivo, por difícil que parezca, si la sociedad quiere, lo haré, no es imposible: ya una vez lo intenté, con Hitler.

Las normas, la moral colectiva, las costumbres, las aceptaré siempre que me permitan vivir en colectividad; tener una moral que acepte a la comunidad no es de ningún modo ostentar una visión mesificadora de la convivencia. Se confunde aceptación del género humano -- con desvanecimiento de las barreras que nos diferencian. El dilema es: o se es individuo, o se es masa. Nada hay más equivocado: el tener una vocación altruista no está reñido con el tener una conciencia egoísta, se puede ser lo uno y lo otro; no siempre todas nuestras

(*) Igualmente reconozco que otro autor casi mismo importante, menoscaba la profundidad de mi reflexión, ya que sus razonamientos acerca de la naturaleza de la "jerarquía" son de imprescindible utilización para dotar a este estudio de alcances más amplios, me refiero a Louis-Dumont y a su estupendo libro sobre las castas en la India: "Homo Hierarchicus".

actividades confluyen en nuestro interés, muchos de nuestros actos -
ven dirigidos a congraciarnos con el prójimo, son orientados por el
deseo de amar y ser amado. Ya se que me dirán que esa condición es
sólo transitoria, que la más de las veces el hombre obedece a sus im
pulsos destructivos, que me bastaría compartir cierto tiempo con o-
tros hombres para que afloren sus púas y nos lesionemos mutuamente:-
pues somos púas y somos piel, epidermis que se electriza, se magneti-
za, que se atrea y se repele; somos de sal y de azúcar, no somos mo-
nolíticos, más bién tenemos vocación plurimorfa. El hombre es eté-
reo, terrícola, anfibia, polvo de estrellas, cauda de un meteorito;-
somos tan grandes como nuestros fantasmas lo permitan, y tan enanos-
como nuestros complejos lo soporten: de miel y de hiel (1).

La convivencia implique un orden, una serie de mecanismos que impi-
den nos destroceemos unos a otros: se dice fácil: "hay que ser autóno-
mos, el cuerpo debe ser soberano, "sin ley y sin rey", pero lo único
real es que los hombres no sólo no tienden a ser independientes, si-
no que una especie de ensis cósmica los incita a ser devorados por -
el Todo; quizás se debe a que estamos arribando, como sociedad de ma
ses, a ese collejón sin salida que se denomina comúnmente "progreso";
vía del desarrollo inconmensurable de las fuerzas productivas. Para
ce que el imperativo social más importante es dar cauce a los impul-
sos desintegradores de los hombres a través de sus instituciones, é
to es, a través del Estado.

Orden en este maremágnum atómico. Alberto Camus intente ayudarnos:
"Cuándo decimos que un hombre ha puesto orden en su vida? Es neces-
ario para ello que se haya puesto de acuerdo con su vida y que haya -
conformado su conducta a lo que cree verdadero". Y preguntamos: ¿en
qué cree la gente del mundo de hoy?, ¿qué considera verdadero? Estas
interrogantes nos lanzan de lleno a un stolladero: ¿cree la gente --
que cree?, o ¿cree que no cree? Nada podemos contestar hasta que no
sean los propios individuos quienes se planteen estas preguntas.

Pero retornemos a nuestra reflexión sobre el cuerpo. Así como aprendemos a ser receptivos y a identificar las enfermedades que nos aquejan -padeciéndolas-, así también aprendemos a ser receptivos, -sensibles ante una amenaza de castigo. El cuartel es el cuerpo y la voluntad de obediencia, lo que la cárcel es el prisionero: la obligación y la sumisión ilimitada. Del otro lado del espectro está la moderna educación tradicional, que enseña a lo mismo, a someterse mediante métodos más sutiles.

NOTAS:

(1) Acerca de las contradicciones del hombre, Pascal nos muestra esa descarnada ambivalencia que somos como seres humanos, y nos incita a amarnos y odiarnos simultáneamente, nos empuja a estimarnos en nuestro valor: "Que se ame, porque hay en él una naturaleza capaz del -- bien; pero que no se ame por ello las bejatas que hay en él: Que se desprecie, porque esa capacidad está vacía, pero que no desprecie por ello esa capacidad natural. Que se odie, que se ame: hay en él la capacidad de conocer la verdad y de ser dichosos; pero no tiene -- verdad, o constante, o satisfactoria". El hombre, asegurs, es naturalmente crédulo, incrédulo, cobarde, temerario.

Si se ensalza, le humillo
Si se humilla, lo ensalzo
y le contradigo siempre,
hasta que comprenda
que es un monstruo incomprendible.

"Qué quimera es, pues, el hombre? ¿qué novedad, qué monstruo, qué -- caos, qué montón de contradicciones, qué prodigio? Juez de todas las cosas, indefenso gusano, depositario de la verdad, cloaca de incertidumbre y de error, gloria y desecho del universo".

Lo que sucede es que el hombre sobrepasa al hombre:

"Reconoced pues, oh orgullosos, que paradoja sois para vosotros -- mismos; ¡humíllate, razón impotente; ¡cállate, naturaleza débil, entérate de que el hombre sobrepasa infinitamente al hombre y entérate por tu amo de tu condición verdadera, que ignoras;" (Blaise Pascal, Obras).

CAPITULO DOS
EL ADIESTRAMIENTO

La insistencia en el uso del cuerpo para sensibilizar las finas fibras del control sobre los hombres; el ejercicio y el uso sistemático del cuerpo, ese receptáculo en que quedan grabadas todas las experiencias de orden y control; el uso y adiestramiento del cuerpo para que a través de éste los seres humanos profesen una voluntad proclive a la servidumbre; el empleo del cuerpo para enseñarlo a obedecer. A todo ésto se le llama educación.

En el Instituto Militar el cuerpo debe enseñarse a soportar, debe aceptar todas las empresas a que lo induzcan, empeñarse en tolerar todos los daños que le inflijan para hacerlo receptivo y perceptivo a cualquier orden. El cuerpo debe sufrir una capacitación que lo moldee para la asunción del mandato; el cuerpo tiene que aprender a ser fuerte en el arte de tolerar cualquier orden, y el medio ideal para lograr este acondicionamiento es el castigo. Por supuesto que todos los castigos van dirigidos al cuerpo: es él quien deberá aprender qué hacer, cómo y en qué momento; sobre él se ejercerán todas las medidas que sirvan como "correctivos disciplinarios", no importa que se emplee un método suave o duro, sangriento o seductor. El cuerpo debe acondicionarse a la docilidad, un cuerpo dócil es dúctil, maleable y altamente reactivo al mandato.

La idea de castigar para que se acate una voluntad ajena es bastante antigua, y en todos los tiempos ha tenido sus defensores. El cuerpo es el centro de atención del reformador, educador u oficial militar (1). Ocupa particularmente la atención de los militares y en ningún momento puede, so riesgo de "relajar" la disciplina, pasar por alto todo el ritual ligado al ejercicio militar.

Mediante el adiestramiento corporal cualquier tipo de hombre puede ser modelado, tal pareciera que el cuerpo tiene un cerebro propio que aprende por sí sólo; todas las experiencias de nuestra vida quedan "retratadas" en él. De mil modos, de miles de formas el cuerpo nos ocupa hasta la muerte: constituye el principio y el fin de todas las reflexiones humanas. Nadie ha determinado los alcances de lo --

que un cuerpo puede hacer, y seguramente sus logros estén en función directa de la manera y la intensidad con que se aplica, con que se esfuerza (2). Nuestra coraza terrena puede muchísimas cosas, esto lo saben los cancheros de la libertad humana, por eso insisten en castigar el cuerpo, en flagelarlo: el castigo, repito; es el instrumento más eficaz para educar al cuerpo en el arte del sometimiento.

Los castigos son muy variados. en el Instituto Militar decir castigo es hablar de la atmósfera natural que se respira; desde la mañana hasta la noche, el castigo flota como la esencia más pura del ambiente, cada partícula de aire debe hablar de la posibilidad, de la eventualidad de ser castigado; el castigo es el militar lo que el agua al pez. No es necesario que haya violencia de persona a persona, pues a distancia se siente la voluntad de la orden; muchas veces se oyen estruendosamente, el amanecer, cornetas y tambores infernales que aspiran a cierta sintonía y anuncian en el aire la orden: ¡a levantarse; Desde ese momento todas las acciones del cuerpo dejan de ser autónomas, no se le pregunta si ha descansado (pregunta tonta y pueril), simplemente se le ordena: ¡Levántate; Entonces el cuerpo ajusta su ritmo e imprime una velocidad desmesurada de sus movimientos: Cualquier retraso al vestirse tiene como corolario un castigo: después una marcha rítmicamente hacia el congelante frío del petio, con la sola protección que brinda el uniforme.

Levantarse en las mañanas por el gusto de deleitarse con el alba y de respirar aire fresco es un goce del cuerpo, pero hacerlo obligadamente es un castigo. Los arquitectos del productivismo profieren -- muy cristianamente: "Dios ayude al que madruga". Lo bueno es que -- Dios nunca se acuerda de los militares, ya que no producen nada: tal vez es por eso que viven tan alejados de los deleites mundanos. Toda su vida, su cuerpo debe estar capacitado para el rigor, para el sufrimiento.

NOTAS:

(1) "El derecho a castigar -dice Henri Sanson, verdugo de profesión y ejecutor de María Antonieta- es una necesidad inherente al orden social; es un derecho incontestable... de la sociedad". El mismo -- Sanson nos ilustra al respecto: "Acostumbrábase en Francia en el Siglo XI, época en que la validez de los contratos descansaba únicamente en la fe de los testigos, a pegar bastante fuerte a los jóvenes y niños el día en que se firmaba un acto, para grabarles en la memoria aquel hecho importante, existiendo la misma costumbre en España con motivo de la ejecución en horca, pues más de una madre acostumbraba llevar a sus hijos de corta edad a aquel espectáculo, y pegarles -- fuertemente en el momento de dar el moribundo el último suspiro, para que aquel ejemplo grabado profundamente en ellos les preservase -- para siempre de semejantes crímenes".

Este simpático "profesionista" duda en otro lugar acerca de la efectividad de su trabajo: "Créase por este medio espantar el crimen, como si la idea del castigo y de los tormentos pudiese detener al -- hombre en el momento de perpetrarlo" (Henri Sanson, Historia de un Verdugo).

(2) "... nadie ha determinado hasta aquí lo que puede el cuerpo, esto es, la experiencia no ha enseñado a nadie hasta aquí lo que el -- cuerpo, por las solas leyes de la Naturaleza en cuanto se le considera sólo corporea, puede lograr y obrar, y lo que no puede, sin ser -- determinado por el alma. Pues nadie ha conocido hasta aquí tan exactamente la fábrica del cuerpo como para poder explicar todas sus funciones, por no hablar ahora de que en los brutos se observan muchas cosas que exceden largamente la sagacidad humana, y de que los sondg bulbos obran en sueños muchísimas cosas que no se atreverían a obrar estando despiertos; lo que muestra suficientemente que el cuerpo mismo puede, por las solas leyes de su naturaleza, hacer muchas cosas --

de las cuales se admira su propia alma". (Baruch Spinoza, Ética).

La finalidad del entrenamiento en las artes marciales, es el menor precio del dolor, el camino budista: es necesario conocer el dolor - en la misma medida en que es necesario conocer el placer. Ni uno ni otro debe dirigir el camino del hombre, pero será imposible dominarlos persiguiendo en la ignorancia. El hombre es vehículo -cuerpo- pero también algo más elevado -alma, espíritu, hata- y su finalidad- deberá ser la armonía -wa en japonés- para que entonces la verdadera serenidad se apodere de su ser. Sólo desde este ángulo puede entenderse que el pensamiento oriental encuentra compatible la vida y la muerte, la guerra y el gozo. Quien toma el camino del guerrero tendrá que sufrir, pero no con fines de castigo, penitencia o disciplina, sino para adquirir conocimiento y en última instancia: paz. La disciplina irá implícita y autoimpuesta en el camino del aprendizaje.

Suavemente, de manera inadvertida, el adepto descubre límites desconocidos para su resistencia. Somete su cuerpo al imperio de su mente y rompe las barreras de lo que consideraba imposible. El resultado final es un hombre pacífico que evita la violencia pero que no teme ejercerla en caso necesario, pues el resultado es lo menos importante y la muerte una incomodidad pasajera. (Agradesco este comentario a Héctor Chavarría).

CAPITULO DOS

EL EROTISMO

Dice Nietzsche que incluso el más valiente entre nosotros tiene rara vez la valentía de asumir eso que en el fondo él sabe.

En el Instituto Militar esta situación adquiere rasgos patéticos y grotescos. Todos los cuerpos que ahí habitan se miran a sí mismos, se conocen en la proximidad del vecino y hasta en el detalle del cuerpo lejano; la mirada cambia de objetivo en una errabundez poco púdica, se escudriñan todas las facciones y pliegues de la piel: muchas veces queda fija con cierta fascinación, al imaginar la textura de una piel amiga. La mirada, sólo la mirada, debe atreverse a mancillar, a sugerir, a aprobar todo lo relativo al cuerpo del otro: no se vale retenerla más de lo debido, esto es, más allá de la fugacidad con la que nuestros torpes ojos logran recuperar la ecuanimidad. Cada cuerpo es asumido también como una ínsula a la que hay que separar lo más estrictamente posible de los otros cuerpos, es decir: debo manifestar con mi cuerpo la rígida separación que me deslinda de los demás, debo impedir -por razones de estética-militar- que se le toque, que se le mancille con la palabra, con la mirada o con otro cuerpo; en pocas palabras: necesito separarme de los demás cuerpos - en franca actitud enemistosa.

Cada uno mira el cuerpo de los demás con esa mirada torcida que nunca ve directamente; se miran las arrugas, las cicatrices, la elocuencia, la virilidad: siempre la virilidad es eso que todo el mundo sabe pero que se niega a reconocer, esa parte abultada y prominente de nuestro bajo vientre que cuelga exangüe, como la protuberancia más destacable de nuestro cuerpo.

En el Instituto Militar se ha abandonado aquella imagen mítica y romántica del guerrero que ama y se sacrifica por otros guerreros. En la Ilíada, Aquiles lucha por el amor de Patroclo, pero esta imagen del guerrero susceptible de amar a otros hombres ya no podemos siquiera señalarla: hoy la condición del militar exige un claro distanciamiento entre las emociones de unos y otros, un alejamiento e-

fectivo de los cuerpos; más aún: ver los demás cuerpos como si se -- tratase de potenciales enemigos. ¡Si supieran que Hércules estaba a Iolao y combatían juntos; (1).

La Institución Militar desconoce la solidaridad de los cuerpos. La paradoja es que un batallón, una compañía, puede marchar como un solo hombre, como un solo cuerpo con movimientos rítmicos y acompaña-- dos: todos actúan al unísono con una perfección mecánica insudita. -- Sin embargo sus cuerpos deben mantenerse profilácticamente alejados, no contarse con un roce que pueda ser fatal para el "relajamiento" de la disciplina. Todos los cuerpos se excluyen frente al otro; son asumidos como el resguardo de una dignidad que no tiene nombre y que suele denominársele "hombría", "valentía", etc.. Cada cuerpo tra-- za una imaginaria línea divisoria y aparece mínimamente separado de otro cuerpo. En la formación militar los cuerpos marchan casi tocán-- dose, duermen muy aproximados, conviven siempre rozándose; sin embar-- go la prohibición de tocarse es un hecho que no da lugar a explicac-- ción, tal vez de aquí derive una especie de erótica de los movimien-- tos militares: cuando se marcha erguido, cada cual siente por todos-- lados la proximidad de otros cuerpos, el mismo compás corporal que -- lo acompaña en sus movimientos.

En el Ejército el cuerpo está des-sexualizado; si los militares se atrevieran a tocarse, aparecería de inmediato el estigma con el que se ha marcado la renuncia del hombre a su poliformidad sexual, esa -- enfermedad llamada homosexualidad. La otra cara de Jano consiste en que todo el discurso militar, todo el trato que se prodigan los solda-- dos, se halla profundamente erotizado, sus juegos están llenos de expresiones, genuflexiones, espavientos que no dan lugar a equivoce-- ciones acerca de la profunda significación sexual que encubren; adem-- más no son acciones esporádicas, sino que constituyen el trato coti-- diano y permanente.

Se trata de que los cuerpos vivan acompañados, de que siempre--

se revelen ante otros cuerpos como ajenos y propios, de que simultáneamente rivalicen en belleza y fuerza con los demás cuerpos, y para ello es necesario exhibirlos. Todas las rutinas y los ejercicios militares se realizan mirando otros cuerpos, a veces una espalda, - unas nalgas o una guardia frente a frente.

Los cuerpos deben ser invisibles y sin embargo están ahí, erotizando un ambiente que nadie se atreve a expresar.

Y los sanitarios son testigos mudos de lo que digo, donde cada -cual, al orinar, observa de soslayo eso con lo que compete.

Pareciera que todo el Instituto Militar estuviese lleno de sexo, un sexo muerto que a la vez deambula cual fantasma por todo el - ambiente; todos saben que ahí está, todos lo respetan, lo temen o - se burlan.

Por otra parte existe dentro de los Institutos Militares una mar cada tendencia anti-femenista, a considerar todo lo relacionado con la mujer como símbolo de la degradación de los valores más puros en tre ellos, como la hombría, incluso hay generales que aseguran que si dejara de haber guerras las naciones se afeminarían, con ello de - jan en claro que los hombres -me imagino- nos transformaremos a tal grado que nos convertiríamos en homosexuales, de ahí al suicidio, - debe existir un paso. El capitán Foley, comandante de la Institución de la Formación de Cadetes de la Armada en Dartmouth, prohibió que se tocara el piano en los ratos libres por considerarlo una actividad afeminada. Dixon relata otro caso relacionado con el oficial Gerald Laing: "Cuando estuvo en Irlanda del Norte Gerald había vuelto a uno de sus primeros amores, la pintura, y una vez en su destino - de Alemania fue a clases de arte para aprender. Conforme crecía su pasión por la pintura, más exagerada se hizo la desaprobeción del - ejército y las cosas llegaron a un punto en que parecía que había - una lucha ideológica constante... Para el vice-ayudante, un joven - rubio de nariz respingada, la palabra "artista" era equivalente de - "homosexual".

Un día me arrinconó en un pasillo (se suponía que yo tenía mala influencia sobre Gerald) y me dijo desesperadamente: "Oiga mira...; no tengo nada contra el arte, pero los maricas son una mala cosa... ;en serio;... ;me dan asco; (Citado por Norman F. Dixon).

Pienso que no hay contradicción a escala social. Las mujeres están consideradas la parte débil, de ahí que ser femenino es el símbolo de la debilidad y por el contrario los Institutos Militares se busca asociarlos con expresiones viriles, la hombría que tiene como manifestación más clara la fuerza. Así que podemos establecer la siguiente relación: militar = hombres - fuerza, valor, violencia, -- agresión; lo militar es por tanto el arquetipo de valores muy codificados.

NOTAS:

(1) "Felices los que aman cuando son amados en recompense", dice Bión en su octavo idilio, y luego presenta tres ejemplos de esos amores felices, "Teseo y Piritoo, Orestes y Píledes, Aquiles y Patroclo". (André Gide, Corydon).

Plutarco, en su Vida de Pelópidas, nos habla de la condición sentimental del guerrero: "El batallón sagrado de los Tebanos fue organizado, según dicen, por Georgias y estaba compuesto por trescientos hombres escogidos. El Estado subvenía sus gastos de instrucción y soste-
nimiento... Pretenden algunos que aquel cuerpo se componía de amantes y de amados, y se cita, acerca de ésto, una frase divertida de Pámme-
sis: "Hay que colocar al amante junto al amado, pues a un batallón --
formado por hombres enamorados los unos de los otros sería imposible-
destruirle y desbaratarle, porque los que le compusieran afrontarían-
todos los peligros, unos por adhesión hacia los que fuesen objeto de-
su amor, y otros por temor a deshonrarse ante los ojos de sus amantes"
(Plutarco, citado por Gide en Corydon).

Véase también: "Saisendó" de Gustave Flaubert.

En un intento por resuscitar viejas tradiciones guerreras, los soldados alemanes de las SS firmaban con su juramento "Treue bis zum to-
te" (fieles hasta la muerte) el compromiso de darse muerte mutuamente
antes de caer en manos de sus enemigos.

CAPITULO TRES

LA VIOLENCIA

REFLEXIONES SOBRE LA VIOLENCIA

I

Vivir es una curiosa aventura, plasmar en uno mismo paradojas cuyo solo planteo no tiene solución. "Hace mucho un hombre guardaba un ganso dentro de una botella. Creció tanto que ya no podía salir más de la botella; el hombre no quería romper la botella ni lastimar al ganso. ¿Cómo podía sacarlo? (Koan Zen) Probablemente el superar este tipo de planteamientos sea lo que le permite al hombre evadir esa locura racionalista con la que pretende resolver sus conflictos interiores. La violencia y la sexualidad son dos energías vitales que mueven al hombre. ¿Cómo aplacarlas sin destruirlo? ¿Cuál es la fórmula para apaciguar lo que no admite control? (1).

La Institución Militar proclama como única forma de coexistencia la violencia, pero simultáneamente aplasta los otros instintos; la sexualidad no tiene cabida, y con ello se logra una anulación tan perfecta del individuo que sólo queda el recurso del sometimiento. El costo es muy alto, el cuerpo se satura de instinto, de violencia, hasta que está listo para descargar una furia asesina sobre quien sea: se es, de esta manera, una perfecta máquina de matar. Al militar no se le prepara para la obediencia, se le troquea para el crimen: ¿de qué otra manera puede explicarse el orgullo del piloto que arrojó la bomba atómica sobre Hiroshima?

Algunos piensan que la violencia es el resultado del temor, la frustración y las privaciones, todo ello sin considerarla parte substancial de la naturaleza humana. Existen muchos argumentos para considerar estas razones como reales. ¿No fue acaso el temor lo que incitó en Francia a la matanza de los hugonotes?

También es cierto que influyeron las pugnas interclericales: ¿Cuántos odios no se estizan cuando se trata de la religión? Todavía hoy, en pleno siglo veinte, donde se supone reina la "ciencia", los

hombres continúan desgarrándose y matándose en "defensa" de su laica religión (2).

En el fenómeno de la violencia confluyen muchos factores; es difícil precisar en cada caso cuál es el motivante. Según Johannes Bronsted, los vikingos estaban poseídos por el deseo de sobresalir en el combate, por la sed de gloria y del desprecio a la muerte; si esto es cierto, en muchos sentidos abundan aún hoy los vikingos en la sociedad moderna. La idea de sobresalir debe constituir un impulso natural en los seres humanos. En lo que concierne a la etología, encontramos ciertos ejemplos en que los animales de casi todas las especies contienden entre sí y con otros animales. El sitio del liderazgo es buscado de muy diversos modos, y el más usual es, por supuesto, la violencia. Supongo que esto se explica por el deseo de no ser aplastado por otros, aquello de que para la realización de un deseo se hace necesario impedir, sabotear, manipular los deseos de los "otros". Se trata, como se puede colegir, de la eterna historia de la justicia y del bien común.

Sólo el hombre glorifica sus actos. Los animales pelean entre sí buscando un ordenamiento social por el que tienen que luchar permanentemente; en cambio, al hombre que logra una situación de poder -por herencia o por demencia- le basta usufructuar su triunfo manteniendo una guardia personal que se encarga de protegerlo; la gloria sólo es comprensible a la luz de una obsesión humana por el poder, se quiere con ello lograr el respeto público, mismo que le es negado cotidianamente. La gloria se enlaza con el desprecio a la muerte, se piensa que quien accede a ella lo hizo "no importando -- las consecuencias", y por tanto se le toma por un valiente.

Algunos autores intentan no mezclar agresión y odio: se puede ser agresivo con el árbol que se está cortando, pero no por ello odiarlo. Pienso que las motivaciones violentas son difíciles de explicar, sobre todo al momento en que ocurren. La violencia es quizá-

la emoción más espontánea de los seres humanos, surge aparentemente de la nada y vuelca toda su furia rápidamente sobre aquello que considera su agresor.

Al "espíritu de combate" los griegos le asignaban un sentido parecido a la alegría; el deseo de luchar de los guerreros contenía un aire festivo. El boxeo moderno puede guardar cierta reminiscencia de ese alegre deseo de aplastar al oponente: el único problema es que son sólo dos contendientes quienes satisfacen ese recóndito deseo de lucha de miles de espectadores; al respecto, un comentarista deportivo se pregunta y responde acerca de la brutalidad del boxeo: "¿Qué quieren humanizar el boxeo? Tiempo perdido. Ya éste humanizado. Esa es su esencia: la brutalidad humana. Su esencia y su desgracia" (Ramón Márquez C.).

Entonces lo que resalta a primera vista es el nombre con toda esa carga de brutalidad que le es característica, que sólo parece que se desvanece cuando le falta fuerza y vigor, cuando está viejo y acabado. Mientras mantiene un poco de energía, el hombre da la impresión de que puede acabar con todo y con todos. Esta lucha le mantiene como algo propio y necesario para su supervivencia; tal parece que compete por obtener lo mejor para sí mismo, que entra a una guerra colectiva para evitar que lo aplasten, logrando esto último sólo mediante la acción contraria: aplastando a los demás.

Los recursos que nos brinda este mundo son en muchos momentos finitos y limitados, lo que obliga a acentuar una feroz competencia. Esta circunstancia no sería tan efectiva si el mundo dispusiera de un caudal inagotable de bienes, pero estoy seguro de que el hombre inventaría, aún así, nuevas caracterizaciones para contender: desarrollaría nuevos mitos, ampliaría la escala de deseos, haría uso de nuevas estrategias que le obligaran a luchar con otros, todo esto para demostrarse a sí mismo que es el mejor en su género: una especie de propósito de excelencia, de perfección, que lo empuja más de

sí mismo y de los demás. En este tipo de lucha el hombre no corre el riesgo de exterminarse (no hablo, por supuesto, de la eventualidad de una conflagración nuclear);afortunadamente el hombre siente miedo de sí mismo y, sobre todo, de los demás; los mecanismos de contención del miedo le obligan a ser sumiso, a buscar protección, a no provocar la guerra a los otros: la huida es el acto, el movimiento más primitivo que existe, y no ha llegado el momento en que el hombre desee emanciparse del miedo. Este le ayuda a preservarse de entes más poderosos que él mismo.

Aplazar y dominar a los demás tiende a verse como signo de inmadurez, la inseguridad con uno mismo. Los que se atreven a realizar el psicoanálisis de la historia del hombre descubrirán que este argumento es bastante endeble o sólo explica una parte de esa enorme ansiedad del hombre por sobresalir, aplastando a los demás. Decir que alguien es inseguro es decir mucho y poco a la vez: existe un brillo invisible, un aura inefable, una refulgencia de la personalidad en aquel que ha logrado elevarse por encima de los demás. Advertido que no estoy cuestionando la validez de tal ascenso, no me interesa, en términos morales, si esa elevación es humanamente aceptable o no. Resalto un hecho que queda como mágica ficción en la "inconsciencia" de la masa. Quien obtiene poder, por el medio que sea, adquiere con ello "prestigio" (α), y "reputación"; repito que no me interesa saber si es cuestionable o no ese honor: me limito a destacar como un hecho real el que la mayoría de los seres humanos está dispuesta a "admirar" a quien así ha logrado el poder. Queda fuera de toda duda que la violencia es un vehículo para lograr un "status"; la gente comenta: "será un criminal, pero es muy astuto", con lo cual acepta como un detalle incuestionable la situación de

(α) De "praestigia" que significa: Fantasmagoría, sortilegios.

que en esta vida el hombre puede servirse de todos los medios que estén a su alcance para lograr lo que se propone. Se observa como parte destacable en el desempeño de la violencia el hecho de que ésta se agudiza aún más cuando involucra miembros de distintas especies: insectos sociales, como las abejas, termitas y hormigas, se dan a la tarea de destruir a cualquier miembro ajeno a su colonia, aunque sea de su misma especie.

A los seres humanos se les diferencia primeramente por su color (raza) y se dice que los diversos colores generados por éste, constituyen un elemento detonador para la violencia. En la década de los 60's, los Estados Unidos enviaban negros a meter amarillos para que defendieran a los blancos y estos le quitaran su tierra a los pieles rojas; este juego de pieles, ilustra en mucho la manera en que en esa época se agudizaron los conflictos inter-raciales. Sin embargo se desarrolló simultáneamente un movimiento contestatario con características distintas: los hippies. Los hippies se mezclaron unos con otros, elevando mutuamente sus diferencias raciales. Los cosas se juzgan por sus resultados, y, si atendemos a esto, los hippies no dejaron una herencia considerable; pero su lucha no fue estéril: de no haber sido por ellos, los Estados Unidos no serían lo que ahora son, y sufrirían aún más los desgarramientos propios de las luchas raciales. De cualquier forma, en la consideración de la violencia, de la que los militares tienen el monopolio, es importante añadir el factor racial como un imponderable en el desencadenamiento de la agresividad. En la Rusia de los bolcheviques una de las tareas más importantes fue la "rusificación" de la URSS, lo cual como es de suponer, planteaba el exterminio de los caucásicos, mongoles, etc., fue una lucha que -para conocimiento de los pro-soviéticos de nuestros países- dejó un saldo de miles de muertos, todo debido al "internacionalismo proletario".

NOTAS:

(1) Un ejemplo de esto es la película Naranja Mecánica, de S. Kubrick. Un joven rebelde que vive en y perece la violencia, ataca con su pandilla todo lo que hiede a vida, sea del tipo que sea; violencia exacerbada contra la sociedad, que culmina con un asesinato que le lleva al presidio. En éste, es sometido a una terapia "regeneradora que le hace "bueno", con demérito de todos sus instintos, incluso los sexuales: un ser anulado en todo lo poco que puede valer un ser humano que vivía exclusivamente para causar daño a sus prójimos". Con esta terapia se torna "bondadoso", pero se anula su gusto artístico: suprimir la violencia por medio de electroshocks, drogas o lo que sea, acaba con los impulsos vitales de los sujetos. - ¿Debemos aceptarnos con toda esta terrorífica carga de destrucción y autodestrucción?

(2) "El primero de marzo de 1562, Francois le Belsfré, Duque de Guise y su hermano el Cardenal Carlos de Lorena, viajando de Joinville a París, hicieron un alto en Vassy para descansar. Era domingo y - en aquel pueblo los protestantes (hugonotes) celebraban su culto en un establo. El Duque les ordenó que salieran de ahí para acudir a la iglesia católica a oír miss. Los hugonotes le contestaron con altanería y con gritos de "papista" e "idólatra"; la respuesta de los hermanos Guise fue la de ordenar que dispararan sus guardias, y ellos mismos cargaron una y otra vez sus arcabuces en contra de los reunidos. Fue un centenar el número de víctimas, y los heridos que pudieron salvarse lo hicieron con grandes penalidades o simplemente fingiéndose muertos. Esta matanza perpetrada por los Guise fue el comienzo del gran exterminio de hugonotes en Francia".

(Michel Herr, Los Guise y la matanza de los hugonotes. Excelsior, - 27 de junio de 1983). Esta situación tuvo un bestial desenlace el 24 de agosto de 1572, día de San Bartolomé, en la penosamente famosa "Noche de San Bartolomé; un ejemplo de la más pura abyección del odio humano.

II

Conozco gente buena que estaría bien dispuesta a estrellar su su-
to contra una multitud, gente que no tiene pasado "psiquiátrico", -
así como a otros tantos "revolucionarios" que aceptarían con humil-
dad el exterminio de indígenas para que ya no sufrieran; también -
hay quienes apoyarían gustosamente una limpia de "nacos", y quienes
-buenos hombres, por supuesto se inclinarían satisfactoriamente an-
te la idea de una guerra nuclear "limitada". ¿Qué existe en los se-
res humanos que tan dispuesto estén al castigo de quienes conside-
ren "estorbos" de la civilización? Baste con cambiar el nodino y
obediente empleado público a un cargo de poder y veréis aparecer a
la verdadera bestia que se mantenía disfrazada en él. Los hombr-
se muestran dispuestos a cualquier "profilaxis" social con tal de -
que no sean ellos los afectados: una propensión curiosa a aceptar -
el castigo y a inflingirlo a los demás, mas no en el pellejo propio;
a esta situación no se le puede denominar absurdamente "deseo de so-
brevivencia", puesto que muchas veces no está en peligro la propia-
vida (1).

Quien obedece la orden de matar, siempre esgrime como atenuante -
que "así me lo ordenaron"; mediante este mecanismo todo queda justi-
ficado: sólo hay que rastrear al primer dador de órdenes para encon-
trar al culpable, y de esta forma nos hallamos de golpe ante la i-
naudita capacidad del hombre para someterse. Nada es posible expli-
car a la luz de la "racionalidad" sobre este supuesto animal pensan-
te; de nada sirve navegar en el mundo interior del hombre sabiendo-
que al final de cuentas siempre hará lo que le ordenen que haga. -
Al demonio con discusiones sobre el "libre albedrío", la "libertad"
y los "escrúpulos";. El hombre no es aquel cuyo voluntad le permite
elegir tal o cual situación de su vida: se trate de un autómate que
juega a ser libre en la paz, y a ser robot en la guerra (x).

(x) Dumont nos señala la extraordinaria paradoja de la vida social -

Se dice que la guerra cambia cualitativamente la vida cotidiana del hombre, que logra imponer el azar, lo fortuito. ¿Quiere este decir que cuando no hay guerra desaparece lo azaroso de la vida? No. Quienes sostienen este argumento se defienden diciendo que con la guerra se acaban los insumos y se cancelan actividades que normalmente se realizan. Pero ¿logra la paz armonizar la vida de los hombres?, ¿logra erradicar la angustia existencial?, ¿la lucha por vivir?. Digamos que la guerra es una lucha descarada y la paz una lucha soterrada. Los hombres siempre luchan y combaten entre sí: la guerra les concede licencia para desatar sus más crueles instintos en toda su pureza. Estoy casi convencido de que quien obedece la orden, de matar conlleva dos responsabilidades: cumplir una orden, y satisfacer su propio deseo de matar (&&).

No puedo imaginar a un miembro del pelotón de fusilamiento que, -impávido y sin el menor asomo de sentimiento (cruel o compasivo), - dispere impunemente sobre un blanco inerte condenado por una ley -- que él mismo desconoce, y, sin más, se retire marcialmente a tomar su desayuno. ¿Comentará que esa mañana ha ayudado a cegar una vida? ¿Se regocijará o quejará al narrar el momento en que el ejecutado se desplomaba bajo el impacto de las balas, bañado en sangre? ¿se-

(&)... moderna del hombre. Existen dos dogmas incuestionables la libertad y la igualdad que son asumidas de manera individual sin -- confrontarlo con la realidad social que hasta hoy nos hace nugatorios tales valores. (Homo Hierarhicus).

(&&) No dejaré de insistir en el aporte tan importante que constituye la obra de René Girard para dilucidar la naturaleza tan importante que cumple la violencia -en todas las épocas- como mecanismo de regularización del equilibrio social al través del dispositivo del "Chivo expiatorio". Véase: "La Violencia y lo Sagrado", "El misterio de nuestro mundo", "Literatura, mimesis y antropología" y "Mentira romántica, verdad novelesca".

impresionará por su relato o simplemente lo platicará como quien habla de un accidente trivial de la vida? ¿Se atreverá a contarlo?.

La obediencia, según Anthony Storr, es adaptiva (2). Y cuesta trabajo aceptar esta naturaleza adaptiva si con ello se pretende explicar ciertos mecanismos de ajuste a una realidad ya dada (la guerra, en este caso), pues se parte del supuesto de que éste siempre fue irremediable.

NOTAS:

(1) En algún experimento, S. Milgram preparó una situación en la cual una cantidad de jóvenes norteamericanos normales creían estar estudiando los efectos del castigo en el aprendizaje. "Con este propósito se les solicitaba que administraran choques eléctricos a un sujeto cada vez que cometiera un error en un simple proceso de aprendizaje. Además debían aumentar, después de cada error, la fuerza del choque. El resultado, alarmante o interesante, fue que dichos estudiantes normales continuaron administrando al sujeto este tratamiento, que ellos creían genuinamente doloroso e incluso potencialmente letal, a pesar de las advertencias marcadas en el aparato simplemente por que el experimentador les ordenaba que así lo hicieran". (citado por Anthony Storr en Sobre la violencia)

(2) "En los ejércitos... Es esencial la obediencia a los superiores; no únicamente porque los soldados deben desempeñar deberes -peligrosos y desagradables- que normalmente rechazarían, sino también porque a menudo se requiere movilizar vastos cuerpos colectivos como si fuesen una unidad. No me inclino a suponer que la tendencia humana hacia la obediencia sin cuestionamiento a la autoridad es un rasgo biológicamente arraigado, originariamente adaptivo por cuanto favorecería la supervivencia del pequeño grupo tribal que constituía la unidad social del hombre primitivo.

La obediencia aún es adaptiva. Baste imaginar el caos que sobrevendría si los individuos no obedecieran las órdenes de los policías, o desobedecieran las indicaciones de individuos mucho menos trascendentes que disfrutan de una autoridad temporal, como los organizadores de conciertos o reuniones públicas. Una de las características de la turba humana radica en su tendencia corderil a seguir a un líder; mucho más que en su ocasional descontrol" (Ibíd).

III

A la violencia se le estudia como a una enfermedad; demasiada violencia es síntoma de que el hombre tiene alterados sus mecanismos de convivencia. Cualquier descontrol en la sociabilidad de los sujetos es rudamente castigado: cárcel o manicomio espere a aquel que no respete la integridad física de los demás.

Obviamente esto es relativo, ya que el Poder puede liquidar a quien sea, mediante el sencillo expediente de su desaparición.

El Estado es el único que puede ejercer legítimamente la violencia sin que nadie lo acuse de "psicótico". Pues en verdad la única violencia posible en una sociedad organizada es la que aplica el Estado.

No pretendo ampliar esta idea: de ella se han ocupado ya muchos destacados escritores, sobre todo los de filiación libertaria; es conveniente mencionar el origen de la violencia para poder entender en mucho sus caracterizaciones individuales.

Cualquier cosa puede tornar violento a un hombre, desde el alcoholismo hasta la mosca que vuela. Nada de los llamados "actos" del hombre escapa a su violencia destructiva o no, con odio o sin él. Los avatares de la existencia están llenos de accidentes violentos. Desde niño se aprende que el método más efectivo para apaciguar y controlar la violencia es la represión. Conocemos sociedades en las cuales la violencia no es algo relevante en la cotidianidad, pero siempre se encuentran en ellas formas sublimadas para canalizar esa tremenda energía destructiva. Max Stirner nos explica de muchos modos cuando insiste en que el límite de mi derecho es el ego del otro; yo puedo hacer con mi vida lo que quiera, pero el punto de explosión con los demás siempre será mi atentado a su interés (estoy en mi derecho de matar al león, pero éste está en su derecho de comerse).

No es fácil dilucidar este vital fenómeno que constituye la violencia, porque todos los momentos de la vida del hombre transcurren con una carga altamente explosiva. Parece que la violencia es el medio a través del cual "cibramos" y penetramos en los otros; constituye, por la vía de la agresividad, el medio más idóneo para suabordinar a quien sea. Desde luego que en la vida cotidiana urbana la violencia reviste un sinnúmero de formas y variantes: ruido, tráfico, hacinamiento, conflictos vecinales, etc.. Creo que las llamadas "sociedades modernas" esconden un caudal de violencia como nunca antes lo vivió la humanidad, y digo esto porque antes los espacios eran más abiertos (habitat) y las posibilidades de venganza (satisfacción personal) eran más viables (reter a duelo, o ahorcamientos, o degollamientos en plazas públicas). Me parece que la necesidad de descarga violenta se expresa mucho en las contiendas deportivas.

Razones para violentarse sobran, y nada de lo que el hombre puede escapar a un estallido de violencia. Me sorprende sobremedera el observar, en lugares donde se aglomera la gente, cómo siendo el espacio tan reducido las personas evitan tocarse y se deslizan rozándose: debe ser un descomunal esfuerzo acrobático de evasión corporal. Cuando sucede un "choque" las disculpas no se hacen esperar y afloran como si de una letanía oriental se tratase. Nada hay más peligroso que una colisión humana: pretende verse en ella -aunque sea accidental- una agresión formal.

No a todas las personas les funcionan sus mecanismos de contención. Hay algunas que se pasan la vida "peleándose, hasta que les toca"; otras no resisten los dictados de su mala conciencia y se paprepentan fuertemente armadas en algún lugar inaccesible, para dar caza a cuanto cristiano se cruce en su mira telescópica: desde luego que el fin que prodigan es el mismo que esperan para sí. La mayoría, en un arranque de furia o desesperación, emprende de manera es

pontánea contra quien sea: estar se convierte en una necesidad irrefrenable. Nada detiene al homicida; es sorprendente que la mayoría de los casos de apuñalamiento lo importante no es tanto el liquidar al otro, sino la sevicia con que se perpetró el crimen.

Nuestro cuerpo es muy perceptivo al encuentro con la violencia, -- una alteración somática, neurofisiológica o de consencio extremo -- puede tornar sumamente belicoso a un individuo; es conocido ya el carácter en general malhumorado de los sordos: así, el carecer de -- sólo un medio que nos parece común y corriente es suficiente para -- alterar nuestro estado de ánimo; la angustia por no tener un correcto funcionamiento corporal o nos fortalece o nos enhiela, y la violencia se aplica entonces sobre uno mismo. Aunque también al clima se le asigne una influencia en el ejercicio de la violencia, por ejemplo cuando se habla de los "veranos sangrientos" (1).

El hombre siempre ha querido ordenar el tiempo de algún modo, quizá para darle coherencia a ese desbordante caos que lo desuicia cotidianamente (2). Y es que el tiempo está relacionado con la sempiterna incapacidad humana para recordar --por las razones que sean-- y darle coherencia a todos y cada uno de los hechos que se le van presentando a lo largo de la vida. El cristianismo, por ejemplo, recurrió a establecer dos órdenes de operación mental para organizar el mundo: el orden moral y el orden humano en general. Para evitar la dispersión de los distintos modos del pensar, siempre se trató -- de reducir todo a sistemas válidos para cada uno de los actos y pensamientos del hombre, y con ello se buscó darle una coherencia a la vida cotidiana: partición, sistematización, jerarquización y ordenamiento del tiempo para establecer ciertos "cánones" a los deseos y necesidades de la especie humana (3).

La naturaleza, digámoslo así, no se sirve sólo, la vivimos en y a través de nuestra conciencia, de nuestra historia (4). Existe, -- pues, un proceso de ajuste pasional con la naturaleza; se trata de

vivir el tiempo con un orden pasional muy parecido al de las vicisitudes cotidianas, aunque después intentemos separar nuestros pensamientos de nuestras emociones (5).

El Instituto Militar también organiza su tiempo, jerarquiza y divide su tiempo sagrado y profano; es importante que se entienda que la temporalidad personal no existe en él: adquiere únicamente dimensión espacio-temporal en función de las actividades que ahí se realizan. Desde el momento en que se ingresa desaparece todo indicio de tiempo particular, ya no es sino en función de las preocupaciones que giren alrededor del régimen castrense; todo, absolutamente todo -incluso la familia- queda subordinado al interés militar. Y qué decir de la sexualidad: ella misma es regimentada para hacerla "atractiva" en los días de sueto, justo premio al servilismo y el buen desempeño militar.

El tiempo castrense tiene sus ritos sagrados: izamiento de bandera, jura a la bandera, homenajes a la bandera, etc., así como el himno, los cantos al himno, la exaltación del himno, etc. No se realiza ninguna actividad colectiva que no sea acompañada de una exaltación al vigor, a la virilidad, a la fuerza, a la inteligencia, a la resistencia de la disciplina militar. En todas estas actividades se organiza el tiempo sagrado de los militares, y cada una de ellas es emprendida con la solemnidad propia de una misa. Se aprende a desactivar granadas como tomar hostias, atentos, desde luego, a todas las fechas sagradas que exalten la vanidad y la gloria militares. Se utiliza un ingenioso dispositivo propagandístico para que la imagen militar -el uniforme y todo el aparataje- aparezca como sinónimo de orgullo y fuerza, y como el componente más selecto de la sociedad.

En la foto o la película, al ataque o traje de gala, marchando o luchando cuerpo a cuerpo, el Ejército siempre -por supuesto- apeseta al enemigo. Tanto en los países del Este como en los Occidentales.

les se realice con asiduidad sistemática este tipo de propaganda,-- con la salvedad de que en estos últimos se puede ser pacifista y quemar las tarjetas de reclutamiento, cosa que en la URSS se previene con terapéuticos fusilamientos (ó). Afortunadamente en la URSS está creciendo día a día una conciencia crítica que probablemente mantendrá alejados de sus sueños de poder totalitario mundial a los dirigentes soviéticos. En la URSS de nuestros días pocos son los que creen en el dogma oficializado del marxismo-leninismo, nadie que sea medianamente inteligente logra establecer un nexo entre el "paraíso obrero" y la dura realidad. El hombre sigue empeñado en hablar de paraísos: no sabe --como diría Borges-- que los únicos paraísos son los paraísos perdidos.

Como ya hemos insistido antes, es en el cuerpo donde el Instituto militar pretende grabar toda la capacidad de obediencia y ceguera del soldado. Es el cuerpo el encargado de hacerse perceptivo a todas las órdenes; debe lograrse a través de la disciplina que el cuerpo actúe sin la intervención de ningún acto reflexivo: debe realizar cualquier mandato sin pensar. Naturalmente, donde más se espera que así lo haga es en todo lo relacionado con la violencia. Pues un soldado no es un soldado, si no obedece ciegamente la orden de matar, porque el acto de matar es la sustancia más preciada del soldado, su característica más relevante: su esencia. Un soldado que no obedece la orden de matar puede ser candidato a su propia muerte. Con ellos no se juega: cuando salen al escenario público, tanto los que observan su movilización como ellos mismos saben que obedecerán ciegamente la orden de matar si ésta se presenta. El matar es un derecho incontestable del poder militar, la crudeza y la brutalidad están asociadas a su existencia.

En las modernas sociedades se explica --o se intenta explicar-- cada uno de los casos de extrema violencia que suelen vivir los individuos. Dichas patogénesis son explicadas a la luz de "miles" de -

estudios, en algunos de los cuales se expresa que los seres humanos no tendrían motivos para ser violentos si no estuvieran frustrados- ni padecieran anormalidades físicas o genéticas, ésto es, creo yo; si se encontraran reverentemente muertos.

Los seres humanos se convierten, desde el momento mismo en que nacen, en seres demandantes (luz, aire, agua, comida), y en las actuales sociedades la condición demandante se exagera con necesidades- plensmente artificiales. Los adultos tendemos a resolver "como adultos" -ésto es: con armas en las manos- lo que de niños solíamos encarar de otro modo. (7).

Así pues, el hacer la guerra constituye para los militares el abo no fértil gracias al cual crece su poder. Hacer la guerra es justificar la existencia del Ejército, es darle valor a su razón de existir (8).

NOTAS:

(1) El diario Excelsior consigna una nota ilustrativa al respecto: "En lo que se cree es el primer estudio matemático a gran escala jamás realizado sobre la violencia humana, dos investigadores encontraron evidencias que relacionen la temperatura del medio ambiente con algunas formas de crimen. Los descubrimientos dados a conocer hoy, aportan fuerte base científica a la observación frecuentemente expresada por los sociólogos y autoridades acerca de que los asaltos y violaciones son más probables en el verano que durante las demás estaciones" (Contornos, julio 11 de 1983).

(2) "Lo más pideso del mundo, creo, es la incapacidad de la mente humana para relacionar todos sus contenidos. Vivimos en una plácida isla de ignorancia en medio de negros mares de infinitud, y no estamos hechos para emprender largos viajes. Las ciencias, esforzándose cada una en su propia dirección, nos han causado hasta ahora poco daño: pero algún día el ensamblaje de todos los conocimientos de los asociados abrirá tan terribles perspectivas de la realidad y de nuestra espantosa situación en ella, que o bien enloqueceremos ante tal revelación, o bien huiremos de esta luz mortal y buscaremos la paz y la seguridad en una nueva edad de tinieblas".

"Los teósofos han sospechado la tremenda magnitud del ciclo cósmico del que nuestro mundo y el género humano constituyen efímeros incidentes..." (H.P. Lovecraft, Relatos de los mitos de Cthulhu).

(3) Por ello el "tiempo es experimentado, vivido según las edades de la vida, con diferentes cualidades en cada una, y cada tránsito de la una a la otra supone una crisis con sus ritos especiales". (Henri Frankfort).

(4) "Entre la naturaleza y la historia... no hay aquella separación que establecieron los filósofos de una época, porque la Naturaleza no es una realidad objetiva, un objeto de la especulación científica".

ca, sino una parte del propio y dramático devenir humano, que se interpreta y explica mediante mitos también dramáticos y se procure - ajustar mediante ritos igualmente dramáticos". (Julio Caro Baroja, - El Carnaval).

(5) "Las emociones religiosas de la infancia, incluso cuando se ha nacido en medios un tanto laicos, son siempre algo fuertes en los - viejos países de Europa. Nadie que haya leído a Dickens o a otros novelistas que reflejan la vida de la burguesía y de la gente popular durante el siglo XIX, podrá expresar, sin emoción, lo que eran las navidades infantiles u otras fiestas anuales en nuestro continente. Pasan los años, las emociones se atemperan, el ansis de racionalizarlo todo llega a un extremo último durante la juventud en que se quiere también explicar todo...: más tarde, este racionalismo juvenil se recuerda de una manera crítica, se duda de su eficacia, se llega a una posición sintética, según los casos y los temperamentos..."

"... la naturaleza presenta el mismo número de contrastes, de -- violencias y de suavidades que la vida individual y que la vida colectiva. La muerte y la vida alternan en ellos; la vida y la muerte le dan al hombre un único destino, la vida renueva las sociedades y la muerte las acaba..."

"... Cuando vulgarmente se hable de "pasiones", se hace con referencia a personas afectadas por el amor, la tristeza, la alegría, - etc., de un modo continuo o repetido, mientras que las "emociones" - suponen algo más pasajero, como un dolor, un placer o un deseo. Las "pasiones" individuales no son forzosamente las mismas que las pasiones colectivas; pero es cosa común a centidad de religiones el - establecer o haber establecido una especie de orden pasional a lo largo del año o de otro período, con días de alegría y júbilo, días de placer y días de tristeza; incluso días en los que la expresión colectiva de envidias, cóleras y enemistades es posible. La religión cristiana ha permitido que el calendario, que el transcurso -

del año se ajuste a su orden pasional, repetido siglo tras siglo. A la alegría familiar de la navidad le sucede, o ha sucedido el desenfreno del Carnaval, y a éste, la tristeza obligada de la Semana Santa (tras la represión de la cuaresma)".

En oposición al espíritu de la triste y otoñal fiesta de difuntos, está el de las alegres fiestas de primavera y verano. El año con sus estaciones, con sus frases marcadas por el Sol y la Luna, ha servido de modo fundamental para fijar este orden, al que se somete el individuo dentro de su sociedad y al que parecen someterse también los elementos, muerte y vida, alegría y tristeza, desolación y esplendor, frío y calor, todo queda dentro de ese tiempo cargado de cualidades y de hechos concretos, que se mide también por medio de vivencias". (J.C. Baroja, *Ibíd.*).

(6) Veamos cómo es preparada la inocente mente del niño soviético, cómo se le predispone a la aceptación del militarismo (socialista, por supuesto) y a contemplar la necesidad del desarme (capitalista, claro está).

"La militarización de las mentes comienza en la preprimaria. Desde los cinco años, los pequeños soviéticos reciben los rudimentos del arte militar. Se les enseña que deben defender a la "patria socialista" contra el enemigo capitalista. Se les explica para qué sirven la pistola, ametralladora, el tanque, el misil, el gas asfixiante... Se les inicia en el respeto al uniforme y la sumisión a la jerarquía. ¡Todo un programa!

"El libro es el útil pedagógico esencial para formar soldados encierne. Abremos, por ejemplo, Nuestro Ejército, que las ediciones El Chico publican en varios cientos de miles de ejemplares que se distribuyen en las preprimarias. Este álbum de 16 páginas, parecido en principio a los que se ponen en manos de los pequeños que aprenden a leer, sólo tiene imágenes con breves textos. Pero, como prueban las ilustraciones, el álbum no narra un cuento. Describe -

en 14 imágenes las principales secuencias de una ofensiva victoriosa: la infantería motorizada que transporta los tropas, los carros de asalto que le abren la ruta, los lanzamisiles que los apoyan, - los misiles tierra-aire que los protegen, los paracaidistas que llegan a combatir desde el cielo, la infantería de marines que desembarca, protegida por la flota. El libro termina en apoteosis con un desfile victorioso del Ejército Rojo ante el Kremlin y con esta leyenda que va destinada, recordémoslo, a niños de cinco años: "Los misiles estratégicos, fundamento del poderío militar de las fuerzas armadas soviéticas".

Después de señalar las abundantes fechas conmemorativas para todo lo que sea -o huela a- militar, los autores de este interesante ensayo, aunque pequeño, nos explican: "En cada una de las páginas - en que figuran estas fechas, se hallan abundantes comentarios sobre el tema de la guerra, y particularmente de la Segunda Guerra Mundial. El "invencible", el "legendario", el "bien amado" Ejército Rojo es allí celebrado por el gran país de los soviets y por el poderoso pueblo multinacional soviético. También hay abundantes fotos de blindados, cañones y cazas de reacción, además de alegres soldados que, en el primer plano, hacen salameñas a niños y niñas.

"Abra este calendario en el 23 de febrero, Día del Ejército Rojo y de la Marina de Guerra. Un problema planteado a los niños: - ¿Qué soldado es más importante, el servidor del lanzacohetes o el tanquista?, ¿el tanquista o el aviador?, ¿el aviador o el marino?, ¿el marino o el paracaidista?, Respuesta: no hay respuesta a la pregunta. ¿Por qué? Porque en una mano no hay dedo más útil que los demás. Todos son indispensables. No se puede golpear con un sólo dedo. Hay que cerrarles juntos para formar un puño. En la guerra el enemigo no recibirá un golpe decisivo si éste no es esesado simultáneamente por el servidor del lanzacohetes, el tanquista el aviador, el marino y el paracaidista". (Christian Jelen y Bran-

ko Lazitch, La militarización del niño soviético. Novedades, Semanario Cultural, julio 10, 1983).

No cabe duda, se trata de una bella joya de enajenación infantil por parte del militarismo que pretende imponerse a nivel mundial: - dejad las vírgenes mentes infantiles en manos de distorsionadores - profesionales y lograréis mantener el engaño incluso de por vida.

(7) "Los psicoanalistas especializados en el estudio de los niños - no tienen dudas sobre la extrema agresividad del infante frustrado. La reacción típica del bebé, digamos ante una aguda sensación de - hambre, pone en juego todo el cuerpo. Gritos, convulsiones, petadas, respiración convulsiva, evacuaciones... signos evidentes, todos - ellos de la ansiedad más desbordante". (Riviere, Jean, citado por - Sterr).

(8) Acucioso y atento observador del Estado moderno y del fenómeno del poder, Bertrand de Jouvenel nos habla de ese proceso monstruoso que ha culminado con la Segunda Guerra Mundial, y que ha tenido como eje de crecimiento y fortalecimiento del aparato militar.

"Hemos vivido la guerra más atroz y más devastadora a causa de - la inmensidad de los medios empleados, pues no solamente se han -- puesto en pie ejércitos de quince, de veinte millones de hombres, - sino que detrás de ellos la población entera ha sido requisada para abastecerlos con los instrumentos de muerte más eficaces. Todos - los seres vivos que un país puede ofrecer han servido para la gue-- rra, y los trabajos propiamente de la vida no han sido considerados y tolerados más que como un soporte indispensable del gigantesco - instrumento militar en que se ha convertido el pueblo entero. Pues te que todo, el obrero, el campesino y la mujer, contribuye a la lu-- cha; todo, fábrica, cosecha, casa, se convierte en objetivo de gue-- rra, y el adversario trata como enemigo todo lo que es carne y tie-- rra, persiguiendo por medio de la aviación una destrucción total. -

Ni una participación tan general ni una destrucción tan bárbara hubieran sido posibles si los hombres hubiesen sido transformados, en su ser íntimo, por pasiones violentas y unánimes, dando entrada así a la perversión integral de sus impulsos naturales. La excitación y el mantenimiento de estas pasiones han sido la obra de una máquina de guerra: la propaganda, que ha condicionado el empleo de todas las otras. Ella es la que ha hecho posible unos hechos increíbles, con la creación de unos sentimientos así mismo increíbles".

"Lo más sorprendente del espectáculo que nos ofrecamos a nosotros mismos, es que nos sorprenda tan poco".

Resulta que los Estados modernos, cuanto más crecen, más se especializan, y crean mecanismos más refinados de dominación, que obliguen a la población civil a hacer de la guerra un principio para la supervivencia en las modernas sociedades. Para lograr este control sobre la población civil, el Estado ha experimentado varios procesos:

"Cuendo estudiamos la época -siglos XI y XII- en que comienzan a formarse los primeros entre los Estados modernos, lo que más nos sorprende en aquellos tiempos, presentados como tan belicosos, es la extrema pequeñez de los ejércitos y la brevedad de las campañas.

"El Rey dispone de los contingentes que le llevan sus vasallos, pero que no le deben más que un servicio de cuarenta días. Sobre el terreno encuentra milicias locales de poco valer y que le siguen apenas durante dos o tres días de marcha".

Es importante mantener un ejército permanente. Para ello es necesario organizar las finanzas del Estado, a modo de que parte del tributo se destine a ese fin, y, por otro lado, inventar algo que - hasta hoy nadie se atreve a cuestionar -tomándolo como un derecho - inalienable de todos los Estados-, esto es, obligar a prestar servicios militares para la defensa de un dudoso "honor" patrio.

Volvamos con Jouvénel, que sigue atento a este proceso:

"Hasta el final, la monarquía no se atreverá a requisar a los hombres, a imponerles la obligación militar. Solamente tendrá soldados mediante el dinero.

Por otra parte, las tareas civiles, también desempeñadas por ella, justifican el establecimiento de un poder legislativo que no existía en la Edad Media y que va incrementándose poco a poco. El poder legislativo implica en sí mismo el derecho a imponer tributos. La evolución en ese sentido será larga".

Los ejércitos, gracias a esas medidas, crecen desmesuradamente:

"En vez de los doce mil soldados que tenía Carlos VII, Luis tendrá ciento ochenta mil, el Zar de Rusia ciento noventa y cinco mil, y el Emperador descientos cuarenta mil". (B. Jouvénel, El Poder).

Montesquieu se alarmó de este progreso. "Muy pronto, a fuerza de tener soldados, no tendremos más que soldados, y seremos como los tártaros", profetizaba. Y añadía con clarividencia admirable: "Para ello no hay más que hacer valer la nueva invención de las milicias, establecidas en casi toda Europa, y llevarlas hasta el extremo, como se ha hecho con las tropas regulares".

Ante la amenaza de una posible invasión enemiga, los Estados Modernos han reforzado sus sistemas de reclutamiento. Debemos estar listos contra un ataque; necesitamos prepararnos constantemente, porque el enemigo acecha y en cualquier momento puede asestar un contundente golpe, parecen pensar estos ceniceros de la guerra. ¿Quién es el enemigo? ¿Quién lo escoge? ¿Quién declara la guerra? - (1).

Parece ser, sobre todo después de la Segunda Guerra Mundial, que los artifices de tan masivas matanzas han sido los que de un modo u otro han ayudado al fortalecimiento del Estado. Dada al Estado capacidad para ordenar y dirigir la vida de los hombres, y los conducirá al suicidio. La proliferación de ejércitos "defensores" de la patria, cualquiera que ésta sea, determinará el exterminio de aquel que pretenda minar la fuerza y la decisión de dicho Estado (2).

Pues el Estado se transforma día con día en ese gigantesco monstruo impersonal, frío, que devora nuestras entrañas y nuestro alma; parece que nada podemos contra él; da la impresión de ordenar y nunca obedecer, de poder estructurar y destruir por ensalmo cualquier acción que acometa: la imagen deificada, por millares de marxistas, de un ente leviatánico que representa, en su oscura faz, un proletariado que influye en él, cual si fuera un niño idiota (3).

Parece que el Estado, cuanto más evoluciona, tanto más se asemeja al aparato militar: organiza a la sociedad bajo su perfeccionado modelo militar. Los regímenes socialistas, en cuanto a su territorio físico, son auténticos cuarteles: nadie puede salir de ellos sin permiso.

El poder, hoy, es ejercido por quienes lo detentan como si se tratase de una enorme máquina, mediante la cual los sometidos a ella esperan, algún día, ejercer el poder: es esa la razón por la que no

les importa destruirla (4).

De mil modos, los adorantes del poder institucionalizado, los estatólatras, vociferan por todos los confines, que solamente un fortalecimiento del Estado -transitorio en el caso socialista- ayudará al hombre a alejarse de esa partera de la historia que es la violencia; pero como en este mundo nadie disocia violencia de aparato militar-policíaco, el hombre logrará su arribo a la senda pacífica sólo cuando se disuelven los dos elementos más perturbadores de la existencia humana: el Estado y, asociados a él, sus mecanismos de represión.

Una de tantas paradojas absurdas es que, precisamente en el período "democrático", el poder logró movilizar al conjunto de la población para que sirviera obligadamente al aparato militar (5).

Y este sombrío panorama militarista parece confirmarse con el paso del tiempo: en nuestros días (1987), las dos potencias que hegemonizan el terror nuclear juegan con la seguridad y la dignidad humana para establecer un dominio planetario. Los hombres asistimos inertes ante sus reclamos imperialistas, copartícipes -los más- de una pelea de cuya dudosa victoria esperamos ser usufructuarios. -- Mientras tanto, nadie que se estime "político" deje de tomar partido en la contienda; vivimos una época en que el hombre ha perdido la brújula a costa de millones de vidas: lo terrible es que hoy su capacidad destructiva rebasó todos los límites imaginables para garantizar la desaparición del planeta, que estamos seguros que nadie desea, aunque todos estén dispuestos al sacrificio. ¿Qué poderosa enajenación campea en la conciencia de los hombres que los ha vuelto ciegos y estúpidos? Algunos le llaman "ideología", otros, "convicciones", otros más... religión. ¿Asistimos acaso, en esta era al renacimiento de una voluntad mística que nos impulsará al rescate de lo más valioso del hombre? ¿Hemos de recibir este baño atómico con la certeza de que quienes sobreviven reencontrarán la senda

de nuestros siempre perdidos paraísos? Quién sabe. Creo que la violencia es manipulable, controlable y evitable. Estas páginas son un esfuerzo por tratar de encontrar ese hilo que, siento, se ubica en el militarismo y en su incubadora: el Estado moderno. Mientras tanto, hoy tenemos que "crear" a los que tienen en sus manos la posibilidad de destruirnos (6). Y asunto arreglado: nosotros colgamos nuestra alma de un hilo y esperamos que estos señores se levanten de mal humor y se pongan a oprimir botones (7).

Pero continuemos con el fenómeno de la violencia, que tan imbricado, tan poderosamente conectado está con el militarismo. Podemos decir que la violencia es la condición sine qua non del militarismo, muy contraria a la difundida permanentemente por el aparato dominador: el ejército es el instrumento y el medio de aplicación de la violencia más efectivo para el control de la sociedad, y no un medio para preservar la tranquilidad y la paz humana. Lo importante no es que el poder establecido recurra cada vez menos a los militares para mantener el Statu quo, sino que ya ha logrado crear la imagen de la altísima peligrosidad del ejército cuando "se decide" establecer el orden público. Hoy en día es posible que la gente decida lanzar piedras contra la policía, pero no contra el ejército, y esto le conviene al poder establecido; el ejército es el recurso al que sólo se asiste cuando las cosas han rebasado el límite de lo "tolerable". Por supuesto que también ayuda a amedrentar pueblos ajenos y a invadir: Vietnam y Afganistán son dos ejemplos de lo que quiero decir.

Nos aseguran quienes ocupan los niveles de dirección de Estado, que si no existiese éste, los hombres strabiliarrios como son, malditos, se ocuparían de sumir en la peor de las barbaries a nuestra "hermosa" civilización. Se dice que en la antigüedad el hombre vivía cuidándose del ataque de otros hombres tan fieros como él. Entonces ¿Cómo es posible que haya sobrevivido la especie?; que no se

diga que por falta de elementos destructivos que han evolucionado - desde el arco y la flecha hasta el misil de tres megatoneladas (150 veces superior al arrojado en Hiroshima).

Continuamos aludiendo a la naturaleza "salvaje y animal" del hombre cuando pretendemos explicar su arraigada violencia. Pero nuestros inteligentes científicos no dejan de hallar diariamente nuevas sorpresas sobre la maravillosa vida de esos seres "inferiores"; por ejemplo: garzas que utilizan sus propias plumas como señuelos para atrapar peces; insectos que se camuflan para poder acercarse a su presa sin ser reconocidos; pájaros que entierran suministros alimenticios en cientos de lugares diferentes, y recuerdan los sitios -- exactos hasta un año después; peces que muestran tendencias altruistas al proteger sus nidos de otros peces, no relacionados con ellos que han tenido que abandonar su prole; hormigas que se ayudan de gestos para indicar el tipo de labores que desean hagan sus compañeras de trabajo.

¿Tienen realmente los animales lo que nosotros llamamos "inteligencia"? ¿Pueden, aun estando abajo en la escala evolutiva de los seres humanos, poseer lo que llamamos "mente"? Estas y otras preguntas hace Bayard Webster en un interesante artículo periodístico. La garza del ejemplo anterior mostró con sus acciones, nos dice Webster, que su cerebro fue capaz de pensar, por adelantado, de diseñar un plan y de entender qué era lo que la ejecución de su plan produciría. Algunos investigadores creen que dichas capacidades cognitivas podrían existir en muchas más especies animales que las que se sospecha (8).

Y es que la inteligencia es, según los científicos, la cualidad de estar consciente de uno mismo como entidad dentro del ambiente propio, y de ser capaz de adquirir y retener conocimientos, aprender y entender a partir de la experiencia, resolver problemas y responder exitosamente a las situaciones cambiantes. Pero ¿pueden los

el ser superior del planeta. Estamos moviéndonos hacia una nueva era. Debemos estar conscientes de que hemos estado en la tierra muy poco tiempo en comparación con los delfines. Ellos han desarrollado la que puede llamarse una más complicada habilidad conceptual para vivir, y han sobrevivido. Quizá nosotros estuvimos antes, pero nos destruimos; quizá los cetáceos lo observaron y empezaron a enseñarnos cómo sobrevivir. Obviamente, con modelos acústicos muy complejos...".

- ¿Son creativos los delfines?

- En la música trasciende la necesidad de contruir una estructura, algo palpable. Uno siente la música. Los cetáceos pueden ser creativos en su manera musical de relacionarse entre ellos; los cetos de ballenas, por ejemplo; estos mamíferos dejan una frase acústica abandonada en una área y regresan al año siguiente a recoger ese sonido. Quizá ellas mismas sean su arte: son el arte.

Más adelante, el entrevistador -Alain Derbez- pregunta sobre la utilización militar de los delfines, y se le contesta, entre otras cosas: "El delfín no es agresivo con sus congéneres y es sumamente tolerante con el humano. No sería capaz de dañar, aunque tiene todas las posibilidades para hacerlo. Siendo tan dependiente de los otros delfines, es ridículo ser hostil hacia los demás.

Los humanos nos separamos, tenemos naciones, culturas diversas, conflictos, guerras. ¿Qué, no tenemos conciencia de nuestra dependencia común, de la dependencia hacia el planeta? Se necesita de una inteligencia muy pequeña para crear un armamento como el nuclear, capaz de destruir el sitio en el que vivimos todos" (Diario Uno más Uno, marzo 6 de 1983).

(10) "Los espartistas consagraban toda su actividad a la educación para la guerra, pues no se pertenecían a sí, sino al Estado. Su vida era siempre al aire libre y dedicada a ejercicios de fuerza e higiene (caza, ejercicios atléticos, asistencia a las asambleas popu-

animales razonar? ¿pueden considerar opciones, tomar decisiones y encontrar formas de afrontar ambientes o situaciones alteradas; capacidades que supuestamente son representativas de la inteligencia humana? (9).

Definitivamente creo que el hombre no tiene conciencia de su autodestrucción. Hemos ganado, según nosotros, un lugar privilegiado en la pseudojerarquía en que nos hemos colocado como reyes de la creación, y sin embargo, sin dominar aún a la naturaleza del todo, proclamamos nuestro triunfo por sobre todo lo existente. Pero toda vía falta la venganza de la naturaleza, cuando rompe por fin nuestro "equilibrio" ecológico y compensa su desnivel con nuestra destrucción; pocos son los sectores que han hecho suyo este llamado para frenar esta estúpida carrera ascendente del progreso. A este respecto los animales siguen mostrándonos nuestro propio camino, extinguiéndose o suicidándose como los extraños casos de los cientos de ballenas que se vuelcan sobre las playas y se dejan morir.

Pero ya volveremos con los animales para que sigan prodigándonos ejemplos de su "atraso". Mientras tanto, el tema que nos envuelve y sacude es el militarismo. De los militares seguiremos recibiendo muchas más manifestaciones de desamor a la vida y de rechazo a las formas convencionales no necesariamente casadas con el autoritarismo.

¿Se recuerda a los espartanos? ¿No sería bueno, para reforzar el creciente espíritu militarista que shoga nuestros tiempos, volver a este tipo de disciplina? (10). Si esto ocurriera, nuestros amigos - los militares estarían de plácemes, celebrando el advenimiento de los más oscuros ejemplares del control castrense: un Estado que viese para reforzar el aparato policial-militar, y que le asignara al conjunto de la sociedad una organización en los mismos términos. ¿No sería esto un auténtico triunfo de la capacidad del hombre para someter a los miembros de su propia especie?

laren y a los sacrificios, etc), ocupando tales tareas en tiempos de paz, las horas del día del espartiate, para el cual era reputada cosa indigna el ocuparse de las artes, industrias, comercio o navegación... conforme a esto la educación estaba en manos del Estado, formando un sistema orgánico cuyo objetivo primordial era la robustez y resistencia física, aún de la juventud femenina, y el hábito de la obediencia militar. El joven espartiate debía habituarse a hablar con brevedad (laconismo), que fuese una prueba de la concentración y solidez de su espíritu... El Estado ejercía una verdadera fiscalización sobre la vida y las costumbres de la juventud, velando por la sencillez de las construcciones y ajuar doméstico, inspeccionando los vestidos y la educación de la mujer..." (Véase la Enciclopedia Universal Ilustrada, Tomo XXII. Esp. Espasa calpe, Madrid).

(11) "Cuando la policía soviética detiene a un hombre, procede, en primer lugar, a someterlo a un solitario confinamiento... Cuando está completamente aislado se siente despojado de todas las relaciones interpersonales que tanto significan para él... Tanto su vida interior como la exterior resultan perturbadas. Nadie le habla; nadie responde a sus preguntas. Nada que él haga cause el menor efecto entre sus captores, exceptuando las violaciones de la rutina celular que son rápidamente punibles. El período de ansiedad, hiperactividad y aparente adaptación a la rutina del aislamiento dura, generalmente, de una a tres semanas. Después el prisionero se torna cada vez más dependiente; se siente más y más abandonado. Gradualmente abandona toda actividad espontánea dentro de su celda, deja de preocuparse por su experiencia personal y acciones individuales. Finalmente se siente y otea el vacío con expresión perpleja, tal vez retorciendo sin cesar un botón de su chaqueta. Se torna sucio y descuidado. Cuando le traen la comida, la devora; pero ya no le atraen los placeres del comer. A veces mezcla todo en una especie de pasta y engulle como lo hace un animal. Ejecuta automáticas-

Porque hemos hablado de la violencia y seguiremos haciéndolo, ya que este fenómeno, aunque es característico de todo el género humano, hoy en especial ha sido monopolizado por los aparatos profesionales de la represión, quienes se han arrogado su uso legítimo. Si se nos argumenta que en última instancia son los jefes de Estado - los que responden ante la sociedad civil, contestaremos que esto es parcialmente cierto, ya que como han observado atinadamente algunos estudiosos del militarismo tal cual se da en los países "socialistas", los altos mandos militares de la URSS han logrado una considerable independencia respecto a la gerontocracia, lo cual explica en mucho por qué han logrado meter las narices en todo el mundo. Y no sólo han perfeccionado la más colosal maquinaria de guerra de todos los tiempos, sino que apurando los entresijos de la debilidad humana, y conociendo el carácter social del hombre (por algo son socialistas), han sabido idear la más sofisticadas y destructoras formas de tortura (11).

Convertir a un hombre en un guiñapo es cuestión de unas cuantas semanas: entonces hacemos polvo en un santiamén miles de años de -- búsquedas y encuentros, demolemos en un instante miles de años de -- descubrimientos y conocimientos. En un par de semanas de sistemiento, la pregunta "¿Qué es el hombre?" se responde por sí sola: somos animales engreídos con vestiduras humanas. El hombre se complace - creyendo ser el centro del universo del que desconocemos casi todo. Pero insisto: de los animales podemos aprender y seguimos aprendiendo muchas cosas más; tal vez tendremos que contemplar humanamente a los animales, y simultáneamente no perder de vista nuestra herencia puramente animal: ambas cosas a la vez (12).

El hombre es un ser social, esto es: necesita mantener tratos y relaciones con miembros de su propia especie, aunque, como ocurre - entre los mismos animales, la "sociabilidad" no es fácil, y como ejemplo de ello están los lobos en libertad (13). Pero la sociabilidad

dad del hombre es más restringida que la de los animales, ya que a los caracteres de raza hay que sumar los llamados ideológicos, religiosos, etc.. Pobre hombre: su perfección técnica no le ha servido en mucho para su ansiada felicidad (14).

Si es cierto que esta humanidad es ahora como una gran aldea en que las relaciones políticas y comerciales son como un todo, entonces tenemos que autoconvencernos de que para este mundo plétórico - de tecnologías no valen imperialismos ni totalitarismos, sino el -- más puro respeto que se llama idiosincrasia de los pueblos.

Tenemos que aprender a aceptar la parte en el todo, a la micro-- comunidad -en lugar de la idea de "patria"- y con ello el individuo -superando esa aberrante aspiración de ser "masa"-; pues éste se ría entonces un ser humano que viviría para sí, pero que se realiza ría en y para la comunidad, aceptándose en toda esa magnificencia y excelstitud que implica el ser parte de un género ampliamente creati vo, pero simultáneamente se debería asumir con toda esa carga negra de agresividad y violencia que después de aplicarla nos descorazona, abriendo aún más esa angustiosa brecha que nos separa de los Dioses y nos sumerge en la más brutal de las soledades interestelares.

¡Escuchen, amantes del control teledirigido, lo que debemos a-- prender de los animales; ¡agucen sus seseras y comprenderán cómo es el hombre sin artilugios; cómo necesita de los hombres para spren-- der a vivir consigo mismo;:

"Las reglas de educación de los lobeznos carecerían de valor, si los jefes de manada no les respetaran también. Por ejemplo, cuando los enseña y ejercita en el acoso y la caza. En los primeros días del entrenamiento es el propio padre el que hace el papel de "presa" a la que sus hijos deben perseguir y dar caza. El lobo padre se po ne en marcha con sus hijos y, al cabo de algún tiempo, acelera el - paso, de manera que los lobeznos no pueden seguirlo. Entonces los pequeños tienen que seguir su pista y darle caza. Al principio les

pone fáciles las cosas y no cesa de volver la vista atrás con frecuencia, para ver si el grupo ha perdido su rastro. Si ve que ha sido así, se muestra por unos segundos al alcance de la vista de los lobeznos o les indica dónde se halla, por medio de un sullido prolongado. A medida que el ejercicio se prolonga, el padre les va planteando mayores dificultades; por ejemplo, camina durante algún tiempo junto a un arroyo para dificultar el seguimiento del rastro, o continúa la caza mucho tiempo para entrenar y comprobar las condiciones físicas y la tenacidad de los lobeznos".

"En una ocasión, en pleno invierno, comenzó a nevar de manera tan intensa que la nieve cubrió totalmente las huellas del padre. Agotada, la manada de lobeznos se detuvo junto a unos matorrales y, con aire desesperado, miraron por todas partes. No había nada al alcance de su vista. De repente los pequeños animales sintieron que el pánico les helaba sus huesos: una fiera espantosa, rugiendo pavorosamente, saltó junto a un arbusto tras ellos. Era el padre, que con ese susto trató de hacerles ver, con claridad, que los animales perseguidos pueden volverse y atacar por sorpresa. "Lo más importante es el final de la cacería: el padre establece un "final-felis" y se deja cazar y dominar por sus hijos. Esto los divierte enormemente, de manera que, apenas ha llegado a su fin uno de esos ejercicios de rastreo y caza, los lobeznos están ya deseando con todas sus fuerzas que a su padre se le ocurra la idea de reunirse con ellos para realizar un nuevo ejercicio de cinegético práctico". (Vistas B. Dröschner: Sobrevivir).

"Tras todo lo que hemos descrito, no creo que pueda sorprender a nadie el modo tan maravilloso en que los lobeznos y los cachorros se convierten en miembros útiles de unas comunidades Realmente armónicas. Pese a los científicos que, o bien cargan la responsabilidad de lo que llegue a ser el cachorro a la disposición hereditaria, o bien consideran que lo más importante es la educación, lo cierto es que estos animales saben perfectamente -aunque sea de manera in-

consciente-acompañar de forma ideal ambos factores. También cuando se discuten los problemas de agresión -tema bastante siniestro-- se pone de manifiesto esa realidad: la educación "infantil" de estos animales se basa, de manera correcta, en el hecho de que en todo ser vivo existe, originalmente, un notable impulso de agresividad; pero si esa agresividad es excesiva y puede llegar a causar daño a la comunidad, debe ser reducida y librada de su exceso" (Drüscher).

"Como educador, "papá lobo" sabe combinar el juego, la diversión, el placer y la alegría para motivar a sus hijos el deseo de aprender. Y completan su capacidad educativa con el uso adecuado de su autoridad. Cuesta trabajo creer que ese animal sea capaz de encontrar, con tanta seguridad y en contraste con la unilateralidad de las teorías educativas humanas, el camino adecuado que conduce a una concordia, merecedora de toda confianza, entre los miembros que viven en comunidad, "papá lobo" no ha estudiado pedagogía ni ha realizado ningún curso de ciencias sociales, pero domina esas materias con su sensibilidad natural".

Ante esas circunstancias, y teniendo en cuenta que en estos momentos no tenemos ante nosotros más que un montón de ruinas en nuestras relaciones interhumanas, sería conveniente reflexionar si todas esas teorías sociopedagógicas con las que actualmente tratamos de influir sobre la juventud, no nos alejan aún más de las verdaderas fuentes del ser natural, en vez de aproximarnos a ellas.

"Los seres humanos -continúa Drüscher- nos encontramos hoy en una situación en que se nos conduce a la catástrofe por un doble camino: por una parte nos arrastran hacia ella transigencias que no han sido controladas mentalmente, frente a los impulsos puramente sensoriales, y, por la otra, el distanciamiento de la inteligencia de las raíces naturales de nuestro ser. Es una cuestión de supervivencia para la humanidad, encontrar el camino intermedio adecuado..."

...provedoras palabras, verdad? En ocasiones me gustaría poner - en claro, con unas pocas frases, lo terrible o increíblemente contradictorio que es el hombre: su carencia de aptitudes educacionales que emerjan de manera espontánea y natural; su incapacidad para comprenderse y valorarse en toda esa carga de contradicciones.

Los puristas anhelan un hombre perfecto, que no existe más que en su imaginación. (¿Se imaginen a un lobo preguntando: "Papá, por qué cazo; por qué soy tan fiero y a la vez tan noble"?). Pobre hombre, sus interrogantes han logrado mejorar el aspecto técnico de este mundo, pero continúan sin encontrar su propio rastro (15).

Y es que el hombre se sobreestima en demasía. Creo que era Russell quien decía que había que cuestionar a un científico acerca de su ciencia para oírlo perorar con sumo cuidado y escrupulosidad; pero que no le preguntásemos sobre algún problema social o humano, porque se soltaría a hablar sin la más mínima conciencia de sus palabras. Pues los hombres sabemos inventar muchas más formas de cómo volarnos la cabeza y liquidarnos homeopáticamente, (16) que de ahorrarnos una hora de trabajo. Continuamos quemando y estigmatizando opositores; tal parece que el reino del hombre es el de la intolerancia: llevan en esto la ventaja; y qué bueno que así sea, de ese modo llevaremos al mundo a su catástrofe más inmediata: acaso así contribuyamos a liberarnos del feroz estigma del progreso (17).

Este es el hombre, un habitante tecnológicamente "avanzado" de este planeta, en el que ha construido enormes ciudades a las que ha degradado insólitamente en detrimento de su calidad de vida, convirtiéndose en un ser profundamente hostil, enfermo y solitario. La amenaza de la guerra lo acosa día con día, con sólo asomar las narices a su vecino. Ha aprendido a vivir "con ley y con rey". Huye de todo aquello que lo libere para siempre de su prisión interior, prefiriendo la desagradable comodidad del dominio, aun a costa de su libertad y de su creatividad.

Nuestra animalidad sigue siendo no totalmente animal, pero por toda nuestra sangre pulula ese aliento de simio, esa imagen de gorila insatisfecho, de pitecentropus censado que no atine a modelar es te mundo con el ánimo y el espíritu de la convivencia, de la comodi dad, del arte y la música... en fin: de toda la vida festiva y jubi losa. Quienquiera que sea calificado de "mono" se sentirá violenta do en lo más íntimo de su ser; si al menos no fuésemos tan orgullosos y aprendiéramos a dar a los animales su valía, quizás empeza ríamos a amar lo que nos rodea: plantas y animales.

Canetti soñaba el día en que se diese una rebelión de todos los animales: vacas enfurecidas y corderos corriendo a tropel y mordien do a diestra y siniestra, destrozando, desgarrando brazos, piernas, cuerpos. Esperemos que ésto no se haga necesario (18).

Algo me dice que es indispensable tratar de encontrar no a ese - Dios bueno y misericordioso, sino a la fuerza vital que trasciende el océano de nuestra existencia y de nuestras posibilidades, y que nos ubica justamente donde debemos estar: como seres débiles y miedo sos, pero perfectibles -aun sabiendo que por más perfectibles que seamos, nunca lograremos ser perfectos- y humanos (19), con una e norme capacidad para reír y para amar, para construir y crear, para regocijarnos en el bien ajeno y en el propio, aceptando nuestra ca ducidad de manera responsable y amable, sabiéndonos dueños de una vida que se acaba en el bienestar de otros.

Identificarnos con nuestra ley moral; reforzar y apoyar a ese bu en hombre que todos llevamos dentro, haciendo todo lo que esté de - nuestra parte para unimos a esa gran empresa que es el bienestar - universal; saber que es la injusticia la que llene todos los resqui cios de este mundo, pero que en la medida en que nuestros actos spo yen en ese arquetípico super hombre, podremos auxiliarnos para en- contrar lo mejor de nosotros mismos, lo más noble, lo más puro, lo más herdico: a sabiendas de que extirpando las malas hierbas, la ci

zadas de nuestro ser, se corre el riesgo de extirpar también el tri-
go. Fue Nietzsche quien dijo que la ironía de su vida era el slo-
giar al fuerte y simpatizar con el débil, y que ello constituía la
contradicción imposible de su existencia (20).

Es necesario hacer posible que esa simpatía, que esa "comunidad-
de sentimientos", de afectos hacia los débiles, nos ayude a conci-
liar nuestros deseos de grandeza con los de amor y protección a los
menesterosos.

Creo que la historia del hombre conoce muchos ejemplos de maldad
y odio hacia el prójimo. Es cierto; pero si en esto debo elegir en-
tre un optimismo escéptico y un pesimismo nihilista, me guardo el -
primero, deseando para mí la fortaleza de cuerpo y de espíritu. Era
Cioran quien insistía en que siempre debemos estar del lado de los-
explotados, pero sin olvidar, nunca, que están amasados con el mis-
mo barro que sus explotadores.

El problema es que no alcanzamos a entenderlo todo. El conoci-
miento humano siempre ha conocido límites. Lo que ignoremos consis-
te en saber dónde quedan esos límites, y para ello siempre buscamos
auxiliarnos de la ciencia, pensando que ella podrá responder nues-
tras interrogantes. Bataille aseguraba que el gran valor de la --
ciencia es que cada día se desdice a sí misma. En el imperio de su
contradicción, el hombre nunca logra sacar sus infinitas preguntas,
tal vez porque no hay respuestas posibles y contundentes que llenen
el sinsentido de la existencia: lo único que nos queda -parafrasean-
do a Kant- es ese cielo estrellado que tenemos encima, y la ley mo-
ral que llevamos dentro (21).

Pero no nos agotaremos; por doquier seguiremos manifestando la -
consideración de que el signo del hombre está hoy influido y marca-
do por la barbarie. Actualmente son los militares aliados a las --
distintas fuerzas de represión los que hegemonizan, controlan y a--
plican la violencia, impidiendo nuestro derecho a manifestar la pro-

pia. En nuestras retóricas y aburridas clases de historia continuamos magnificando la figura carnícora de los héroes de la guerra: un Napoleón es apologeticamente estudiado como símbolo de la astucia y sagacidad humanas, y mientras esto siga haciéndose, los hombres continuaremos no aceptando otros modelos de conducta; seguiremos empeñados en hacer del conflicto bélico una de las más "bellas" formas de trascender el anonimato asfixiante de la masa, pues sólo el conflicto bélico sigue constituyendo el medio ideal para ganar un lugar en este mundo: la fuerza y la astucia para matar son el más eficaz recurso para lograr cierto prestigio (22).

Todo ésto es producto de la historia y las locuras colectivas, - de la moral "progre-demencial" que todo lo tasa en ritmos crecientes: si es la producción, debe aumentar; si es la población, tiene que crecer. Todo, absolutamente todo debe contener cifras crecientes: - los ejércitos, la producción, los muertos, la humanidad; siempre debe superarse, y hacerlo significa crecer más y más, tenerlo todo, transformarlo todo, modificarlo todo: todo tiene que cambiar, modelarse de acuerdo a las exigencias de la sociedad tecno-burocrática-industrial.

Cambiar, modificar, crecer; pero lo que no crece es nuestra capacidad de adaptación a este proyecto emloquecedor que se llama "desarrollo inconmesurable de las fuerzas productivas" (que son más bien destructivas). Nadie sabe cómo parar esta máquina infernal; y si se le ocurre a uno pensar en comunidades con un desarrollo técnico-limitado y adecuado a las necesidades del hombre, se le acusa de - reaccionario, de enemigo de la causa más justa y noble de la humanidad: el progreso.

En Europa viven asustados, y es natural: esperen de manera más - consciente el apocalípsis. Pero aquí en Latinoamérica no sucede nada, las bombas atómicas "no llegan hasta acá"; somos de los productores de masas más eficientes del orbe, junto con esos países llama

dos eufemísticamente "tercermundistas": producimos masas en masa, - con conciencia de masas que viven aplastadas y hacinadas en masa. - Resultado: somos la carne de cañón más efectiva para emprender guerras, y nos especializamos en todo tipo de ellas, intestinas o civiles, vecinales o internacionales; y estamos, asimismo, en los lugares propicios para la proliferación del fanatismo y la mediocridad-colectivas. Echese una mirada a Centroamérica, a Irán, a Indonesia, etc., nada se espera de nosotros, porque nosotros mismos no esperamos nada de las superpotencias, a no ser un conflicto nuclear generalizado, al que creemos, como dije hace un momento, ser ajenos.

Nuestros ejércitos se perfeccionen, son ellos los únicos que podrán combatir, y el ejército, como bien aclara el Estado, somos todos; todos, pues, pelearemos, nos destruiremos para que se salve - nuestro exigente Estado, el que después de hacer la paz enrolará a nuestros hijos para seguir conservando la paz, que está amenazada - por la guerra que ellos mismos se encargarán de propiciar, para que nos desarrollemos económica y socialmente en paz. ¿Se comprende esto?

NOTAS:

(1) "Bajo las amenazas y los sufrimientos de la invasión, el pueblo ha consentido el reclutamiento; lo creía accidental y temporal. Después de la victoria y de la paz, su gobierno continúa reclamándolo...".

"de guerra en guerra, la institución se ha agravado: como algo contagioso, se ha propagado de Estado en Estado; en la actualidad ocupa toda la Europa continental, y reina con el compañero natural, su hermano gemelo: el sufragio universal; alternativamente, cada uno de ellos sobreesale y remolca al otro, más o menos incompleto o disfrazado. Ambos son los conductores y reguladores ciegos y formidables de la historia futura: el uno poniendo en las manos de cada adulto un boletín de voto, y el otro poniéndole en las espaldas una mochila de soldado. ¿Qué porvenir de metanzas y de destrucciones para el siglo XIX; ¿Qué exasperación de rencores y desconfianzas internacionales; ¿Qué pérdida del trabajo humano; ¿Qué retroceso hacia las formas inferiores y melancólicas de las antiguas sociedades bélicas; ¿Qué marcha retrógrada hacia los sentimientos, costumbres y moral de la antigua tribu bárbara; Nosotros lo sabemos por nuestra propia experiencia". (H. Taine, Los orígenes de la Francia contemporánea. Citado por Bertrand de Jouvenel).

(2) "¿Qué cambio tan singular; ¿Ló explicaremos por la rivalidad de las naciones, que viene a reemplazar a la que había entre las dinastías? ¿Diremos que la voluntad del pueblo está ávida de aventuras, arde en deseos de guerra, y que el ciudadano paga por ir a ella y por estar en el ejército? ¿Qué, en fin, nos imponemos con entusiasmo unos sacrificios mucho más pesados de los que antes soportábamos tan de mala gana; Esto sería ridículo. Advertido por el recaudador de contribuciones, convocado por la policía, el hombre está lejos de reconocer en esa requisitoria, en la hoja por la que le llaman,-

un efecto de su voluntad, y eso aunque se lo exalten y se lo transfiguren de la manera que quieran".

"Todos esos son, por el contrario, decretos de una voluntad ajena, de un dueño impersonal que el pueblo llama ellos, como decía antes para los espíritus malignos: "Ellos nos aumentan nuestros impuestos, ellos nos movilizan". Así habla la sabiduría del pueblo. - Para él, todo sucede como si un sucesor del rey desaparecido hubiera llevado a su culminación la empresa ininterrumpida del absolutismo". (Bertrand de Jouvenel).

(3) "Desde el siglo XII al XVIII, el poder público no ha cesado de acrecentarse. Este fenómeno, comprendido por todos los testigos, - provocaba protestas renovadas sin cesar y reacciones violentísimas. Desde entonces el poder ha continuado creciendo a un ritmo acelerado, extendiendo la guerra a medida que se extendía él mismo. Y nosotros no lo comprendemos ya, ni protestamos, ni reaccionamos".

"Esta pasividad tan nueva la debe el poder a las brumas de que se rodea. Antes era visible, se manifestaba en la forma del rey, - quien declaraba ser el dueño y en quien se reconocía la existencia de pasiones. Ahora disfrazado por el anonimato, pretende no tener una existencia propia, no ser más que un instrumento infernal y sin pasión de la voluntad general". (B. de Jouvenel).

(4) "De ahí viene el que se encuentre en los círculos políticos de la sociedad moderna una gran complicidad en favor de la extensión del poder. Los socialistas ofrecen el ejemplo más claro. La doctrina les enseña: "El Estado no es otra cosa que una máquina de opresión de una clase por otra, y todo eso de la misma manera que en una monarquía" (Engels). O bien: "Mediante las innumerables revoluciones de las que Europa ha sido teatro desde la caída del feudalismo, se desarrolla, se perfecciona y se refuerza esta organización burocrática y militar... Todas las revoluciones anteriores no han

hecho más que perfeccionar la máquina gubernamental cuando en realidad hubiera habido que derribarla, deshecerla" (Lenin).

(5) "Se apodera de las riquezas, pero debe a la organización fiscal de la democracia la capacidad recaudatoria e inquisitorial que emplea para ello. Si la voluntad general no hubiese sido proclamada fuente de autoridad, el plebiscito no conferiría ninguna legitimidad al tirano".

"Incluso el poder de la policía, que es el tributo más insostenible de la tiranía, ha aumentado a la sombra de la democracia".

(A. Ullman).

"Cuanto mayores sean las atribuciones del poder, serán también sus medios materiales para la guerra; cuanto más manifiestos sean los servicios por él prestados, más rápidamente se obedecerá a su llamado". (B. de Jouvenel).

(6) He aquí una joyita de mi repertorio: el General Altenburg, Jefe del Estado Mayor del Ejército de la RFA: "... teóricamente, la guerra consiste en la destrucción del enemigo. Pero en la práctica este objetivo casi nunca se alcanza, porque el verdadero fin de la guerra es político; esto es, en la guerra se persiguen otros logros aunque con diversos medios: las metas políticas en tiempos de paz".

Para Altenburg el problema es sencillo, el asunto está en convivir con el propio enemigo sin quitarle la vida, y evitando que él nos la quite.

(7) Calma, no comamos ansias, que "... debemos poner en juego nuestras mejores capacidades para superar todo tipo de conflicto por la vía pacífica, antes de recurrir a las armas nucleares. No creo que a través de la sola protesta se puede obtener un mundo sin guerras. Esto, porque los estados de ánimo de los pueblos de la tierra son muy cambiantes". (General Wolf von Baudessin, Jefe del Ejército de

la RFA. Excelsior, junio 20 de 1933. Subrayado mío).

¡Vaya; Menos mal que no son los gobernantes que están trepados en el poder los locos y velsidosos, ¡sino los pueblos!.

(8) He aquí algunos ejemplos para situar a los animalitos en el lugar primitivo, atrasado y violento en que los ubicamos:

"En Africa, Dorothy y Robert Seyfarth, etólogos de la Universidad de California en los Angeles, descubrieron recientemente que los monos vervet utilizan diferentes llamados de advertencia para los diferentes tipos de depredadores, emitiendo sonidos de alarma que significan específicamente la cercanía de las águilas, serpientes ponsoñosas y leopardos. Los monos que han escuchado las advertencias, responden realizando una acción evasiva apropiada para cada predador: suben a los árboles para liberarse de las serpientes, o se esconden en los arbustos para escapar de las águilas.

"En Indiana, la Doctora Irene Pepperberg, Bióloga de la Universidad de Purdue, efectuó recientemente experimentos con Alex, un loro gris de seis años, que contradijeron la generalmente aceptada opinión de que los pájaros parlantes simplemente imitan. Después de adquirir un vocabulario de 40 palabras en Inglés, Alex puede identificar realmente unos 50 objetos diferentes y pedirlos individualmente, o rechazarlos si se le ofrecen. Puede decir cuántos objetos hay en un grupo, indicar su color y forma y categorizarlos, diciendo "cuatro escaleras azules". (Bayard Webster, La Inteligencia de los animales. Excelsior, junio 3 de 1933).

(9) "El doctor James Gould, Etólogo de la Universidad de Princeton, internacionalmente reconocido por sus investigaciones sobre las abejas, tiende a pensar que la mayoría de los indicios de inteligencia humana son el resultado de patrones "preprogramados" desde antes -- del nacimiento. Al señalar que "la evolución puede programar un comportamiento muy complejo en cerebros muy pequeños", aseguró que

las abejas -con aproximadamente un miligramo de materia cerebral- pueden realizar hazañas sorprendentes. Observó que volaban hacia fuentes de alimentos más distantes y que cuidadosamente se cambiaban de lugar. Descubrió que las abejas obreras empezaban a anticipar el lugar donde estaría la próxima fuente de alimentos, y que cuando él llegaba a su nueva ubicación, cuidadosamente escogida hasta a un kilómetro de distancia de la colmena, se encontraba a las abejas volando en círculos en torno al lugar, en espera de la llegada de su alimento".

"Se le preguntó si suponía que eso implicaba un ajuste, en las abejas, de los esquemas de experiencias pasadas, y respondió que no podía explicarlo. Con el rostro lleno de extrañeza, añadió: "Hubiera jurado que no iban a lograrlo".

"Otros actos de animales han sorprendido a los Etólogos: algunos halcones matan a sus presas ahogándoles; los lobos y otros mamíferos utilizan completas tácticas de grupo, parecidas a las del ejército, para atrapar a otros animales; los freilecillos fingen lastimaduras para atraer a los depredadores y alejarlos de sus crías; y los elefantes y los perros han mostrado, en ocasiones, emociones de efecto y pena parecidas a las de los humanos". (Bayard Webster, La Inteligencia de los Animales, Ibídem).

Hasta los delfines, esos maravillosos cetáceos, tienen muchas cosas que enseñarnos sobre el cómo vivir. En una entrevista a Antoine Lilly, de la "Human-Dolphin Foundation", de Redwood City, California, se habla sobre ellos:

- ¿Es el delfín más inteligente que el ser humano?

Antoinetta responde con otra pregunta: "¿Qué entendemos por inteligencia?" Y después explica: "Es una palabra muy difícil. Sería mejor utilizar el término "habilidad conceptual". El ser humano se siente amenazado si se le hace sentir que alguien más en el planeta es tan inteligente como él. Está muy acostumbrado a pensar que es-

mente los movimientos de rutina carcelaria: como si estuviera dormido. Ya no le asquea el jorro de excrementos. Finalmente parece perder las restricciones y pudores del comportamiento normal. Defeca sobre sus ropas. Murmura, llora y reza en voz alta. Cumple las indicaciones del guardián con la docilidad de un animal doméstico. Habitualmente no lleva más que cuatro o seis semanas producir este fenómeno en un hombre recién encarcelado". (Laurence E. Hinkle y Harold Wolf, citados por Anthony Storr).

(12) Volvamos a los animales y observemos cómo se comporta una manada de elefantes ante su senil jefa. El excelente Etnólogo B. Dröschner nos explica que "la jefa de un grupo de elefantes no reina como una tirana brutal, ni tiene que aniquilar a todo oponente. Los otros miembros del rebaño no están continuamente pendientes de la menor muestra de debilidad de la jefa para luchar con ella y destruirla. Esto es, ciertamente, lo que se piensa por lo general, pero la verdad es totalmente distinta: precisamente porque los animales jóvenes saben que de la experiencia de la conductora anciana depende su bienestar o su aniquilación, todos ellos conceden amor, respeto y honores a los animales más viejos.

"Esto quedó de manifiesto dieciocho meses después, al morir la jefa de la manada, como consecuencia de su debilidad senil. Con las orejas y la trompa gachas, trataba una y otra vez de separarse de su grupo para morir sola. Pero cada vez que lo hacía, la seguían sus congéneres, la colocaban en el centro y trataban de mantenerla de pie. Hasta que cayó desplomada".

"De inmediato la rodearon todos. Dos hembras empezaron a acariciarla cariñosamente en la cabeza con sus trompas. Otras dos colocaron sus colmillos, delicadamente, bajo su cuerpo y trataron de alzarla con la fuerza de dos potentes grúas. Una elefanta joven arrancó un manojo de hierba y lo puso en la boca de la moribunda para alimentarla. Pero la pobre anciana no quería comer".

"Seguidamente, una de las hembras mayores trató de despertar la energía vital de la anciana mediante la excitación sexual. Como si fuera un macho, se echó sobre ella y realizó los movimientos del apareamiento. Todo inútil, el último intento lo hizo una hembra joven con una llamada el amor maternal, fingiendo mamar de sus secas ubres".

"Pero la anciana elefanta estaba ya muerta. Durante seis horas seguidas todos los elefantes de la manada le hicieron velatorio. Sólo con la llegada de la noche se retiraron". (B. Vitus Dröschner, So brevivir).

Claro que los seres humanos conocemos muchos ejemplos bastante patéticos de entrega y solidaridad. No se trata de excluirmos o privilegiarnos; tampoco se trata de hacerlo con las demás especies vivas del planeta: supongo que tenemos que evitar que nuestras pasiones nos aplasten y nos dominen, empleando nuestra capacidad de raciocinio.

Sabemos que todo el proceso de la vida es un continuo transcurrir entre la existencia y la muerte; no desconocemos el hecho de que el trigo hay que segar para poder obtener de él el pan del que nos nutrimos. Toda vida, para vivir, tiene necesariamente que apropiarse y consumir algo, ésto es: para que la vida sea un eterno reproducirse, necesita apropiarse a la propia vida.

(13) "En períodos de hambre, los miembros de la "clase media" atacan con creciente malevolencia a los de las "clases bajas", a los que acaban por expulsar de la manada. Los expulsados prolongan durante algún tiempo su existencia solitaria, que los vuelve extraordinariamente agresivos, perversos y peligrosos. Esto, sin embargo, no es un signo de vitalidad, sino la expresión de una última rebeldía que no impide que pronto les llegue la muerte, pues sin el apoyo de la manada el lobo solitario está perdido.

"En los lobos que dejaron su manada, la situación no es irreversible. Cuando han escarmentado pueden, en determinadas circunstancias, ser admitidos de nuevo en la comunidad. Los vigilantes de las regiones salvajes del Canadá han sido testigos de este acontecimiento: "En una manada de lobos salvajes en libertad, una loba vieja no quería someterse a la autoridad de las hembras más jóvenes, que se habían hecho mucho más fuertes que ella. Las peleas se hicieron cada vez más frecuentes y crueles, hasta que la vieja loba fue expulsada de la manada".

"Tres días más tarde, cuando la manada galopaba siguiendo un rastro, la vieja loba se interpuso en su camino... llevando en sus fauces un joven caribú que ella misma había cazado. Era como si les quisiera decir a sus antiguos compañeros: "os lo regalo si me dejáis que vuelva con vosotros".

"La loba volvió a la comunidad y en los días siguientes pareció totalmente cambiada. Ayudaba a las hembras jóvenes en el cuidado de sus crías; se quedaba frecuentemente de guardia en la guarida; en la caza se mostraba especialmente activa, y no volvió a pelear con las otras. En resumen: volvió a ser miembro útil de la comunidad, - con lo cual es casi seguro que logró prolongar su existencia varios años más". (B. Vitus Dröschner).

Hasta en el nacimiento de sus crías, los antropoides presciden de la "salveje" melgada, y, después de cortar el cordón umbilical - con sus propios dientes, prodigan cariñosamente a su cría una especie de respiración de boca a boca para hacer que comience a respirar por sí misma. Y hasta para asernos no somos tan perfectos como presumimos: "¿Saben ustedes que los pájaros se limpian por separado cada una de sus múltiples plumas, que sepeoran, limpian, engrasa y vuelven a ensazar con la pluma de al lado como quien cierra una cremallera?...".

"Si comparamos el tiempo que le cuesta al ave, cada día, reali--

ser todo este proceso higiénico con el que emplea un hombre en levarse y peinarse, se llega a la conclusión de que si hay un ser poco -- limpio, éste no es el animal, sino el hombre".(B.V. Dröschner).

(14) Para 1486 apareció una especie de manual para la cacería de brujas, que documentaba a los inquisidores en la forma en que se podía detectar a una "bruja"; se pensaba que las mujeres afectadas por tres "vicios" en especial, eran potenciales brujas: la infidelidad, la -- ambición y el ludibrio (sic). (H. Kramer y James Sprenger, citados -- por A. Storr). En 1920, el influyente Times de Londres manifestó su preocupación por la gran supuesta conspiración de financieros judíos, ocultos tras los Protocolos de los Sabios de Sión: una conjura para acabar con Europa. Los bolcheviques, por su parte, en su afán de rusificar Rusia, depuraron el país eliminando lituanos, mongoles, tártaros, etc., mediante el exterminio, clero está. Y Hitler hizo lo -- propio con judíos y polacos principalmente.

Para Storr, este salvaje característico de sociabilidad sui géne-ris es propia de los seres humanos y desconocida en el comportamien- to animal, pues se persigue a los enemigos hasta la muerte, amenzán- doles cruelmente: esta conducta constituye una especie de paranoia. "Una de las características del sistema ilusorio paranoide pleno, es la convicción de que los perseguidores tienen poderes mágicos; fren- te a ellos el sujeto se muestra relativamente indefenso. Por lo tanto, cuando uno pone al fin las manos sobre el enemigo y lo tiene en su poder, es necesario destruirlo por completo".

Este magis asesina parece no existir entre los animales. Para -- Dröschner, "los hombres sienten con facilidad la inclinación a ajus- tar sus actividades a máximas teóricas; con excesiva frecuencia oc- túan de acuerdo con el concepto erróneo de que "hay que devorar o ser devorado"... Si la naturaleza encontró caminos y medios para sus ani- males, mediante los cuales las comunidades pueden vivir en paz inter- na, eso debe ser igualmente posible al hombre... Vale la pena refle-

xionar sobre lo insensato que resulta que el hombre dé rienda suelta a su agresividad en situaciones en que los animales saben y logran establecer la concordia".

Dröschner nos ilustra con el ejemplo del arrendajo llamado científicamente crinifer, un auténtico pájaro escandaloso:

"¿Crees posible el lector que un pájaro tan pequeño pudiera poner en fuga a una serpiente gigante de más de cuatro metros?. Pues así es. Este pequeño pájaro logra hacerlo así en las estepas de Australia. El pájaro de un tamaño parecido al del mirlo, pertenece a la familia de los melitófagos y se alimenta principalmente de las flores de las acacias y los eucaliptos.

"Eran aproximadamente las siete de la mañana cuando una bandada de unos cincuenta pájaros de esta familia regresaba a sus nidos, en un gran eucalipto. En ese momento una hembra culeca descubrió que una gigantesca serpiente pitón deslizábase por la rama donde tenía su nido. Inmediatamente, la hembra comenzó a trinar con todas sus fuerzas, de modo frenético, y a revolotear furiosa -sleteando- junto a la cabeza de la serpiente. Sólo unos pocos segundos después, toda la bandada estaba allí, haciendo honor a su fama de ruidosa, que les ha valido el apodo de "compañeros escandalosos". "Mientras que siempre, y simultáneamente, tres o cuatro pájaros revoloteaban y picoteaban la cola y la parte central de la serpiente, siete u ocho más rodeaban su cabeza, revoloteando y sin dejar de lanzar sus agudos trinos; su audacia llegaba hasta posarse a sólo treinta centímetros de la monstruosa boca del reptil. Cuando la serpiente trataba de coger a alguno de ellos, todos se alejaban para esquivar la cabeza, que de inmediato picoteaban. Eran como un grupo de toreros esquivando los ataques de un furioso toro".

"De ese modo los pequeños pájaros, que no podrían llegar a herir a la serpiente, sabieron por ponerle tan nerviosa que se fue deslizándose hacia el final de la rama, que se iba haciendo cada vez más -

delgada. Cuando quiso detenerse allí un momento para respirar tranquila, de repente los cincuenta pájaros se dejaron caer de golpe sobre ella. En ese momento se rompió la rama, con un fuerte crujido, y la serpiente cayó al suelo. No volvió jamás".

Tenemos pues un caso de violencia colectiva empleada contra un e enemigo común; ahí es clara la condición de la agresión: violencia - defensiva. Si no me defiendo me devoran, y es mejor combatir colectivamente.

Recuerdo los grotescos y continuos bombardeos que sobre Vietnam del Norte, a finales de los años sesentas infligió a los vietnamitas el ejército norteamericano; costaba trabajo creer que se arrojan miles de bombas de napalm sobre objetivos puramente civiles. Pero, al igual que al arrendajo del ejemplo anterior, así revolotearon por millares los heréticos vietnamitas, hasta que a los yanquis les sucedió lo mismo que a la serpiente: cayeron estrepitosamente de la rama más delgada. ¿Pasará lo mismo con los rusos ante los afganos?

(15) "Hoy suele reprocharse a los científicos el haber conjurado terribles peligros sobre la humanidad al dotarla de un poder demasiado grande sobre la naturaleza. Este reproche solamente estaría justificado si al mismo tiempo se pudiera acusar a los hombres de ciencia de haber pecado por omisión, de no haber hecho al mismo tiempo objeto de su estudio al ser humano. Porque el peligro que actualmente corre el hombre no se debe a su capacidad de dominar los fenómenos físicos, sino a su incapacidad de dirigir los fenómenos sociales". (Konrad Lorenz, Sobre la agresión: el pretendido mal).

(16) "Ciertamente, los sabios investigadores no tienen la culpa de que los hombres, en general, no sean capaces de conocerse a sí mismos. Quemaron a Giordano Bruno porque decía que la humanidad entera en unión con su planeta, no era más que una mota de polvo en una nu

de numerosísima de otras motes iguales. Y cuando Charles Darwin descubrió que el hombre tenía el mismo origen que los animales, seguramente desearon también esterilo; y no faltaron los intentos por el - menos reducirlo al silencio. Y a Sigmund Freud, que estudiaba los - motivos del comportamiento social de los humanos y los analizaba, y trataba de hacer comprensibles sus causas, se le acusó de falta de respeto, de materialismo ciego a los valores, y hasta de tener tendencias pornográficas" (K. Lorenz).

"La humanidad se ha atrincherado en la estima de sí mismo y se - defiende con todos los medios a su alcance. Es hora, pues, de predicar ya la humildad y de tratar en serio de voler esos obstáculos- que el orgullo opone al conocimiento de uno mismo". (Konrad Lorenz)

(17) "Sabemos muy bien -dice Edgar Morin- que somos animales de la - clase de los mamíferos, del orden de los primates, de la familia de los homínidos, del género homo, de la especie sapiens; que nuestro - cuerpo es una máquina de treinta mil millones de células, controla - do y procreado por un sistema genético, el cual se constituyó en el - transcurso de una evolución natural a lo largo de 2 ó 3 millones de - años; que el cerebro con el cual pensamos, la boca con la cual ha - blamos, la mano con la que escribimos, son órganos biológicos. Ahor - re bien, este saber es tan inoperante como el que nos informa que - nuestro organismo está constituido por combinaciones de carbono, de - hidrógeno, de oxígeno y de nitrógeno".

"Desde Darwin admitimos que somos hijos de primates, pero no que - nosotros mismos seamos primates. Estamos convencidos de que, una - vez descendidos del árbol genealógico tropical donde vivían nues - tros antepasados, nos hemos alejado pero siempre de él, y de que he - mos construido, al margen de la naturaleza, el reino independiente - de la cultura".

"Evidentemente nuestro destino es excepcional con relación al de - los animales -primates incluidos- a quienes hemos domesticado, redu

uido, rechazado, puesto entre rejas o en reservas. Nosotros hemos -- edificado ciudades de piedra y acero, inventado máquinas, creado -- poemas y sinfonías, navegado por el espacio. ¿Cómo no creer que, -- aunque salidos de la naturaleza, no seamos, a pesar de ello, extra- naturales y sobrenaturales? Desde Descartes pensemos con natura, se guros de que nuestra misión consiste en dominarla, someterla y con- quistarla... Por otra parte, a pesar de que todos los hombres perte necen a una misma especie, este rasgo común nunca ha dejado de ser- le negado al hombre por el propio hombre, quien no reconoce a un se mejante en el extranjero o insiste en escapar para sí la plena ca- lidad de hombre. Incluso el filósofo griego veía a un bárbero en to do persa, y a un mero objeto animado en todo esclavo..." (Edgar Mo- rin, El Paradigma Perdido: el Paraíso Olvidado).

(18) Todas estas consideraciones etológicas no pretenden de ningún- modo promocionar un orden animal sobre el cual edificar la estructu ra social de los hombres, si bien cabe cerciorarnos sólo de que so- mos parecidos a ellos. O ellos a nosotros. Lo que sucede es que mu- cho de lo que conocemos de nosotros mismos ocurre también en los a- nimales. Todo lo que hemos logrado comprender de la vida animal só- lo demuestra que ellos son, repito, similares a nosotros. Aunque -- seamos parte del reino animal, no es fácil hacer transferencias del modus vivendi animal al humano. A los hombre no se les estudia den- tro de jaulas, y aunque ese fuera el caso, son capaces de hacer -- trampa.

Nuestra violencia está profundamente imbricada a los instrumen- tos (tecnología) que hemos desarrollado para ellos; este hecho libe ra al hombre de las restricciones "naturales" que se encuentran en el reino animal. Nuestra racionalidad está ligada a nuestros instin- tos, y el hecho de que hayamos podido inventar armas terriblemente- destructivas nos hace potencialmente más peligrosos que toda la es- cala animal en su conjunto. Para ampliar aún más estos enfoques véa

se: Sobre la violencia, de H. Arendt.

(19) Un nuevo ser que arriba a la vida es, en cierto sentido, algo único y nuevo, es decir que verdaderamente nadie estuvo antes que él; es por ello, en nuestra condición exclusiva, que los hombres somos distintos frente a los demás, pero que necesitamos de los humanos y nos unimos con ellos para vivir con ellos, defendiendo nuestra alteridad, esa otredad que nos hace únicos. "Sólo el hombre puede expresar esta distinción y distinguirse, y sólo él puede comunicar su propio yo y no simplemente algo: sed o hambre, afecto, hostilidad o temor. En el hombre, la alteridad que comparte con todo lo que es, y la distinción, que comparte con todo lo vivo, se convierten en unicidad; y la pluralidad humana es la paradójica pluralidad de los seres únicos". (H. Arendt, La Condición Humana).

(20) Friedrich Nietzsche, Mi Hermano y Yo.

(21) Anhelar un ideal sabiendo el precio de sangre que la gente debe pagar para introducirlo en la existencia práctica; invocar la fuerza sabiendo el precio que ella pide por el más insignificante de los favores; desear el bien, sabiendo que el bien proviene del mal y que, por sí mismo, sin ningún aviso previo, puede volver a su naturaleza primitiva..." (F. Nietzsche, op. cit).

(22) Recuérdese la justificación de quien impunemente asesinó a John Lennon: "Voy a hacer algo que conmocionará el mundo". Y lo logró.

CAPITULO IV

LA RISA

Aunque no se crea, en el Instituto Militar proliferan los bromes, aquellas tan necesarias para motivar la entristecida conciencia. Se ríe, y se ríe bien, con esa carcajada que quiere evadir -al decir- de Freud- su temor a la muerte. El reír siempre ha sido un remedio-insoluble, digamos... temporal; quien se desternilla de risa deja -en esas exultantes ondas inerticuladas lo que bien dentro del cuerpo produce dolor. Reza el dicho: si no me muero, me río (¿o al revés?).

Una calavera no puede más que reírse y qué imagen más expresiva de la muerte que un huesudo esqueleto. Ella es nuestra eterna amiga y compañera, hacer reír a la muerte es burlarse de lo inexorable. Nada mejor para ello que el recurso de los chistes, los bromes y la fiesta.

El infante es por naturaleza cruel -al menos así lo aseguran los psicólogos y pedagogos- pues digamos que en este sentido el soldado es un infante eterno, un niño cuyos sentidos se embriagan festivamente con la sevicia, siendo su crueldad infinita y cotidiana. ¡Ah, y cómo se ríe!: hay que verlo cuando se castiga a un compañero o -ante la cara de terror de los civiles al cruzarse con un batallón,- hay que ver como festeja la destrucción de un objetivo, la liquidación masiva del enemigo o cuando sale victorioso en una batalla. Si hay alguien que realmente sabe reír, es el soldado; al parecer la risa es lo único franco que posee (1).

Se suele confundir la risa con lo risible. El soldado vive lo segundo. Con la risa el hombre somete al cosmos a la prueba de su existencia. La bibliografía de la risa es pobre, igual que en el caso de la fiesta: ¿será que al hombre no le importe expresar lo que inconmoviblemente le prodiga satisfacción?

No cabe duda de que la risa es algo muy propio de los humanos, - pero ¿todo el que ríe merece ese calificativo?: infinidad de crímenes se han cometido acompañados de sonoras carcajadas (2).

Después de reír nos distendamos, aflojamos la presión de esa --
abrumada realidad que nos deprime y nos angustia, riendo nos alivi-
mos un poco de la fatiga del vivir.

El hombre que sabe reír es el que sabe jugar y crear, caracterís-
ticas y atributos perfectamente irreconocibles en el Instituto Mili-
tar (3).

La fiesta y la risa se acoplan, viven la una para la otra. El que
verdaderamente sabe reír hace de la fiesta su ritual, festins a Eros,
à Dionisios, saborea los mil olores y colores de la vida entregándo-
se a ella, desborda su imagen innana en una transfiguración de mil-
máscaras, defendiendo a toda costa la grandeza de lo efímero, el or-
gasmo perverso de la felicidad; con la risa y la fiesta, se libera
la energía demencial que nos posee, dando lugar a nuevos motivos de
escape en una realidad toscamente enajenada a causa del productivis-
mo: fiestas diabólicas (en griego, disbellein quiere decir "separar
cortar") donde el hombre se distancia de aquello que lo somete, llé-
gase hombre, discurso, racionalidad, ideología, o lo que sea.

Como el horizonte imaginario del hombre es siempre más amplio --
que su propia realidad cotidiana, la fiesta se erige en el medio i-
deal para desatar todos los deseos restringidos por los hábitos y
costumbres sociales: un orden mágico que se rebela contra el orden-
tradicional del mundo. Con la fiesta se abre la puerta de los sue-
ños y se divaga en el dulce sabor del sinsentido de la existencia --
con la ventaja de que esta acción se realice colectivamente en, con,
y para la gente; en este sentido se constituye en una experiencia --
que raya en lo místico. No es el caso de los militares, que al --
prender a callar, tornen su risa vana, hueca, banal, y vulgar.

Reír es, entonces, una actividad de seres con un amplio grado de
conciencia de la realidad, que saben encontrarle a ésta, sus reco-
dos absurdos y sus ángulos tremendamente azarosos. En donde reina --

el más estricto orden, en donde todas las actividades estén programadas, es imposible reír, reír de veras.

NOTAS:

(1) Neruda acostumbra decir que él buscaba ansiosamente a la "gente que riera a cercajadas". Tal vez lo hubiera encontrado entre los militares, pero hubiera encontrado no una risa auténtica, sino una risa opaca y disciplinada, una risa manipulada, que, no dejando de ser risa, produce dobles espasmos interiores: ya se sabe que todo - lo prohibido multiplica el placer. El soldado ríe hacia dentro, hacia su interior; ríe como debe reír un soldado: con propiedad.

(2) Para Bergson la risa tiene un origen mecánico, algo así como un mecanismo sobrepuesto a la vida: lo mecánico aplicado a lo vivo. -- "... Reímos siempre que una persona nos da la impresión de ser una cosa". ¿Será por eso que ríen los soldados?... ¿Cosas que ríen de cosas?

(3) Para Jean Duvignand "reír es abrirse a ese algo no alcanzado y probablemente inalcanzable" (El sacrificio inútil). Si aceptamos esta expresión, entonces ¿qué será lo no alcanzado por los militares de este siglo? ¿el poder? ¿la gloria?.

EL AUTISMO

El soldado se evade de la realidad, tiene su método y su sistema propios; casi todos hacen lo mismo, y los que no lo logran tienen - que renunciar a continuar siendo militares. No hablo, por supuesto, de drogas (que en ese campo no hay quien rivalice con ellos); hablo de un sistema profundamente soporífero, que produce un retraimiento interior de enormes proporciones.

Lo natural está prohibido, y toda la gestualidad espontánea, -- igualmente condenada. Obliga a esta reclusión interior la imposibilidad de expresarse hacia afuera; ya lo dije: todo lo que se haga y diga puede ser castigado; así que, calladamente, el soldado se obliga a ensimismarse. No se piense, por favor en una especie de budista que busca en la nada la inacción: se trata más bien de la actitud contemplativa del gorila o del cocodrilo como si se viviera "fuera de la vida", nada más que aquí se vuelve un acto forzado, obligado por el temor al castigo. Y mientras esto se hace, el soldado puede permanecer horas - ¡y hasta días;- sin proferir una sola sílaba, - o bien contestando con monosílabos: "sí señor..." "no señor..." etc.

LOS NEGOCIOS

Nada en la vida colma más a un militar que su despreocupación económica. Desde el momento en que ingresa al Instituto, todos aquellos problemas mundanos relacionados con el comer y el dormir quedan resueltos -si no espléndidamente, al menos decorosamente- tanto para él, como para su familia. Mejor aún: en la medida en que se asciende en la jerarquía van ganando el premio a su esfuerzo (ésto es, a su servilismo) mejores tajadas del presupuesto militar. Si la fortuna no le traiciona, el militar verá recompensados sus esfuerzos - con agradables contratos de compra-venta o con lucrativos negocios relacionados con la sociedad civil.

Son ya proverbiales los turbios negocios de los militares norteamericanos. El pentágono realiza pingües negocios, contratando los servicios de tal o cual transnacional para la fabricación de "X ó Y" tipo de armas. Sabemos también -mediante las denuncias de Chomski, NACLA, Susan Stong y muchos otros- de las ligas entre congresistas, el ejecutivo, la CIA, y los gobiernos acerca de la venta de armas -inter-países para propiciar conflictos regionales o civiles: soldados africanos pro-rusos que disparan con armas norteamericanas o negros pro-yanquis que les contestan con armamento soviético.

Mucho se ha escrito sobre los fabulosos negocios de las armas en el mercado mundial. Es de todos sabido que el presupuesto militar de las grandes potencias rebasa con mucho la capacidad económica de todos los países "tercermundistas", pero ésto no es óbice para desalentar nuestros fructuosos esfuerzos encaminados a la militarización mundial. Pocos son los países ajenos a este proyecto; sobre todo hoy, en que la importancia de los ejércitos es tan grande que se depende en gran medida de su "modernización": en este siglo se ha rebasado los límites de la sofisticación, pues se incorporan todos aquellos elementos de la técnica que posibiliten el mayor grado posible de destrucción. Se ensayan ahora, en el mismo espacio, formas refinadas de eniquilamiento; todo parece encaminado a hacer de la -

técnicos el elemento más importante de la vida militar (1).

Todos estos aspectos técnicos relacionados con la maquinaria militar dan lugar a fabulosos negocios por parte de los gobiernos; se pretexto de la "seguridad nacional" el armamentismo sigue in crescendo, de tal forma que da la impresión de que nadie podrá detenerlo.

El ejército es hoy un inmenso monstruo superestado, que en muchos países -principalmente la URSS- ha logrado un grado de autonomía tal que puede planear conflictos siguiendo la lógica del reparto del mundo, sin que su propio gobierno logre frenarlo.

Podemos decir que en un principio los ejércitos fueron fieles ejecutores de la política belicista de sus gobiernos, pero en muchos casos -y, cada día son más- se han separado del control al que se les había sujeto.

NOTAS:

(1) Obsérvense aquí algunos ejemplos de ello: Rayos láser que guían cohetes; rayos láser que por sí mismos destruyen; bombas nucleares de mayor megatonaje; supertanques; estaciones orbitales espaciales; la bacteriología al servicio de la guerra con supergérmenes para -- los cuales no existe vacuna; naves espaciales con capacidad de rein_greso a la atmósfera ("taxi espacial"); aviones de combate superveloces, con precisión insudita en el disparo; supercomputadores que harán realidad "la guerra de las galaxias" más pronto de lo que nos imaginamos, etc., etc..

EL PATRIOTISMO

¡Patria o muerte!, dicen los Cubanos. Con ello no hacen más que expresar su voluntad de entregar la vida por el autócrata Fidel Castro, que a muchos de ellos -no a todos, por fortuna- los tiene enajenados con la idea de una "nueva patria", en donde, gracias al inevitable, inexorable o implacable avance del socialismo configura al nuevo hombre, que aún no ha podido formarse debido a que los rasgos del capitalismo están extirpándose poco a poco; pero algún día, ya fulgurará en el horizonte la "nueva moral" que orientará, por la senda de la "libertad", al mundo infelizmente perdido, ésto es: el paraíso.

Desde luego que Castro, al igual que Gorbachev, Reagan o cualquier otro dirigente, cuida bien de no personificar en él, en su propia figura, todo ese dechado de virtudes que busca para el "hombre perfecto". "El hombre feliz", parecen decir estos nuevos mandarines, "es aquel que sigue fielmente nuestra idea de libertad": Todos se pelean al unísono la venta de tan necesitado producto. Capitalismos parciales (USA) y capitalismos totales (URSS) pelean en el mercado de la ideología (creencias) el derecho de imponer su modelo de vida, que sólo difiere de los otros modelos por el radicalismo - con que se implanta. Para defender estos ideales se justifica la existencia de los ejércitos quienes, con sus armas, defenderán el Estado contra todos aquellos que por ignorancia o despiste pretenden imponer su propio orden existencial.

En el caso de los Cubanos, y sobre todo de los llamados "socialistas", esta situación adquiere rasgos grotescos, ya que con pretexto de "defender" a la afortunada Cuba, se ha logrado en cierta forma lo que Hitler no logró más que parcialmente: La casi total militarización de la vida cotidiana. Desde pequeños se les educa para "defender" la revolución; ya en otra parte vimos lo que ésto significa: Ejército por un lado y milicia civil por el otro.

La sociedad militarizada se mueve entonces como un todo que anhela

la ser perfecto: una sociedad civil que actúa con engranajes "lógicamente" concatenados los unos con los otros. Se vive la condición civil como una especie de "reserva militar activa"; cede cual sebeque, en caso de un ataque de los Estados Unidos, los Cubanos se alzaron como un sólo hombre para defender lo que es suyo o sea la patria cubana socialista, o, para mayor claridad: su vida e cambio de la burocracia cubana. Ya hemos visto a lo largo de este trabajo la efectividad con que el sistema militar despoja a los individuos de su capacidad para pensar y desarrollar cualquier pensamiento divergente. Una sociedad militarizada garantiza entonces la cancelación de todo tipo de pensamiento crítico, y los que reciben los dividendos son los encargados de dirigirla: los militares.

Pues la exaltación patriótica tiene que ser permanente; se debe familiarizar a los hombres con la idea de un mundo que refleje el conjunto de particularidades que los caracteriza (costumbres), de tal modo que disociar esa idea del país de que se trate se tome como algo auténticamente subversivo: es como si en una familia se permitiera a un extraño que violara impunemente la intimidad de ésta y empezara con desequilibrarla o destruirla. Patriotismo es arrogar en la conciencia un sentido de pertenencia a valores considerados como representativos o inmutables de una nación, pero con la selvedad de que quienes dicen defenderlos aprovechen su situación de poder para enajenar, embrutecer y esclavizar al conjunto que compone una población dada.

Los cancerberos encargados de velar por los elementos que caracterizan el patriotismo son los militares. Todo el ritual simbólico del patriotismo es ejercido por los militares auxiliados por los políticos que offician el ritual como supremos sacerdotes de la más grande enfermedad de nuestro tiempo: el nacionalismo.

Al officiar el ritual patriótico, el político profesional arregla a las masas con continuos recordatorios de nuestros orígenes, exal-

ta nuestros mitos como si fuesen entes suprerreales que sólo necesi-
tan de un ensalmo para que de nuevo cuenten su aparición, y ha-
ce éste tanto con los héroes como con las epopeyas que dieron sen-
tido y legitimidad a ese gobierno. Acompañan estos discursos pa-
trióticos la refulgencia y el estallido de la fiesta popular. La me-
cánica del razonamiento ciudadano sería: "Este día festejamos nues-
tro derecho a ser de tal o cual nacionalidad, y con ello celebramos
igualmente nuestra libertad", así pues: "¡que vivan nuestros velo-
res patrios y los encargados de protegerlos!". A nadie se le ocurre,
por supuesto, cuestionar la validez de tales procedimientos y -so-
bre todo- poner en duda si efectivamente se es libre o no, pero --
ello da una idea de la efectividad con que actúa sobre la masa el -
discurso patriótico.

LA INSTRUCCION MILITAR

La cultura militar está fundamentalmente relacionada con todos los artificios e intrínquilis de la maquinaria y el modo de vida militar. Digamos que toda la formación del militar se encamina a enseñarle cada una de las claves del discurso militar, los movimientos de tropa, los distintos tipos de armas y sus partes, su conservación, cómo armar y cómo desarmar una granada, cómo ser diestro en la defensa personal, cómo volar un puente, cómo minar un objetivo, cómo liquidar al enemigo haciendo el menor ruido posible, cómo realizar un combate cuerpo a cuerpo con balloneta, cómo destruir un tanque en movimiento, cómo dispersarle a un avión, cómo activar y desactivar bombas de tiempo, así mismo aprender las ordenanzas, los diversos códigos de disciplina militar, los manuales de todo tipo respecto al comportamiento de tal o cual situación etc., etc.. En suma, toda la sapiencia militar es de naturaleza militar, ésta es, rígida, fría, cerrada, intolerante, autoritaria, mecánica, desasosionada y, por supuesto, alienante.

No hay ningún nivel de lo militar que se proponga escapar con este sistema de educación castrense. Se memoriza de manera constante todo lo que se propone y considera necesario para reproducir el modo de vida militar; esta tarea se hace con tanta efectividad que después de un par de años el iniciado vomita inteligentemente toda la sarta de expresiones que codifican el discurso militar de manera efectiva: pocos años bastan para convertir al reclute en esa máquina de matar que se desea que sea.

Creo que no es muy necesario aclarar cómo, a través de todo este cúmulo de "saberes" militares, el iniciado desvincula y desarticula su vida de la de los "otros", sobre todo de la llamada "vida civil" su educación lo llena de toda una fraseología y de una lógica analítica militar que lo imposibilita para establecer relaciones con otro tipo de fenómenos de la vida cotidiana. Se trate de un perfecto adiestramiento que opere conductivamente: estímulo-respuesta, -

con la salvedad de que en ningún momento se piensa que es distinto a especializaciones técnicas como de optometrista, programador o abogado.

El mercenario es quizá el más puro de los soldados profesionales, todo le hace con "filosofía": es un convencido de que su adiestramiento está encaminado a dañar al género humano; la diferencia con el soldado profesional es que éste no es un criminal consciente, él sólo recibe órdenes, aunque en el fondo ambos actúan del mismo modo y cumplen los mismos fines (1).

En definitiva, la instrucción militar está encaminada únicamente a adiestrar al soldado en el arte de matar, y a acondicionar la manera de pensar del soldado a estos menesteres. Claro que a él no se le dirá tan claramente que mata por un salario, sino por un valor - mucho más difuso que el dinero: los símbolos patrios o la paz social.

NOTAS:

(1) Un desempleado mercenario busca trabajo durante el congreso de "Soldier of Fortune". Se le pregunta: ¿por qué no se busca un trabajo normal? y responde: "No aprendí otra cosa más que volarle la tapa de los sesos a las personas, lo cual no es un crimen: es un trabajo como otro cualquiera". ¿sintió alguna vez escrúpulos al matar personas por dinero, a las que no conocía y las que generalmente no le habían hecho nada?.

Brian (el mercenario) sólo puede reír ante tanta ingenuidad: "como si los soldados regulares anduvieran con el reglamento de combate terrestre bajo del brazo" dice: "meter a personas extrañas es la regla de la guerra. Sólo que los soldados normales están peor pagados" (Entrevista a Brian Goresby, mercenario de 35 años, por Erick-wiedemann de Der Spiegel. Excelsior, 11 de enero de 1984, subrayados míos).

LAS INNOVACIONES EN LAS ARMAS

Los soldados también "gozan" de la ideología consumista: de ninguna manera podrían ser distintos al conjunto de la sociedad gracias a la cual viven. Se trate de la última modificación bélica. - ¡Ah!, como disfrutan al saber que serán sustituidos los viejos fusiles-ametralladores por otros más rápidos en el tiro, más silenciosos y cómodamente ligeros, sin tantos problemas de recargar, de sobrecalentamiento o de alterantes retrocesos que pueden echar a perder la elegancia de la masacre. ¡Adios a la "mira" de bolita; - lo moderno es la "mira" de luz infrarroja, o la selección de objetivo con rayo láser.

Hay que cambiar esos vetustos aviones supersónicos y sustituirlos por veloces aviones de despegue y aterrizaje verticales, con mayor capacidad de bombas, más ametralladores y, sobre todo, más ligereza, sin tantos problemas para el piloto de descompresión gracias a los nuevos trajes presurizados, que son ideales para caer en medio del océano sin peligro a los tiburones o a lo frío del agua.

Se vive las "nuevas innovaciones" con la misma pasión enajenada de quien espera -hora sí- el modelo futuro, una especie de embriaguez deleitosa que sobrecarga al cuerpo de emociones inefables: el detalle está, en que las nuevas armas sirven para matar más y mejor.

LOS DESEOS DE LIBERTAD

¿Anhelen la libertad los militares? ¿desean ser libres de tan asfixiante modo de vida?. La respuesta es: siempre. Pero entonces por qué no renuncian a su condición? Por la misma razón que el civil no elige una vida más acorde con sus deseos: porque se encuentran atrapados por un torbellino de compromisos y un mundanal de intereses - que hacen de su mundo un todo cerrado que los incapacita para ver - más allá de sus narices.

Hay que ver a los soldados cuando hacen guardia, cómo se remueven inquietos cuando no estén bajo la mirada inquisidora del oficial; pueden hasta dormirse con los ojos abiertos; Quien lo dude, necesita incursionar por un cuartel militar y vivir un poco con ellos.

Los deseos nunca se aniquilan, simplemente se colapsan, manteniéndose en un estado de hibernación. Son proverbiales los desatinos y crueldades que comete un ejército triunfante con la población vencida, la prepotencia y el sadismo dominan sus vínculos con los civiles; pero así como la parte maldita actúa sin frenos cuando encuentra la ocasión, así los deseos de libertad siempre se mantienen vivos. Recuérdese que el mundo militar se vive como cualquier trabajo duro, como un infierno, aunque el soldado logre acomodarse no pasa un día en que no maldiga interiormente su suerte. Desde luego -- que existen militares que gozan de todas las prerrogativas éstos -- son siempre los miembros de la alta oficialidad, y no se preguntan acerca de estos problemas por la sencilla razón de que hacen casi - todo lo que quieren y, además, lo tienen todo.

Un cuartel es una prisión. Los registros de asistencia son severos y permanentes. No se puede charlar a determinadas horas, y se levantan y se acuestan a horas sincronizadas; se come o se descansa cuando el reglamento lo estipule, etc.. Quizás debe corregir: un cuartel es algo más cruel que una prisión moderna, por ello los deseos de libertad se viven con más angustia y se reprimen con más -- efectividad, ya que a final de cuentas se puede tener los domingos

de sueto o, gozar de licencias. Así que el desear ser libres es al go que constantemente se anhela, pero nunca se tiene.

Para Schopenhauer, la libertad significa estar "quito" de todo: -ésto es, ni más ni menos, la supresión de la necesidad, del deseo.- Desde luego que en nuestra sociedad occidental es verdaderamente im posible acceder a este enunciado; sólo en casos contados del Oriente subsisten aún comunidades budistas Zen, que viven conforme a este precepto, pero se trata de auténticos monjes que viven alejados de la vida mundana. De este modo -como alguien dijo- es muy fácil -ser bueno en una vida ascética... lo difícil es vivir en un mundo -de tentaciones y deseos.

Son muchas preguntas y casi ninguna solución: ¿puedo querer lo -que yo quiero?; ¿es libre mi querer?; ¿puedo dejar de depender de -lo necesario?; ¿puedo emprender libremente una serie de modificaciones sobre mí mismo, cuando yo quiero?; ¿soy consciente de lo que de soy quiero exactamente lo que deseo y quiero?; ¿o el no ser consciente quiere decir que mis actos son lo que otra voluntad quiere?; ¿tengo conciencia de lo que quiere mi voluntad?; ¿mi conciencia domina mi voluntad o al revés?; ¿puedo influir en mi voluntad con mi razón, o se comporta ésta valedosamente?; ¿puedo desear exactamente dos cosas opuestas y obtener ambas a la vez?. La cabeza ha planteado el problema -dice Schopenhauer- y la cabeza ha de resolverlo. Y nosotros añadimos: la cabeza lo resolverá con la ayuda del cuerpo.

Los militares no pueden plantearse estos problemas, creo que ni siquiera pueden imaginárselos: ellos viven el reino de la voluntad-subordinada, no son dueños de su querer, ni de su desear. Los militares pertenecen al mundo del código y de la ideología militares, -donde no existen palabras tales como conciencia, voluntad, pensamiento, ni nada que se relacione con la libertad; sin embargo, el militar proyecta en su interior, aunque sea de manera primitiva, su deseo de libertad.

EL TRAJE DE LUCES.

Los militares admiran la magia del uniforme. Ancestralmente, el que le hacía de jefe trataba de resaltar sus atributos dominadores- engalanándose como un pavorreal. Ya Maquiavelo recomendaba la manera de enfrentar a la chusma ensordecida, vistiéndose de la forma más ostentosa posible puesto que -aseguraba- el pueblo se sumise frente a quien viste muy elegantemente.

El uniforme constituye el medio ideal de sobresalir entre los de más -no es igual, de ningún modo, el traje de civil-: Tiene galenera. El uniforme militar está lleno de detalles que pueden crear un efecto hipnótico: plumas, gorras de tal o cual forma, calaveras, gafetes, borlas, botas, colgajos, estrellas, alas, águilas, etc. Existen -aunque no se crea- uniformes tan exóticos que rivalizan con el animal más vistoso, y ésto no pasa inadvertido para ellos mismos ni para los civiles. Siempre que transita ante nosotros alguien con -traje militar, atrae forzadamente nuestra mirada.

Huelga precisar que los uniformes son, además, un símbolo muy importante de autoridad, lo que los militares aprovechan magníficamente, tal y como lo aconsejaba Maquiavelo.

El uniforme militar tiene que ser esplendoroso, el stavío suntuoso es equivalente al honor de ser militar: "El Undécimo de Húsares era magnífico. Llevaban pantalones de color cereza, chaquetas de azul turquesa con borde dorado, chaquetillos forrados de piel, abrigos cortos puestos a modo de capa, con brillantes galones de oro, -altos sombreros de piel adornados con deslumbrantes plumas de colores... Se calcula que gastaba 10,000 libras esterlinas anuales, de su propio bolsillo, en vestir a los húsares de su regimiento" (Cecil woodham Smith).

Según Dixon los militares tienen necesidad de ser esnobes y esto está asociado entre otras cosas a la posición anómala que ocupan, - la sociedad simultáneamente los odia y los admira. Ambivalencia que va desde el frío desprecio hasta la fascinación temerosa y varía se

gún sean tiempos de guerra o de paz, atendiendo a factores concientes e inconcientes: "En un nivel conciente la sociedad admira la valentía, disfruta de la pompa, se muestra agradecida por la protección que recibe y se enorgullece de las conquistas, aunque al mismo tiempo se siente repelida por el autoritarismo, amenaza potencial y tremendo costo de las organizaciones militares. En un nivel inconciente hay mucha gente que proyecta en los militares sus conflictos personales interiorizados en torno a la agresividad, porque resulta a la vez fascinante y repulsivo ver a otros que se complacen en comportarse (sin ser castigados) de una forma que uno mismo tiene prohibida" (Norman F. Dixon).

Esta popularidad de los militares cambia según Dixon de acuerdo a los periodos de paz o de guerra, del mismo modo que la pornografía adquiere auge después de periodos amplios de represión sexual. La popularidad de los militares rivaliza -de acuerdo a él- con la fama y notoriedad de las estrellas de cine y de los políticos. Me temo que hay algo de cierto aunque quizá precisaría que se trata de una fama un poco anónima, casi nunca, en nuestros tiempos se sabe el nombre del general en jefe de tal o cual guerra o de quien comanda tal o cual dispositivo militar.

Los hombres somos proclives a dejarnos fascinar por el uniforme, no importa de quien se trate, al respecto el extraordinario escritor Kosinski nos brinda esta jocosa imagen de su novela "Cockpit" - que me atrevo a transcribirla detalladamente por su alto valor aleccionador:

"En los últimos años he tenido que cambiar de identidad con tanta frecuencia que he terminado por interpretar mi disfraz como algo más que un medio de liberación personal: es una necesidad. Mi vida depende de mi capacidad para crear al instante una nueva personalidad y para desprenderme de la anterior. Del mismo modo que, para las personas con quienes entro en contacto, mi disfraz nunca es sencillamente una impostura o una burla. Es un intento de expendir el silencio de la percepción ajena. Es el testigo quien, enfrentado con mi camuflaje, se engaña a sí mismo, dejando que sus ojos infundan -

credibilidad y autenticidad a mi nueva idiosincrasia. Y no le engañe: él acepta o rechaza mi verdad alterada.

Una vez, mientras paseaba por Florencia, me llamó la atención -- una elegante sastrería. Junto a la puerta, una placa de metal anunciaba que la tienda se había fundado a mediados del siglo XIX y se especializaba en trajes de etiqueta y uniformes militares. Sobre la placa había un escaparate donde se exhibían las fotos de algunos de los clientes más destacados de la tienda, entre los que se contaban militares, estadistas y diplomáticos de alto rango.

Entré en la tienda y solicité hablar con el gerente. Salí a atenderme un florentino de largas facciones mensuales, menos delicadas y sedoso cabello blanco.

-Me gustaría encargar dos uniformes militares para mí -le dije-. Uno para el día y otro para la noche.

El gerente llamó a dos de sus ayudantes y me explicó que ellos tomarían las notas y medidas necesarias.

-¿En qué ejército presta servicios, señor? -preguntó el gerente.

-En un ejército unipersonal -respondí.

El hombre esbozó una sonrisa nerviosa.

-Ah, ése es el sueño de todo hombre, ¿verdad? -comentó-. ¿De modo que es reservista?

-No, pero necesito dos uniformes militares que no sean copias de los corrientes, ya sean actuales o históricos...

El gerente me miró inquieto antes de volver a sonreír.

-¿Debe de ser actor; -exclamó-. ¿Estos uniformes son para una pieza teatral o para una película? ¿O para un espectáculo de televisión? -Me miró esperando la confirmación, mientras los dos ayudantes me estudiaban con agudo interés, lápiz en ristre.

-No, no soy actor. Más probable es que sea un teatro que me tiene por único intérprete -respondí, pero esta vez mis palabras no -- arrancaron ninguna sonrisa-. Los uniformes no deben vincularme con ningún país ni rama de las fuerzas armadas en particular, pero deben producir la impresión de que soy un oficial de alta jerarquía.

Pareció desconfiar de mis motivaciones.

-Antes de seguir adelante, señor -dijo en tono bastante frío-, ¿puedo preguntarle cómo piensa pagar la factura?

-En francos suizos, si no le molesta. Y por adelantado.

El hombre se tranquilizó.

-Hace más de un siglo que confeccionamos uniformes -proclamó-, pero dudo, señor, de que alguna vez hayamos recibido un encargo como el suyo. Verá, el uniforme es una prenda de diseño único que los hombres lucen para tener un aspecto característico y al mismo tiempo fácil de reconocer. El uniforme es tan específico como una fecha del calendario, en tanto que lo que usted parece desear es...

-Buscó las palabras para describirlo.

Le interrumpí.

-Usted acaba de decir qué es lo que busco: fáciles de reconocer, característicos. Límitese a hacerlos indefinibles. Es difícil, pero confío en el artista que hay en usted.

El gerente asintió, y después de una pausa ordenó a los ayudantes que trajeran álbumes con dibujos y fotografías de todos los uniformes importantes diseñados en el último cuarto de siglo.

Se sentó junto a mí y se dispuso a tomar notas, mientras ambos colaboradores rondaban cerca de nosotros.

-¿Qué clima desee que reflejen sus uniformes? - Subrayó la palabra "clima".

-Poderío, pero poderío limitado. Importancia, pero importancia discreta. Siempre usaré mis uniformes con camisa y corbata, nunca con medallas o cintas.

Garabateó lo que acababa de decir, y después esperó que continuara. Especé a volver las páginas de un álbum titulado Alto Comando: Siglo XX.

-Para compensar mi tórax estrecho necesito solapas anchas, como en este uniforme británico. -Señale el dibujo, y ambos ayudantes anotaron el número-. Pero quiero que las solapas estén un poco más separadas, para exhibir mejor la corbata, como en este uniforme italiano. -Señalé un segundo dibujo, que los ayudantes anotaron instantáneamente.

El gerente cogió otro álbum y lo abrió.

-¿Bolsillos como los de este uniforme sueco? -sugirió.

-Correcto. Pero, para que mi cuello parezca más corto, me gustaría que la parte posterior del cuello sea alta. Así la camisa no parecerá demasiado por encima.

Hojé un tercer álbum.

-¿Tal vez el cuello de la Fuerza Aérea del Brasil?

Los dos lo estudiamos cuidadosamente, pero no quedé convencido. Por fin optamos por un cuello de un uniforme de la Otan y por los mangos de otro chino.

-¿Charreteras? -preguntó.

-¿Qué le parecen éstas del Estado Mayor del Pacto de Varsovia? -sugerí-. Son grandes y harán que mis hombros parezcan más anchos.

Se manifestó de acuerdo.

La gorra planteó problemas. Explicué que la quería alta, para compensar mi nariz larga y ampliar mi frente.

-No veo nada de malo en sus facciones, señor -objetó amablemente.

-Nunca hacen juego con las ropas que uso -respondí-. Puesto que no puedo cambiar mi cara, por lo menos puedo diseñar un uniforme que armonice con ella.

-Sí, desde luego. Las gorras alemanas de comienzos de la década de los cuarenta son las más competibles con su rostro -repuso.

-Son excesivamente conocidas. Y producen demasiadas asociaciones de ideas, ¿no le parece?.

-Sí -asintió-. Demasiadas.

Finalmente optamos por una combinación de la gorra alemana y los modelos de la caballería soviética y de la Fuerza Aérea estadounidense.

Para el uniforme de día elegí la mejor sarga caqui que había, y una fanela azul oscura para el de noche. Mis uniformes eran dos veces más caros que los comunes, pero los pagué sin chistar. El complaciente gerente me acompañó hasta la puerta y, después de informarme de que la primera de las cinco pruebas se efectuaría al día siguiente, agregó:

-Por supuesto, no es de mi incumbencia, señor, ¿pero puedo preguntarle para qué necesita estos uniformes?

-Para satisfacer a una mujer -contesté-. Sólo le excito cuando uso un uniforme.

-Debe de ser una mujer muy caprichosa, señor -murmuró.

Cuando volví a la tienda para la primera prueba, me hicieron pasar a un vasto salón y me dijeron que me colocara delante de un espejo de tres lunas. Al mirar en torno, vi a los sastres y ayudantes que entallaban los trajes a varios hombres, algunos de los cuales estaban rígidos como maniqués, e menudo con uniformes que yo reconocía, a veces en distintos estados de semidesnudez.

Seguí con la mirada a un militar que salía del salón. Juzgué, -- por sus charreteras, que era un coronel, pero no supe a qué país servía, ni a qué rama de las fuerzas armadas pertenecía. Cuando volví hacia el espejo, nuestros ojos se encontraron.

Aunque mi chaqueta aún no tenía las mangas y no llevaba puestos los pantalones del uniforme, debí de decidir que mi rango era superior al suyo, y se adelantó a mi saludo. Sólo después de devolverle el saludo pensé que éste había sido un híbrido militar, como mi uniforme. Después de experimentar un poco, adopté un saludo que consistía en levantar con bastante informalidad mi mano izquierda hasta la visera de la gorra, como si tuviera el brazo derecho herido. Era un saludo que, a mi juicio, reflejaba el espíritu de mi uniforme y del hombre que lo usaba.

Durante las pruebas posteriores tuve oportunidad de ensayar mi saludo con frecuencia. Cada vez que un militar veía mi uniforme, se apresuraba a cuadrarse. Uno de ellos resultó ser un general muy condecorado que quería que reformaran sus uniformes porque había engordado. Echó una mirada a mi indumentaria y me saludó con la cálida sonrisa de un viejo soldado que le pasa la antorcha a otro más joven. También me saludó deferentemente un joven capitán que, según me informó el sastre, era hijo de una aristocrática familia española. El capitán me dispensó el respeto que la joven guardia tributa a los veteranos.

Por fin entregaron en mi hotel los uniformes terminados. Sobre el pecho izquierdo de cada chaqueta, en el espacio destinado a las cintas militares, adherí dos delgadas tiras de cartón, y colgué con pulcritud ambas prendas en el balcón. Después que se hubieron destendido durante algunas horas bajo el sol florentino de primavera, quí

té las tiras. Ahora, los tremos que había cubierto estaban ligeramente más oscuros que el resto de la tela, y los oscurecí un poco más con tintura.

Compré insignias falsas en una tienda de disfraces teatrales. Es cogí unos ceños de resaca sostenidos por dos Cupidos para las gorras, y unas tortugas para las chorreras.

Me puse el uniforme caqui y me preparé para abandonar Florencia. Cuando le devolví la llave de la habitación al conserje, quedó tan hipnotizado por mi indumentaria que no me reconoció. Le di mi nombre, se cuadró como si ambos estuviéramos en las fuerzas armadas, y luego se disculpó.

-¡No sabía que pertenecía a la Fuerza Aérea; -exclamó, mientras recibía la llave con una reverencia.

-No pertenezco a dicha fuerza -respondí en tono solícito-. Pero en un momento u otro todos usamos uniformes. Le palmeé suavemente el brazo y señalé su propia librea majestuosa. Sin embargo, se negó a aceptar la comparación e insistió en llevar mi equipaje hasta el coche.

El encargado del aparcamiento del hotel me vio vestido con el uniforme y trajo mi coche sin que se lo pidiera, desentendiéndose de los cinco o seis huéspedes que esperaban antes que yo.

Atravesé Europa luciendo mis uniformes. A menudo, un agente de tráfico, al ver la insignia de mi gorra, detenía los demás vehículos, me invitaba a cruzar delante de la luz roja y me saludaba al pasar. A mi vez, yo alzaba la mano para ejecutar mi singular saludo. Un día resolví visitar las ruinas de un castillo medieval en una remota ciudad de montaña. Me limité a conducir mi coche hasta la comisaría local, lo aparqué exactamente frente a la puerta y entré. Al ver mi uniforme, tres policías se levantaron con brusquedad, se cuadraron y abotonaron con torpeza sus chaquetillas.

Los hombres permanecieron en posición de firmes, a pesar de que intenté apaciguarlos con la explicación de que sólo era un turista ansioso por pasar un reto en la fortaleza. Les pregunté si les molestaría vigilar mi coche mientras yo estaba ausente. El jefe de la policía se apresuró a asegurarme que apostaría a uno de sus hombres para que lo vigilara.

En los restaurantes donde había que hacer largas colas, me acercaba sencillamente al "maitre". Le bastaba hacer una mirada a mi uniforme para ordenar a los camareros que agregaran una mesa o que se apresuraran a despejar otra. Al cabo de unos pocos minutos estaba sentado y atendido, mientras la gente de la cola me miraba en silencio.

Si un avión en el que deseaba volar estaba completo, iba hasta la ventanilla y pedía un asiento. Casi siempre lo obtenía. En una ocasión, un empleado miró mi insignia y empezó a disculparse de forma locuza, diciendo que la única plaza que podía asignarme era un asiento de servicio que estaba libre en el avión. Le aseguré que me

parecía perfectamente aceptable. Me entregó el billete de inmediato y pidió un coche de la línea aérea para que me transportara desde la terminal hasta el avión.

Cuando subí por la rampa, el piloto se acomodó para darme la bienvenida a bordo. Se cuadró y se excusó porque mi asiento estaba en el "extremo impropio" del avión. La azafata, claramente impresionada por mi presencia, me escoltó hasta el asiento y me prestó una atención especial durante todo el vuelo".

Esta actitud "acomodada" frente a los uniformes es algo que todos traemos dentro, una especie de voluntad de servir y sometimiento ante todo lo que ostente autoridad, no importa de dónde provenga con tal de que el atuendo contenga esa magia. Acostumbro decir a mis alumnos que si de improviso a mitad de la clase se presentara el "Papa" muy seguramente caería de bruces de la impresión y no hablaría en broma.

EL PLACER DE VIGILAR

En la organización militar existe una doble actitud vigilante: por un lado, la que se ejerce por motu proprio hacia uno mismo, y - por otro la que se emplea sobre los demás; una especie de periscopio interno (autofiscalización), y, en otro ángulo, el mismo soldado se erige en el ojo del verdugo. Doble vigilancia, la propia que se vive con angustia, con temor al castigo, y la otra en la que me convierto en el censor más severo de mis propios compañeros: esta última vigilancia la vivo con placer.

El montar guardias proyecta mi espíritu dominador sobre todos -- aquellos sospechosos que -pienso- violan la disciplina militar, y -- como uno mismo ha sido sospechoso, se descubre rápidamente cómo se les ingenian los demás para ocultar sus delitos: "No me engañen, -- puesto que sus métodos para engañarme son los mismos que empleo para engañarlos". mi regocijo se magnifica en el momento en que descubro "in fraganti" lo que quería descubrir, y entonces, me demuestro a mí mismo que soy muy eficaz para detectar lo que sufro como vigilado. Se compensa entonces el suplicio fiscalizadorio; sé que en -- cualquier momento me pueden pillar en el interdicto; pero luego yo mismo habré de ejercer la soberana potestad de vigilar... y entonces aplicaré sobre los demás lo que a mí mismo me atormenta.

LA GUERRA INTERMINABILE

Según la ONU, vivimos un momento atormentado de la historia del mundo, en que la violencia forma parte, cada vez más de la vida cotidiana, donde las tensiones se multiplican, los límites se difuminan entre enfrentamientos militares y matanzas civiles, y donde los odios desencadenados franquen con más frecuencia las fronteras de lo insostenible.

Esta época se caracteriza por flagrantes desigualdades, enconadas oposiciones de intereses, de ideologías, fricciones y conflictos. El hambre azota a la tercera parte de la población mundial.

La carrera armamentista compromete recursos superiores a los 650,000 millones de dólares (1984), suficientes para resolver "económicamente" casi todos los problemas de la humanidad, sin embargo, seguimos acercándonos vertiginosamente a un callejón que al parecer no tiene más que una salida: el exterminio más completo de toda forma de vida en este planeta. Aquí vamos, como pasajeros transitorios en una nave infernal que se llama Planeta Tierra demostrándonos que no sólo nada nos satisface, sino que no nos toleramos ni a nosotros mismos. Deambulamos como cadáveres caprichosos, resoplando fétidos alientos a todo lo que exprese vida; tercos hasta la ignominia, nada nos conmueve, ni siquiera nuestra propia muerte. Aquí vamos, -contaminando e incendiando nuestro hábitat con supuestos instrumentos técnicos (civiles y militares) que sirven para "vivir mejor".

El hombre está, parece, cansado de ser el "rey de la creación", ahora sólo importa esperar en la decadencia de su reinado, a que la estupidez acabe de imponerse y que mejor medio para ello que la guerra. Las guerras siguen siendo posibles al decir de H. Arendt, sólo en los países que no usen armas atómicas, ésto es, en los países llamados estresados. La sola lectura periodística nos confirma lo dicho: Irak-Irán; Líbano-Siria-Israel; Nicaragua-Salvador-Honduras; etc..

La guerra militar siempre será posible mientras se siga conser-

vando una actitud de orgullo hacia la Institución Militar. Guerras - siempre ha habido; antes era lícito manifestar cierto genio en la táctica y en la estrategia bélica, se podía usar la imaginación para mover las tropas como en un tablero de ajedrez, se creía en los imponderables (una tormenta, un terremoto, el invierno, etc.), que ayudarían a resolver el conflicto de tal o cual modo, se confiaba en la fuerza personal, en las habilidades que se empleaban para engatusar al enemigo, distraer su atención y liquidarlo. Esta situación hoy sólo se vive en los simulacros de conflictos bélicos, para que la casta militar recuerde que hubo una época en que se auxiliaba de las propias manos para luchar con el enemigo.

Para ser militar se requiere colaborar en un proceso de autodestrucción de lo que se llama personalidad que poco a poco convertirá a éste en un ser despojado de todos sus mecanismos de autodefensa y orgullo personales: todo ello dirigido a ejercer sobre la sociedad la misma usurpación y autoliquidación personal que sobre ellos ejercieron sus superiores.

Todo lo militar es sinónimo de rigidez y conservadurismo. El mundo moderno recurre de manera más creciente a "soluciones" militares para resolver conflictos, pero está visto que sus alternativas son siempre temporales, y sólo logran exacerbar los deseos vindictivos de aquellos a quienes oprimen.

Todos aquellos que suspiran por poner un ;"haste aquí"; a esa conducta veleidosa, inconstante, desordenada y criminal de los hombres, son los que más claman por una solución militar de la sociedad. Tenemos que luchar por entender esa dualidad demoníaco-angélica que es el hombre, sólo así aceptaremos la guerra como algo natural en la vida de los hombres: aceptar que los hombres estén escindidos en lo más íntimo de sus fibras nerviosas, que lo mismo compeñecen al prójimo que lo hacen picadillo. "Para todos los hombres -- que han conservado el vigor", dice Nietzsche, "y han permanecido --

cercos de la naturaleza, el amor y el odio, la gratitud y la venganza, la bondad y la cólera, la acción afirmativa y la acción negativa son inseparables".

"Se es bueno, si de alguna manera sabemos ser malos; se es malo, porque de otra forma no podríamos ser buenos. ¿De dónde procede, - por tanto, ese estado enfermizo, esa ideología contranatura que rechaza una doble tendencia, que enseña como virtud suprema no poseer más que un semivalor? ¿De dónde viene esa hemiplejía de la virtud, - inventada por el hombre bueno...? Se exige del hombre la amputación de los instintos que le permiten llevar la contraria, hacer de no, - montar en cólera, exigir venganza... A esta desnaturalización corresponde esa concepción dualista de un ser puramente bueno y de un ser puramente malo..." (Nietzsche).

Más adelante, agrega Nietzsche: "...es la vida la que tiene razón -la vida que no sabe separar la negación de la afirmación- ¿pare - qué poner toda nuestra fuerza en declarar que la guerra es mala, - tratando de no perjudicar, de no decir "no", cuando a pesar de todo se hace porque no puede hacerse otra cosa...? (La voluntad de poderío).

¿De qué sirve, pues, clamar por el pacifismo y la bondad de los hombres, si siempre habremos de volver sobre nuestros pasos, declarando guerras, causando odios, destrucciones y muerte?

Aún así debemos insistir. En esta hora que nos ha tocado vivir - (1987), los medios de destrucción son tan letales, tan peligrosamente efectivos, que se torna un imperativo urgente enarbolar la bandera pacifista, al menos tratando de mantener las guerras fuera del uso nuclear -tarea cada vez más difícil-.

La lucha esté planteada, sin embargo. Por un lado estamos los que deseamos un mundo distinto, con menos trabajo, más creatividad y - más democracia; los que queremos una técnica al servicio del hombre dando mayor importancia a nuestro hábitat que a los medios para la-

destrucción del mismo: los que desean un mundo con mayor expresividad en todos los terrenos. Y, por el otro lado, los que son amigos de la información dirigida, de la mayor represión y el máximo control de la sociedad y que, por ceguera, por flojera mental, por escurrimiento fácil al imperio de la obediencia y el orden, se someten a un mundo menos permisivo y más dictatorial... En esos términos está dada la lucha, porque los únicos que perderán en ella serán la humanidad y toda su descendencia. La lucha se da pues, entre la preservación de la vida y la muerte oficializada: entre los que aman el riesgo y los que prefieren la huele seguridad de sus destinos programados, entre los que aman la aventura y los que necesitan que sus actos estén diseñados conforme a la cordura y la decencia institucionalizadas.

SIN NOVEDAD EN EL FRENTE

Escribir sobre los militares es hoy en día un propósito delicado, ya que la susceptibilidad de éstos como grupo y las tareas a ellos encomendadas, los vuelve muy intolerantes ante toda crítica.

De hecho viven alejados de la sociedad civil, en un mundo aparte que observa sus propias reglas del juego. No obstante, todas sus prácticas van dirigidas supuestamente a proteger el orden civil de conflictos tanto externos como internos. Nadie desconoce la existencia de los militares, sin embargo, todo mundo sabe que están íntimamente ligados al poder político y que actúan en mancuernas con éste cuando los problemas sociales y políticos rebasan el ámbito de la negociación. Cuando ellos toman para sí la tarea de imponer el orden público se sabe que pocas veces recurren al diálogo y si por el contrario casi siempre a la violencia.

La importancia creciente de la ciencia en el mundo moderno es afectado por igual a los militares, los cuales buscan de manera más acelerada a todos aquellos dispositivos que ayuden a modernizar las fuerzas destructivas. Lo cual no excluye las reticencias naturales dadas por la costumbre para modernizar los equipos bélicos. Lo moderno en este siglo es copiar de manera incessante aquellos armamentos que mejoren la capacidad destructiva.

Los propios militares tienden a ver su función en términos de una racionalidad social que como tal esté encausada a objetivos útiles o beneficiosos para una comunidad, tales como la conquista de un territorio o la supervivencia de un Estado. Si uno se colocara en el lugar de un militar, quedaría fuera de toda duda que son tan necesarios como el papel y la pluma con la que escribo, jamás pondrían en duda su existencia aunque la guerra nuclear moderna los haga cada día menos necesarios.

Los militares modernos aún siguen pensando en la guerra en términos contables; una "victoria" sería algo así como un beneficio neto descontando las pérdidas y el costo, por supuesto que nada tiene --

que ver aquí la consideración ética de destruir y aniquilar miles de vidas.

No es cuestión de dudar de la eficiencia de los militares, se trata de que siempre los éxitos o la gloria serán medidos atendiendo al número de hombres que pueden aniquilar y a la celeridad criminal con que se logre. Este trabajo no pretende rescatar las partes "positivas" si es que existen de los militares, se propone plantear que su existencia es obsoleta y que a pesar de la modernización continúan ejerciendo la función que siempre han cumplido, controlar los posibles brotes de subversión y en su caso aplastarlos, a estas tareas la denominan eufemísticamente "pacificar".

Se le ha usurpado a los hombres su instinto agresivo y se pasado a ser monopolio exclusivo de los militares, sin percibirse de que al reprimir la agresividad natural se potencia y se mantiene mayores riesgos de agresión colectiva.

El esfuerzo de muchos de nosotros "estudiosos" de la sociedad y de las instituciones políticas es alertar a toda la comunidad acerca de los proyectos dirigidos a domarla, sin olvidar los peligros que conlleva hacer conscientes a los individuos de sus potencialidades agresivas.

Se asegura que ningún general ganó una guerra cuando ha sentido escrúpulos; nadie puede lograr una victoria absteniéndose de aniquilar totalmente al enemigo. Este aspecto bien puede trasladarse a viejas discusiones dentro de la llamada "ciencia política" acerca del fin que está plenamente justificado por los medios, aquello de la naturaleza amoral de los actos políticos que se piensan válidos porque tuvieron la finalidad de afianzar el poder de quien lo detenta. Pero sucede que dentro de la sociedad civil, un político que se valga de artimañas y subterfugios para mantenerse en el poder, que haga trampas o cometa crímenes está expuesto a la posibilidad de que lo desconozcan, lo destituyan y su posición siempre será riesgo

sa; en cambio los altos mandos militares casi nunca ven cuestionada su autoridad y las actitudes atrabiliarias, despóticas, de abuso de poder que cometen, muy difícilmente serán juzgadas, además de que se supone que el modo natural que tienen para actuar los militares en la política no distan de que sean muy diferentes a los utilizados en las confrontaciones bélicas. Es proverbial la fama que tienen de malos administradores. Creo que era el ex presidente norteamericano Lindon Jhonson quien acostumbraba decir de los militares que esto lo único que saben hacer es gastar y desperar.

Casi siempre emergen al escenario político cuando las circunstancias políticas hacen deseable una autoridad que sepa mediar entre los enconos partidarios que amenazan convertirse en revueltas y -- muy probablemente casi nunca logran remediar el mal que pretendían sanar; por el contrario polarizan unificando en su contra la animada versión general.

Los militares son los profesionales más capacitados en el empleo de la violencia, se pretende que su existencia sea un "mal necesario"; el problema es que hoy en día su participación en el escenario bélico es casi remoto, excepto en los países subdesarrollados. Las grandes potencias con todo y tener millones de hombres en sus ejércitos, cuentan con la eficacia primordialmente de sus misiles nucleares, los cuales como es obvio hacen imposible guerras convencionales entre ellos. Clausewitz decía que la guerra había que contemplarla, sin importar que fuera contra los mejores intereses de los hombres, sin reparar en el horror y la repugnancia que este nos produce. Mientras los hombres continuemos pensando a la guerra como una actividad "normal" en la vida de los hombres o un accidente en la vida natural, la existencia de ejércitos y las masacres que muchas veces realizan de la población civil, estará plenamente justificada. La cuestión es, que mientras los hombres se continuen agrediendo, mediante declaraciones oficiales de los respectivos Estados

y no reconocen el permanente estado agresivo en el que vivimos, seguimos pensando en la guerra como la ruptura del equilibrio en -- donde dos países coexisten relativamente en paz. Pensar que la propia vida personal está llena de anécdotas agresivas y que ello no -- constituye una ruptura con nuestro modo natural de coexistir; al -- respecto Max Stirner nos propinó una gran lección, al proclamar la necesidad de ser egoístas a ultranza, luchando contra todo aquello -- que pretende usurpar mi propio derecho a actuar como me parezca, la lucha de todos los hombres por ostentar su propio poder. Para Stirner es el Estado quien insiste en usurparme mi derecho a ser si -- quiero, un agresivo furibundo: "El ascenso de cada individuo a su -- propio poder, a su individualidad no implica necesariamente para -- Stirner un reino de rapacidad universal y eterna perpetua... Reconoce que gobernar a los demás, destruiría su propia independencia. Aquel que, para mantener su propiedad debe contar con la ausencia -- de voluntad en los otros, es una hechura de esos otros, un dominado" (R. Toceven, La loca historia de la historia).

Una novela que troqueló a toda una generación lo fue "Sin novedad en el frente" del estupendo escritor Erich María Remarque, lo -- único verdaderamente deplorable lo es el hecho de que su influencia no creciera con los años y el no haber sido leído por la mayoría de los jóvenes alemanes de la era pre-hitleriana, tal vez --de hacerlos se hubiesen ahorrado unos cuantos millones de vidas.

Unos adolescentes son "convencidos" mediante patrióticas arengas del deber que estos tienen de participar en la primera gran guerra -- mundial, el resultado es terrible. Son habilitados como combatien-- tes en sólo diez semanas y aprendieron que un botón reluciente, era más importante que cuatro tomos de Shopenhauer: "...constatemos que lo importante no parecía ser el espíritu sino el cepillo por las -- botas, no el pensamiento sino el sistema, no la libertad sino la ru -- tina. Nos habíamos alistado llenos de entusiasmo y buena voluntad, y,

sin embargo, se hizo todo lo posible para que nos hartáramos. Transcurridas tres semanas ya no nos parecía inconcebible que un ex-cartero con galones tuviera más poder sobre nosotros que el que antes tenían nuestros padres y nuestros profesores, y que todos los núcleos de cultura reunidos, desde Platón hasta Goethe. Con nuestros jóvenes ojos despiertos veíamos que la noción clásica de patria, enseñada por los maestros, se realizaba allí por el momento, en un abandono tal de la propia personalidad que nadie se hubiera atrevido a exigirselas al más ínfimo de sus sirvientes. Saludar, cuadrarse, desfilar, presentar armas, dar media vuelta a la derecha, media a la izquierda, golpear con los tacones, aguantar insultos y mil y otras estupideces. Habíamos creído que nuestra misión sería muy distinta y nos encontramos con que nos preparaban para el heroísmo como quien adiestra caballos de circo".

Todos esos jóvenes fueron domados tal vez debe decir disciplinados mediante la aplicación intensiva de castigos hasta cunder desmayados, pero al final se adaptaron: "Lo más importante fue, sin embargo, que se despertó en nosotros un vigoroso sentimiento de solidaridad práctica que más tarde en campaña, se desarrolló hasta convertirse en lo único bueno que la guerra produce: la camaradería".

Pero se trate de un compañerismo que esté profundamente ligado a la represión y a la posibilidad de morir en el campo de batalla. Recuerdo la película del gran realizador polaco Wajda "Kanal" en donde en medio de la cacería que hacen unos nazis en una ciudad polaca se manifiestan al traves de las tuberías del drenaje por donde huyen los fugitivos, muchas y profundas muestras de heroísmo y solidaridad humana. Es cierto la guerra acerca mucho a los hombres pero ¿a que costo?

Los hombres son ajenos a estas conflagraciones bélicas en la que los Estados dirimen sus intereses, las guerras las deberían realizar los ministros y los generales "... una declaración de guerra ha

bría de ser una especie de fiesta popular, con tequillas a la entrada y música, como en los corridos de toros. Los ministros y generales de los dos países bajarían a la plaza en traje de baño, armados con estacas y que se dieran una buena sonora. El país que sobreviviese sería el vencedor. Esto sería más sencillo y todo iría mejor que ahora, cuando han de pelearse quienes son ajenos al asunto".

La condición para que todos los que están enrolados en los ejércitos se agreden unos a otros es que no piensen, pensar es suicidarse: "Mientras permanecemos en campaña, los días de frente, cuando ya han transcurrido, descienden como piedras hasta el fondo de nuestro ser, porque son demasiado pesadas como para meditarlos en seguida. Si quisieramos hacerlo nos suicidaríamos, pues me he dado cuenta de esto: podéis soportar los horrores mientras agacháis simplemente la cabeza; pero en cuanto reflexionáis, os matan".

En el desarrollo de la contienda bélica Remarque medita sobre la guerra y a lo largo de su dramática novela nos revela el carácter absurdo de ésta, al observar a unos prisioneros comprende que nada tiene contra ellos: "Contemplo sus oscuras siluetas. Sus barbas ondean con la brisa. No sé de ellos nada excepto que son prisioneros y, precisamente, ésto es lo que me conmueve. Su vida es anónima e inocente... Si supiera algo más de ellos, cómo se llaman, cómo viven, cuáles son sus anhelos, qué es lo que los mueve, mi emoción tendría un objeto y podría convertirse en compasión. Ahora, sin embargo, detrás de ellos no veo sino el dolor de la criatura, la terrible melancolía de la existencia y la falta de misericordia en los hombres.

Una orden ha convertido ha estas sombras tranquilas en enemigos-nuestros; otra orden podría convertirlos en nuestros amigos. En una mesa cualquiera, unos caballeros que nadie de nosotros conoce firman un escrito y he aquí que, desde aquel momento, por largo tiempo, nuestra suprema obligación consiste en hacer aquello que en tiempo

normal, es abominado por todo el mundo y castigado con la última pena".

¿Pero quién está detrás de la guerra? ¿Quién la impulsó? ¿quién la desea? ¿por qué continúa? Los personajes de Remarque llegan al meollo de la trama estúpida de la guerra e identifican a los culpables:

"vuelve Tjaden. Está todavía muy exaltado y se mete, de nuevo, en la conversación. Ahora quiere saber cómo se produce una guerra.

-Generalmente porque un país ofende gravemente a otro -responde Albert con cierto tonillo de superioridad-.

Pero Tjaden permanece impasible.

-¿Un país? No lo comprendo. Una montaña alemana no puede ofender a una montaña de Francia. Ni un río, ni un bosque, ni un campo de trigo...

-¿Eres tonto o lo aparentas? -gruñe Knopp-. No he querido decir esto. Un pueblo ofende a otro...

-Siendo así, yo no tengo nada que hacer aquí -replica Tjaden-; no me siento ofendido en absoluto.

-¡A ti ven a darte explicaciones, si te parece; -dice Albert enfurecido-; ¿no te das cuenta que eres medio mierda que no pinta nada?.

-¡Pues me marcho a casa enseguida; -insiste Tjaden ante la hilaridad de todos.

-Pero, ¡pedazo de idiota; Se trata del pueblo en conjunto, es decir, del Estado... -grita Müller.

-El Estado, el Estado... -dice Tjaden haciendo sonar los dedos con malicia-. Guardia civil, policía, contribuciones, he aquí a vuestro Estado. Si eso es lo que te interesa, paga tú el pato".

Pero el Estado sólo se le puede doblegar, al decir de Proudhon, si se le despoja de su omnipotencia, mientras tanto puede continuar declarando guerras, y los hombres obedeciéndolo, porque ser goberna-

do es entre otras cosas ser: reprimido, multado, objeto de abusos, - hostigado, seguido, intimidado a voces, golpeado, desarmado, estrangulado en el garrote, encarcelado, fusilado, etc., etc..

Remarque lance al traves de su novela una acre estilineria a la guerra y a quien la provoca, un grito que desgraciadamente no fue escuchado por la joven generaci3n siguiente y que se lanz3 a la guerra de modo igualmente demencial: "Soy joven, tengo veinte a5os, pero no conozco de la vida m3s que la desesperaci3n y la muerte, la angustia y el tr3nsito de una existencia llena de la m3s estúpida superficialidad a un abismo de dolor. Veo que los pueblos son lanzados los unos contra los otros, y se matan sin rechistar, sin saber nada, locemente, dócilmente, inocentemente. Veo como los m3s ilustres cerebros inventan armas y frases para hacer posible todo esto durante m3s tiempo y con mayor refinamiento. Y como yo, lo ven todos los hombres de mi edad, aquí y entre los otros, en todo el mundo; conmigo lo está viviendo toda mi generaci3n. ¿Qué harán nuestros padres si un día nos levantamos y les exigimos cuentas? Durante -- años enteros, nuestra ocupaci3n ha sido meter; ha sido el primer oficio de nuestra vida. Nuestro conocimiento de la vida se reduce a la muerte. ¿Qué puede, pues, suceder después de esto? ¿Qué podrán hacer de nosotros?".

Pero la guerra no acaba cuando nuestra voluntad decide, mientras tanto tienen que obedecer y meter a diestra y siniestra, no importa su lealtad, en el ejército predomine la suciedad, la injusticia y la vileza. Cañones que vomitan fuego, acorazados indestructibles - sullando y escupiendo metralla, muertos, heridos, lisiados por siempre.

"Granadas. Gases. Tanques... Triturar. Devorar. Morir.

Disentería. Gripe. Tifus... Ahogar. Calcinar. Morir.

Trinchera. Hospital. Fosa Común... No existen otras posibilidades".

(Erich Marie Remarque, Sin novedad en el frente).

A MANERA DE CONCLUSION

El conocimiento de la verdad necesita querer a la vida, puesto que ella es la garantía de la perseveración de todo lo que existe; pero como el conocimiento no es universal y no hay método objetivo para --mostrarlo, éste debe ser aprendido --con riesgos y vacilaciones-- por todos los hombres, sin perder de vista que nadie puede querer la muerte; mejor dicho: el que quiere la muerte, ¡que muera!, más no estorbe el ciclo de la vida. Ese conocimiento personal y subjetivo necesita tener conciencia (razonable, diría Nietzsche) de la necesidad de la vida y del imperativo ético de preservarla.

El hombre está dispuesto a inculpar a Dios o al Diablo de todas --sus situaciones, e insiste en no reconocer que en nosotros mismos está la clave de ese inmenso enigma que somos. Necesitamos apropiarnos de una razón frágil y siempre combatiente que sepa que la base de todo su fundamento no es sino la duda que nos carcome día con día y que nos impulsa a objetarla. Los caminos del hombre son muy diversos, empleares por alguno de ellos no es más que la certeza de transitar sobre un mundo de dificultades y asperezas. Dos mundos debería escudriñar el hombre: aquel que lo relaciona con sus congéneres, y el que lo lleva a esos vastos y alucinantes mundos interiores; tan inmenso el uno como el otro, puesto que desconocemos su principio y su fin.

Conciliar la frenética vida del hombre moderno --que aparece escindido entre su aspiración al infinito y la necesidad de unidad integradora--, proporcionarle una imagen coherente (no-volátil) que le permita contemplarse a sí mismo como "uno", y al mismo tiempo dejar nuestra pródiga y errabunda imaginación que se disipa por el sin fin de universos que pueblan nuestros mundos interiores... ¿Cómo lograrlo? --Schlegel nos propone un vehículo inefable: la poesía. "La poesía acerca todos los corazones que la aman, y teje entre ellos lazos indisolubles". No importa que cada cual persiga fines diferentes, la poesía es el terreno mágico sobre el cual se teje la coincidencia, pero no fue el primero: muchos grupos del mundo náhuatl postularon lo propio-

ante la propuesta bélica-afética de los aztecas. La poesía en sociabilidad, convivio, disfrute, comunidad...; la poesía excluye la necesidad de la guerra entre los hombres.

Pero no es el momento de las propuestas, que sin duda existen y cuya divulgación se hace cada vez más necesaria. Porque quien ama la vida debe continuamente hacer algo por ella. Amar la vida no es solamente un enunciado ético, lo es político, económico, social, y en todos esos intersticios de la vida, cada cual debe hacer lo propio por restituir al hombre lo que le pertenece, más que como un legado, como un servicio a la vida en todas sus manifestaciones. Si la poesía nos torna amistosos, Schleiermacher nos recomienda (en 1800): "El proceso de despoetización es bastante largo, es hora de poetizar de nuevo el agua, el aire, el fuego, la tierra...".

Decir todo esto cuando se habla de crímenes, de maldades, de guerras, puede parecer a quien lo escuche bastante pedestre y ¿por qué no? políticamente inviable; lamento entonces no haber podido explicar me, porque decir poesía es hallar esa parte que nos liga a todos los aspectos que permiten al hombre encontrarse en esta vorágine infernal, que toda nuestra historia, como civilización, ha planteado; la poesía es quizás ese sentimiento de unidad al que podemos arribar los hombres para vivir un mundo más lúdico y permisible, no tecnocrático y deshumanizante: un medio para enlazarnos con nuestra indudable porción mítica de la que todos los seres humanos somos propietarios: "La poesía, "dice Novalis", es representación del alma, representación del mundo interior en su totalidad. Sus intermediarios, las palabras, lo indican, pues son la manifestación exterior de este reino profundo..." Necesitamos aprender a jugar con las palabras, a devolverle a las palabras su hechizo, acabar con esa retórica política-bélica que diariamente llena nuestra vida cotidiana, y pronunciar nos cada día por un mundo no necesariamente violento -quizás beligerantemente soportable- invirtiendo los signos del discurso cotidiano para que prevalezcan, dominen nuestros impulsos creadores, poéticos, musicales, heréticos.

¿Podemos imaginar un ejército que no use armas y que prefiera morir a matar?. Suena absurdo. Sin embargo existió: se llamaba el "tate

-nokai" (Sociedad del Escudo) fundado por el escritor japonés Yukio - Mishima. Este extraordinario escritor siempre buscó alguna salida a esa dualidad aparentemente contradictoria que somos los seres humanos. Exaltó la virtud física a la vez que fue un auténtico genio de las palabras; siempre trató de conciliar la separación de lo que llamamos - alma y cuerpo, con un deliberado propósito de devolverle al Japón la conciencia de su heroicidad. "El lenguaje de la carne -dice Mishima-- es la verdadera antítesis para las palabras... Los músculos son a la vez fuerza y forma, y este concepto de una forma que envuelve a la fuerza es la síntesis perfecta de mi idea de lo que debe ser una obra de arte; así los músculos que iba desarrollando eran a la vez existencia y obras de arte...". Mishima trata de rescatar algo así como la - virtud poética del guerrero, le indigna que el Japón se occidentalice, perdiendo paulatinamente lo más puro de sus costumbres. El último gesto de este extraordinario hombre fue quitarse la vida (seppuku) ante un regimiento de soldados profesionales, arregándolos a que tuvieran la entereza de devolverle al Japón su prestigio heródico. Decir heroicidad es hablar del guerrero, no del soldado moderno; es hablar de excelencia física y moral, de hombres dispuestos a perder la vida con tal de conservar valores éticos muy altos. Es hablar de seres con un potencial de vida inconmensurable, de arrojo inaudito, de gestos bellos y profundamente humanos; de seres con capacidad para sobrevivir en condiciones sumamente adversas; es hablar de todas aquellas personas que de un modo u otro buscan utopías realizables, que son candorosamente optimistas no respecto a las instituciones políticas vigentes (autoritarias y a-creativas), sino a ilusorios mundos comunitarios - donde el hombre se acepta en todo lo que vale de bueno y de malo...: es hablar del samurai.

En 1871 el gobierno japonés prohíbe el uso de la espada, y, en un decreto adicional, prohíbe el uso de la tradicional coleta que usan - los samurais. Los miembros de la "liga del viento divino" se rebelan por esas medidas y por la extranjerización del país. Pero no basta el protestar: tienen que actuar. Después de prepararse espiritualmente - durante meses, "contemplando la luna y deleitándose con el florecer - de los cerezos", se proponen una medida sumamente descabellada: 200 - hombres tratarán de posesionarse de la imponente fortaleza de Kunamoto. "Sigue una terrible orgía de heroísmo y crueldad. Un grupo se des

vía hacia las calles de la ciudad, para lo que hoy se denomina con un lamentable eufemismo 'ejecuciones por un comando'; buscando, para asesinarlos, al gobernador y a los altos jefes militares, que no pernocaban en la fortaleza.

"La primera fase del asalto al castillo permite a los samurais lucirse en esas proezas bélico-acrobáticas tan explotadas hoy en el cine. Escalan la muralla sigilosamente, y dando muerte insonora a los centinelas abren la puerta a los demás, que entrando por sorpresa en los dormitorios exterminan a los doscientos artilleros que no poseen armas de fuego menores.

"Repetición triunfal del asalto a la muralla y puerta del cuartel de infantería. Pero en sus barracas hay dos mil hombres. Dormidos y desnudos, pero dos mil".

"Los samurais incendian los dormitorios y comienzan el exterminio. Los soldados no tienen municiones, que usadas sólo en las maniobras, se guardan en un almacén cerrado. Daban defenderse con las ballonetadas caladas en los fusiles mudos, y con los sables. ¡Qué sabrosa venganza para los samurais, demostrar la inutilidad del sable militar ante la Katana a la que el ejército ha renunciado!. Los grupos erizo, en que los soldados apañados abren en abanico sus fusiles con balloneta, son fácil presa para los diestros esgrimidores de lanza, pero... entre otras cosas, lleva mucho tiempo a un par de centenares de hombres degollar a dos mil".

"Los barracones incendiados iluminan el campo de batalla, poniendo en evidencia el menguado número de las fuerzas atacantes. Ocurre entonces una de esas casualidades que inesperadamente hacen cambiar el final de una batalla. Y posiblemente en este caso también la historia del Japón: un oficial y doce soldados que huyen de la matanza, encuentran en el pueblo al mercader que vende las municiones al cuartel. Les entrega 180 cartuchos que casualmente guarda en su casa. Este detalle fortuito inclinó la balanza. El grupo regresa al castillo donde los reclutas, inexpertos en la lucha cuerpo a cuerpo, han perdido ya

casi trescientos hombres ante los samurais, que apenas tienen bajas. El oficial y los doce soldados disparan. Abriéndose paso van agrupando a otros que ya pueden cargar los fusiles. Alcanzan un punto estratégico desde el que abaten a los samurais, fácil blanco iluminado por las llamas. Con unos disparos saltan los cerrojos del depósito de municiones. La suerte esta echada".

"Uno a uno van cayendo los rebeldes que no logran ya entrar en contacto con un enemigo, que los derriba desde lejos. En cuanto un samurai intenta el asalto, cae acribillado. Agazapados tras los muros y bancos de piedra, 'sólo quedan crujiir de dientes y gorgotear los puños...' 'Ya os dije que debíamos habernos proporcionado armas de fuego'. En el fondo de su corazón todos asienten, pero su profundo había sido, con la ayuda divina, desafiar las armas occidentales sólo con la espada.

"Cuando deciden retirarse, sólo son cuarenta y seis. Muchos ya heridos, entre ellos el jefe de la Liga llevado en brazos por dos amigos. 'Mientras va perdiendo la conciencia, pregunta en que dirección está orientada su cabeza. Hacia el Oeste. Solicita que, puesto que su Divina Majestad mora en Oriente, se le sienta mirando en esa dirección y que su cuñado le corte la cabeza. Sentado, va sin fuerzas, quedándose con la cabeza colgante, pero apuntando hacia el Oriente como debía hacerse. En el instante en que el toro de Otaguro pierde el equilibrio cayendo hacia adelante la espada de su cuñado descendió como un rayo'."

"... Heridos y maltrechos, cuarenta y seis supervivientes contemplan el amanecer desde una colina: '... Nunca el amanecer fue más hermoso que en este día tras la derrota... la luz clara y rasante del sol se filtra en bandas luminosas entre las ramas de unos cedros centenarios que hay junto a la ermita... el aire suave y frío de este amanecer otoñal renueva el sacozor de las heridas de los samurais'."

"Agotados y hambrientos, esperan a un mensajero que enviaron en -

busca de noticias: 'Todos los dioses lucharon hasta morir, o, no teniendo ya fuerzas reunieron las últimas que les quedaban para abrirse el vientro con sus propias espadas. Ni un solo prisionero':

"La culminación de este bello relato se cierra cuando casi todos - los sobrevivientes (a excepción de uno), en situaciones diferentes, - recurren al suicidio ritual desventrándose y dándose un tajo en el --cuello, casi siempre tratando de conservar la belleza del ritual. Algunos deciden esperar hasta la luna llena, cuando 'la luz de la luna hace brillar como joyas las briznas de hierbas'; en ese seppuku ceremonial, cada cual recita un poema antes de caer inerte sobre su espada. Algunos eligen el amanecer para contemplar los primeros rayos de luz...".

Un samurai se despide:

"Ya he vivido lo suficiente
por la gracia de los dioses.
Al fin hoy planto el pie
en el Puente Flotante de los Cielos".

A quien desee ampliar su visión del peculiar heroísmo del pueblo japonés, le recomiendo los libros señalados en la bibliografía. El relato anterior se encuentra en el libro de Vallejo Nágera. Pero he --aquí un ejemplo más moderno: "En una manifestación tumultuosa un oficial de la policía, encargado de defender el Templo ruso de Tokio, dijo a los que amenazaban incendiarlo: 'Si tal hacen, yo y mis hombres nos suicidaremos en el acto', y sacó su sable y sus subalternos lo --imitaron. Entonces la muchedumbre los vitoreó y se alejó respetuosamente". (Diya Shibun, citado por Gómez Carrillo)... Quisiera yo haber visto algo similar en México, en 1968.

Casi todos los hombres que han fulgurado en el espectro de este --mundo se han caracterizado por sus posiciones extremas, por mantenerse heroicamente durante toda su vida en esas posiciones. Esto tiene --algo de cierto, lo mismo que tampoco se puede desdeñar a quien no tiene la voluntad y la fuerza necesarias para vivir intensamente los extremos. Ciorán aseguraba que todo genio tiene tras de sí una obsesión,

y vivir en los extremos tiene algo parecido. Pero hasta de los hombres opacos podemos esperar en ciertos momentos de su vida un acto heroico. Yourcenar lo explica en boca de Adriano: "... este asesino toca bien la flauta, ese contramaestre que desgarró a latigazos la espalda de los esclavos es quizá un buen hijo; ese idiota compartiría conmigo su último mendrugo. Y pocos hay que no pueden enseñarnos alguna cosa. Nuestro gran error está en tratar de obtener de cada uno en particular las virtudes que no posee, descuidando cultivar -- aquellas que posee" (Memorias de Adriano).

Pero los que aquí nos interesan no son los que de modo accidental, efímero, transitorio o esporádico han tenido algún gesto que los eleva por encima del conjunto de mediocres socialmente imperante. Nos subyuga la imagen de todos aquellos seres que han hecho del heroísmo una vocación, pues pienso que son los únicos que, por su actitud frente a la vida, pueden blasonar cierta dignidad. En el mundo contemporáneo, "en los macizos argelinos del Hoggar y el Tessili, varias tribus de Tuaregs han decidido autoextinguirse por el drástico sistema de la abstinencia sexual. Vivir (o sea: caminar y comerciar) les parece absurdo en el contexto de un Sahara surcado por camiones diesel. Tuvieron abuelos, pero no tendrán nietos. Lo de crecer y multiplicarse, se conoce, es derecho exclusivo de quienes ceden al chantaje de la sociedad tecnológica" (Sanchez Dragó).

Pongamos por caso el siglo XIV. Fueron años sumamente duros, rígidos; quien no era temerario, sobre todo entre los caballeros, no tenía ninguna importancia, así que la belicosidad era el modo de vida -- constante entre los nobles, arzobispos y reyes. Las luchas entre nobles buscaban disminuir o como diera lugar las rentas de unos y otros, así que la emprendían contra sus respectivos campesinos, dejándolos muertos o lisiados, destrozando sus viñedos, aperos, graneros, etc.. En esas dementes guerras, se arrancaban los ojos y los pies de los -- campesinos. En muchos, las cruzadas sirvieron para dar cauce a esa -- enloquecedora furia agresiva propia de la época. La violencia era un hábito que halló terreno fecundo a falta de una institución que se -- opusiera a ella con efectividad. Los nobles simplemente desarrollaron la pasión por guerrear y su vida transcurría entre cuidar su tierra, --

sus siervos, y pertrecharse a sí mismo como a sus dependientes de armas, armaduras y caballos. Se era noble por nacimiento y linaje, y se confirmaba uno como tal con el uso noble de la espada en su cabalgadura. Caballo y caballero eran inseparables. La vocación de pelea bullía en la sangre de estos personajes. El trovador Bertrand de Born, de noble estirpe, lo explica en detalle:

 Mi corazón se hincha de gozo cuando veo
 fuertes castillos cercados, estacas rotas y vencidas
 numerosos vasallos derribados,
 caballos de muertos y heridos vagando al azar,
 y cuando las huestes choquen,
 los hombres de buen linaje
 piensan sólo en hender cabezas y brazos,
 pues mejor es morir que vivir cerrotado...
 Os digo que no conozco mayor alegría que cuando oigo
 gritar "¡Sus! ¡Sus!" en ambos bandos, y el relincho
 de corceles sin jinete
 y quejidos de "¡Favor! ¡Favor!"
 ¡Y cuando veo a grandes y pequeños
 caer en zanjás y sobre la hierba,
 y veo a los muertos atravesados por las lanzas;
 Señores, ¡hipotecad vuestros dominios, castillos y
 ciudades,
 pero jamás renunciéis a la guerra!.

No era la actividad comercial la que compelia a estos caballeros a guerrar; eso era demasiado mundano. Era la actividad guerrera -- por la actividad bélica misma; despreciaban el comercio igual que -- los guerreros romanos lo consideraban una actividad secundaria. Pose a este ánimo belicoso, los hombres de la edad media desarrollaron -- formas de convivencia colectiva: órdenes, asociaciones, hermandades. "Jamás el hombre estuvo menos solo" --nos lo asegura la extraordinaria historiadora Barbara Tuchman--, los matrimonios daban con frecuencia con sus criados y sus hijos; los nobles poseían sus órdenes de caballería; el plebeyo, la hermandad de su oficio o aldea; estas --

agrupaciones se dedicaban a la caridad, a la ayuda social, a las diversiones. Si alguien moría, lo acompañaban al sepelio; si otro era condenado a muerte, lo acompañaban solidariamente hasta el cadalso. Si moría insolvente, la asociación pagaba la mortaja y mantenía a la viuda y los hijos. Los miembros de las hermandades se ligaban a través de ritos, juramentos e indumentaria peculiar: todo esto dentro de una sociabilidad con naturales roces e incidentes, todo esto en un permanente ambiente de guerra, de miseria y de pestes, imbuidos por una frénetica aceptación del mundo religioso cristiano, que era soporte y a la vez continuaba despertando extrañeza por las mil interrogantes de la vida: "¿Por qué permite Dios el mal, la enfermedad y la pobreza? ¿Por qué no hizo al hombre incapaz de pecar? ¿Por qué no le aseguró el paraíso?. La contestación, nunca totalmente satisfactoria -dice Tuchman-, era que Dios tenía que dar espacio al Diablo". De la guerra entre ellos, aseguraba un pensador de la época, se derivaba la guerra entre los hombres. Por lo pronto, los caballeros contaban con la anuencia divina para hacer la guerra y con la natural bendición de la Iglesia. Los nobles se dedicaron a exaltar la proeza, el valor, la fuerza, la habilidad. "El honor, la lealtad y la cortesía -que denota el comportamiento que se ha dado en llamar 'caballeroso'- eran sus ideales, y el llamado amor cortés, su gúf... Lo cual exigía que su cultivador estuviera crónicamente enamorado, suponiendo que con ello sería más pulido, alegre y galante, y, en consecuencia, la sociedad más festiva". (Tuchman).

Combatir era su divisa más importante, saciaba sus deseos y constituía un sucedáneo al trabajo. Su vida transcurría combatiendo, en la caza o jugando ajedrez. Peleaban por amor a la lucha. Al igual que los samurais, despreciaban el combate a distancia, porque les privaba del placer glorioso de atacar cuerpo a cuerpo. Peleaban protegidos -- por su armadura y por su inmenso orgullo. La edad media de los siglos XIV y XV fue una época de acendrados contrastes entre la luz y la obscuridad, el silencio y el ruido. No es posible equipararla a la sociedad moderna, a la urbe llena de sonidos agresivos y de luces de neón.

Los castigos eran más castigos, ya que todos participaban -aunque fuese como espectadores- en ellos. El pueblo asistía al cadalso don-

de próximamente se colgaría o torturaría a un noble o a un plebeyo. -- Digamos que eran más conscientes de las desgracias que llenaban al mundo, no las vivían como nosotros, de manera distante y lejana; aunque se podría arguir que los modernos medios de comunicación (como la televisión) los ha vuelto a acercar. Pero aún así no es lo mismo, -- pues Oriente y Occidente siguen tan separados culturalmente como antes, o, mejor dicho Occidente cada vez domina más el modo de vida -- oriental; pese a esto, la muerte sigue siendo escurridiza y distante, tal vez se le ha teatralizado tanto que no existe una percepción directa de ella: los hombres, por ejemplo, siguen muriendo en nuestros modernos tiempos dentro de hospitales.

La edad media es un mundo de emociones espontáneas e instintivas. -- Algunos predicadores lograban arrastrar amplias muchedumbres a : pro-- rrumper en llantos colectivos al hablar de las terroríficas imágenes del Juicio final. Pero la reina de todas las emociones era la cólera, que empujaba a vivir la violencia con sevicia, y muy cercana a ella -- se situaba la codicia: venganza y codicia en el espíritu bélico de la época, aunadas a concepciones muy radicales de heroísmo y fidelidad.

A través de la canción popular y los libros de caballería, se ex-- presaban las ideas políticas, canciones o aventuras que relataban las vicisitudes de los nobles de la época: el príncipe engañado por sus malos consejeros, el príncipe despojado de su trono, el príncipe vengador, el príncipe fiel... La política, dominada principalmente por -- el esparcimiento religioso, sin estar aún circunscrita al primado de la burocracia y del protocolo. El elemento sobre el que se movía la -- vida del príncipe era la aventura, que lo mismo lo incensaban que lo podían conducir al cadalso: Sagas pasionales con mucha violencia. Ven-- garse era cristiano, mientras se creyera exento de culpa. La chusma -- seguía a sus príncipes más por devoción partidista que por un claro y definido espíritu político.

La Edad Media fue una época cruel, como lo han sido todas, pero en -- esto existía esa mezcla religiosa-cristiana que la hizo muy caracte-- rística. "Lo que nos sorprende en la crueldad de la administración de justicia en la última Edad Media" dice Huizinga, "no es una perversi-- dad morbosa, sino el regocijo animal y grosero, el placer de espectá--

culo de feria que el pueblo experimenta con ella. La gente de Mons -- compra un capitán de bandidos por un precio sumamente elevado, sólo para darse el placer de descuartizarlo,..." (El Otoño de la Edad Media). La fe y la sed de venganza se mostraban en sus extremos anticristianos al negarle al condenado a muerte la confesión. "No se quería salvar sus almas, se quería aumentar aun la angustia de la muerte con la certeza de las penas del infierno". (Huizinga).

Este autor cita otro caso que también consigna Foucault en "Vigilar y Castigar". En 1427 es ahorcado en Paris un joven noble que se había hecho saltador de caminos. En la ejecución, un distinguido funcionario, tesorero mayor del regente, da escape a su odio contra el condenado, impidiéndole que se le conceda la confesión que pide. Injurándole, sube detrás de él las escaleras, le golpea con un bastón y apalea también al verdugo, porque exhorta a la víctima a pensar en la salvación de su alma. El verdugo espantado se da prisa... la cuerda se rompe, el desdichado criminal cae del cadalso, se rompe las piernas y las costillas y tiene que subir así una vez más las escaleras... Hasta aquí hemos ejemplificado con individuos solos pero también la cristianidad sabía identificar a los grupos que conspiraban contra ella: pongamos por caso a los judíos. En 1348, en Francia, les acusaron de querer envenenar los pozos; se fueron contra ellos, les sacaron de sus casas y llevaron directamente a la hoguera.

La Edad Media se habituó a la violencia física. Se suponía que los combates debían suspenderse los días santificados. Pero estas "Treguas de Dios" jamás se obedecían. "Los documentos judiciales ingleses -- dice Tuchman -- referentes a las muertes violentas, revelaban que las debidas a los homicidios aventajaban a las accidentales... La violencia era tanto oficial como personal. La Iglesia autorizaba la tortura que la inquisición utilizaba de manera corriente para desenmascarar a los herejes. Los tormentos y penas de la justicia civil solían amputar manos y orejas, aplicar el potro, quemar, azotar y descuartizar. En la existencia ordinaria, el viadante veía a diario a criminales -- flagelados, con una soga anudada, o encadenados de pie con un collar de hierro; pasaba junto a cadáveres pendientes de la horca, cabezas -- con cuerpos desasembreados y clavados en estacas en las murallas de las

poblaciones. En todas las Iglesias contemplaba imágenes de los más variados martirios -flechazos, hoguera y rebanamiento de pechos-, por lo común sangrientos... En el arte cristiano, la sangre y la crueldad -omnipresentes- resultaban esenciales, por que Cristo se convirtió en Redentor, y los mártires merecieron su corona a costa de exponerse a la violencia del prójimo.

"Entre los pasatiempos aldeanos, había uno en que los jugadores, con las manos atadas a la espalda, competían en matar a cabezazos un gato sujeto a un poste, con riesgo de que les desgarrase las mejillas o les saltase los ojos..." (Tuchman). Los hombres del medioevo disfrutaban con el espectáculo de la violencia y del dolor, Sade más bien parece un cronista de la Edad Media.

El lado no violento de aquella vida, de la dulzura y serenidad, parece que se concentró en la música, porque incluso su literatura buelle en dramas sangrientos: un mundo negro y primordialmente malo. La violencia y el odio encontraron en esa época grandes dimensiones y -- fuertes defensores en el ideal caballeresco. La proeza violenta de los caballeros requerían de extremo vigor: combatir a caballo o a pie con una armadura de veinticinco kilogramos; chocar con un adversario al galope enristrando una lanza de cinco metros y medio de largo; tener una gran resistencia para pasar la mitad de la vida en la silla de montar; arriesgándose a todos los peligros; comiendo lo que hubiese; durmiendo mal, siempre con la armadura puesta y listo para herdirle el cráneo al enemigo. "¡Alerta! ¿Quién vive? ¡A las armas! ¡A las armas! ¡A caballo! ¡A formar! ¡Ahí llegan! ¡For ahí! Son por lo menos... No, no son tantos... Por acá... Por allá... Acudid a esta parte... Cerrad contra ellos... ¡Noticias, noticias! Regresan heridos, traen prisioneros... No, no los traen... ¡Ea! ¡Ea! ¡No cedáis un paso! ¡Adulante! Esa es su vocación". (Tuchman).

La Edad Media fue una época de exaltada violencia, en donde la conciencia de la perversidad empeoró las conductas; la violencia, fue -- uno de los basamentos más importantes de la vida cotidiana. Las instituciones existentes no cumplieron con sus propósitos: los caballeros no defendieron, la Iglesia se entrapó entre su mensaje transhumano y

su aberrante conducta mundana, el progreso alcanzado por las ciudades se disgregó en enemistades recíprocas, guerras civiles y pestes que las diezaban. Los caballeros, empeñados absurdamente en la idea de la proeza personal como valor supremo, dieron sus vidas inútilmente; la mayoría de ellos trocó su artificioso paradigma en el bandolerismo puro. De lo que no nos queda duda es que ser caballero requería una serie de dotes y sacrificios que muy difícilmente los impacientes y belicosos ejércitos modernos estarían en capacidad de emular.

Creo, con los ejemplos citados, que he llegado al punto en que es posible cerrar estas reflexiones para dejar abierta la puerta a muchas interpretaciones acerca de el crucial problema que nos mantuvo a lo largo de este escrito. ¿Efectivamente es el hombre un ser dual, dividido por el medio en "bueno" y "malo", como el Barón demediado de la novela de Italo Calvino?, ¿o es que sencillamente el hacer esta pseudo-división es demasiado artificioso? ¿Gobierna la violencia, al igual que la razón hegeliana, el escenario de la historia?

Asumir quizá la dimensión trágica de la existencia, eligiendo constantemente entre valores altos y bajos (heroicos y vulgares), haciendo hasta lo imposible porque el mal no alcance la primacía, apelando constantemente a nuestra valerosa razón... Epicteto decía que, de las cosas, unas dependen de nosotros y otras no. Probablemente esto ayude a no fijarnos metas demasiado grandiosas que nos hagan olvidar constantemente nuestro amplio y contradictorio universo interior. -- Cambiar hasta donde sea posible lo que verdaderamente podemos cambiar, aceptando el hecho de no saber exactamente hasta dónde podemos hacerlo.

Ritualizar la violencia, propone Koestler, sustituir los combates reales por luchas simbólicas, canalizando así el instinto de matar, - aplicar una especie de terapia de liberación: "En las Bacantes de Eurípides, vemos que las mujeres tebanas se excitaban hasta alcanzar el frenesí y hacían simbólicamente pedazos al dios cornudo; tras experimentar esta éxtasis, dejaban de importunar a sus maridos. En la Edad-Media había flagelantes y danzantes que se liberaban de su agresión - por medio de prácticas masoquistas, ya que ello era preferible a re-

primir la agresión hasta que ésta rompiera los diques de contención. Mucho mejores eran las justas y espléndidos torneos que se parecían a los duelos ritualizados de los ciervos. Y en los tiempos modernos estaban los deportes -el fútbol, el rugby, el boxeo, la esgrima-, todos ellos espléndidas e inofensivas válvulas de escape del instinto de matar..." (Los convocados).

Sustituir de algún modo al "Homo Homicidus" por el "Homo Ludens", -buscando y encontrando formas de catársis sociales y colectivas que no tengan nada que ver con los deseos estatales de control y sometimiento; o que en todo caso dichas "katharsis" ayuden al hombre a librarse de los mecanismos de control y legislación institucional que no le favorecen, y que sirvan para impulsarle hacia formas de asociación más comunitarias y autogestionarias de la vida social. Promover e incentivar todas aquellas acciones que, siendo lo suficientemente peligrosas para arriesgar la vida, constituyen los medios idóneos de relación: el karate, la yoga, el alpinismo, las excursiones a la selva ... todos los juegos, aunque sean altamente peligrosos. Es imposible seguir pensando en dualidades cerradas para explicar la naturaleza --del hombre. (Racine: "hay dos hombres en mí"), sustituir el paradigma de lo alto, lo bajo; la carne, el espíritu; la luz, las sombras; y --apuntar sobre una disfracción, un desperdigamiento que, como aconseja Barthes, no deje ni centro principal, ni estructura de sentido no contemplar al hombre como un ser contradictorio, sino dispergado...: "Cómo explica usted, cómo tolera, esas contradicciones? filosóficamente, usted parece ser materialista (si es que el vocablo no es demasiado viejo); éticamente, usted se divide: en lo que respecta al cuerpo, es usted heconista y, en cuanto a la violencia, ¡más bien budista! No le gusta la fe, pero conserva cierta nostalgia por los ritos. Es usted --todo un mosaico de reacciones: ¿hay en usted algo que sea primigenio?" (Barthes).

Los hombres son así no por exceso de personalidad, sino que recorren todas las márgenes del espectro conductual; y así se descubre --que uno es a la vez, o alternadamente, "obsesivo, histérico, paranoico y de los más perversos (sin hablar de la psicosis amorosa), o que acumula todas las filosofías decadentes: el epicureísmo, el eudemonia

no, el asianismo, el maniqueísmo, el pirronismo. Cita de Diderot: -
'Todo se ha hecho en nosotros porque somos nosotros, siempre nosotros,
y en ningún momento los mismos''. (Barthes).

Porque el hombre continúa siendo ese ser misterioso que sigue de-
gustando lo insondable. Einstein aconsejaba nunca perder esa capaci-
dad de extasiarse ante lo desconocido, apercibiéndose de que muy posi-
blemente en esa capacidad está la raíz de nuestra propensión mística;
aceptando nuestra razón y nuestra inteligencia como necesidades dolo-
rosas, sabiendo que es de nuestra desdicha de donde el hombre recibe
la fortaleza para vivir, aceptando la vida como un valor transitorio-
y caduco que nos empuje a vivir con intensidad todos los momentos de
nuestra existencia. El hombre está condenado a seguir viviendo, a me-
nos que antes se autodestruya, a menos que capitule ante su propia es-
tupidez y codicia: navegante aparentemente solitario de una minúscula
porción de este incommensurable espacio, errando hacia el infinito y
siempre tratando de reconciliar su mejor parte con lo detestable. To-
do esto, no podrán quererlo nunca los militares.

B I B L I O G R A F I A

1. Antología del romanticismo alemán, Tusquets Ed. Barcelona 1979.
2. Arendt, J., Sobre la Violencia, Ed. Joaquín Mortiz, México 1970.
3. Aronst, H., La Condición Humana, Ed. Seix Barral, Barcelona 1974.
4. Barthes, Roland, Roland Barthes, Ed. Kairós, Barcelona 1978.
5. Bayard Webster, La Inteligencia de los Animales, Excelsior, Junio 3 de 1983.
6. Bergson, H. La Risa, Ed. Espasa Calpe S.A., Madrid 1973. Colección Austral.
7. Bostie La Etienne, El Discurso de la Servidumbre Voluntaria, Tusquets Editores, Barcelona 1980.
8. Camus, A. La Peste, Ed. Sur, Buenos Aires 1970.
9. Camus, Albert, Moral y Política, Ed. Losada Buenos Aires, 1978.
10. Caro Baroja, Julio, El Carnaval, Ed. Taurus.
11. Cioran Emil M., Historia y Utopía, Artifice D. México 1981.
12. Clausewitz Karl Von: De la Guerra, Biblioteca del Oficial Mexicano, Ed. Secretaría de la Defensa Nacional, Tomo I, México 1980.
13. Chavarría, Hector, Karate y Kung Fu, Ed. Posada, México 1974.
14. Dixon F. Norman: Sobre la Psicología de la Incompetencia Militar, Ed. Anagrama, Barcelona 1977.
15. Dröcher, Vitus B., Sobrevivir, Ed. Planeta, Barcelona 1982.
16. Dubby George, Hombres y estructuras de la Edad Media, Ed. Siglo XXI, Madrid 1974.
17. Duvignaud, Jean, El Sacrificio Inútil, Ed. FCE. México.
18. Enciclopedia Universal Ilustrada, Tomo XII. Ed. Espasa Calpe, Madrid.
19. Lyméric, Nicolau, Manual de Inquisidores, Ed. Fontanera, Barcelona 1974.
20. Flaubert Gustave, Salamó, Ed. Bruguera.
21. Gaytan Carlos, Diccionario Mitológico, Ed. Diana, México 1971.

22. Genet Jean, Milagro de la Rosa, Ed. Debats, Madrid.
23. Gide, André, Corydon, México 1946.
24. Gómez Carrillo Enrique, El Japón heroico y galante, Ed. Porrúa, México 1956.
25. Herr, Michel, Los Guises y la Matanza de los Hugonotes, Diario Excelsior, 27 de junio de 1983.
26. Huizinga Johan, El Otoño de la Edad Media, Alianza Univ., Madrid 1973.
27. Jelen C. y Lazitch B., La Militarización del Niño Soviético, Diario Novedades, semanario cultural, julio - 10, 1983.
28. Jouvenel, El Poder, Editora Nacional, Madrid 1974.
29. Kafka, F. En la Colonia Penitenciaria, Emecé Editores, Buenos Aires 1952.
30. Koestler, A., Los Convocados, Ed. Grijalbo, México 1968.
31. Kolakovski, Leszek, El hombre sin alternativa, Alianza, de Bolsalillo, Ed. Madrid, 1976.
32. Kosinaki, J.: Cockpit, Ed. Bruguera.
33. Lorenz Konrad, Sobre la Agresión: el pretendido mal, Ed. siglo XXI.
34. Lovecraft, H. P., Relatos de los Mitos de Cthulhu, Ed. Bruguera - Tomo I.
35. Morín, Edgar, El Paradigma Perdido: el Paraíso Olvidado. Ed. Kairos, Barcelona, 1978.
36. Nietzsche F., La Voluntad de Poderse. Biblioteca Edef, Madrid 1980.
37. Nietzsche F., Aforismos, Ed. Andrómeda, Argentina 1974.
38. Nietzsche F., Mi Hermana y Yo, Ed. Edef., Barcelona.
39. Pascal B., Obras, Ed. Alfaguara, Madrid 1981.
40. Remarque, E.M.: Sin Novedad en el Frente, Ed. Callimard-Promexa - México 1982.
41. Savater, Fernando. Invitación a la Etica, Ed. Anagrama.
42. Shalins, M. Economía de la Edad de Piedra, Akal editor, Madrid 1977.
43. Sánchez Dragó Fernando, Gérgoris y Habidie, Tomo II, Libros Hiperión, Madrid 1981.

44. Sanson, H.: Historia de un verdugo, Tusquets Editor, Barcelona, 1970, cuadernos Infijos.
45. Schopenhauer, A., La Libertad, Premiá Editora, La nave de los locos, México 1978.
46. Schopenhauer, A., El amor las mujeres y la muerte, Ed. Edef, - Madrid 1979.
47. Storr, Anthony, Sobre la Violencia, Ed. Kairós.
48. Spinoza, Baruch, Etica, Ed. FCE, México 1977.
49. Suzuki y Fromm, Budismo Zen y Psicoanálisis, Ed. FCE. México 1960.
50. Tocavén M. Roberto, La loca historia de la historia, Ed. CCH Sur, UNAM.
51. Tuchman W. Bárbara, Un espejo lejano, Ed. Arcos Vergara, Madrid 1975.
52. Unamuno M. de, Del sentimiento trágico de la vida, Ed. Espasa Calpe México 1976.
53. Vallejo-Nágera, Juan Antonio, Mishima o el placer de morir, Ed. Planeta, Barcelona 1978.
54. Walpole, Horace, El castillo de Otranto, Bruquera, Libro Amigo, Barcelona 1982.
55. Watts, A., El futuro del éxtasis, ed. Kairós, Barcelona.
56. Watts, A., El espíritu del Zen, ed. Dédalo, Buenos Aires.
57. Wiedemann E., Entrevista a Brian Goreby en Excelsior, enero 11, 1984.
58. Yourcenar, Marguerite, Memorias de Adriano, Ed. Hermes, México 1981.

INDICE

LA ORGANIZACION MILITAR: UN ENFOQUE DESDE EL INTERIOR DE SUS MECANISMOS DE ADIESTRAMIENTO.

RECONOCIMIENTOS.....	2
PROLOGO.....	3
INTRODUCCION.....	20
CAPITULO I: El Instituto Militar.....	24
El castigo.....	33
La Desobediencia.....	39
Homo Clausus Vs Homo Ludens.....	46
CAPITULO II: El Sometimiento.....	51
El Adiestramiento.....	58
El Erotismo.....	63
CAPITULO III: La Violencia.....	69
I.....	70
II.....	76
III.....	80
IV.....	93
CAPITULO IV: La Risa.....	124
El Autismo.....	129
Los Negocios.....	131
El Patriotismo.....	135
La Institución Militar.....	139
Las Innovaciones en las Armas.....	143
Los Deseos de Libertad.....	145
El Traje de Luces.....	148
El Placer de Vigilar.....	156
La Guerra Interminable.....	158
Sin Novedad en el Frente.....	163
A MANERA DE CONCLUSION.....	172
BIBLIOGRAFIA.....	187